Grazia Deledda

Cósima

Traducción y presentación de María Teresa Navarro



Nórdica Libros

CÓSIMA

Grazia Deledda

Traducción cedida por Espasa Calpe, S.A.

Nørdicaebooks
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Título original: *Cosima*
© Traducción cedida por Espasa Calpe, S.A.
Edición en ebook: septiembre de 2013

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-15564-63-8

Diseño de colección: Marisa Rodríguez
Corrección ortotipográfica: Ana Patrón
Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Portadilla
Créditos
Autor

Ilustración
Presentación
- Presentación
- Formación literaria
- Cósima casi Grazia
- Sociedad, leyenda y tradición
- La mujer sarda
- Grazia Deledda una mujer concienciada

Cósima
MOTIVACIÓN DEL PREMIO NOBEL 1926
Contraportada



Grazia Deledda

(Nuoro, Cerdeña, 1871 - Roma, 1936)

Novelista italiana perteneciente al movimiento naturalista. Después de haber realizado sus estudios de educación primaria, recibió clases particulares de un profesor huésped de un familiar suyo, ya que las costumbres de la época no permitían que las jóvenes recibieran una instrucción que fuera más allá de la escuela primaria. Posteriormente, profundizó como autodidacta sus estudios literarios. Desde su matrimonio, vivió en Roma. Escritora prolífica, produjo muchas novelas y narraciones cortas que evocan la dureza de la vida y los conflictos emocionales de los habitantes de su isla natal. La narrativa de Grazia Deledda se basa en vivencias poderosas de amor, de dolor y de muerte sobre las que planea el sentido del pecado, de la culpa, y la conciencia de una inevitable fatalidad.

Sus principales obras son Elías Portolu, La madre y Cósima.



Antonello da Messina, Virgen de la Anunciación, 1474-75.

Presentación

por María Teresa Navarro

Presentación

Grazia Deledda (Nuoro, 1871) moría en Roma en agosto de 1936, una década después de haber recibido el Premio Nobel de Literatura. El reconocimiento de sus innegables méritos y la concesión del galardón culminaban un camino en el que había mucho de lucha individual, de enfrentamiento contra una sociedad intransigente, para conseguir un objetivo: traspasar los límites de su «horizonte sardo». La escritora mantuvo una actitud firme y decidida ante determinados condicionamientos que le imponía la sociedad sarda y su fuerte personalidad le sirvió de ayuda para afrontar con libertad un futuro que parecía predeterminado por ciertos prejuicios. En sus novelas y relatos ilustra la vida de Cerdeña y la de sus habitantes en un espacio temporal que se sitúa a caballo entre los siglos xix y xx. Y fue, precisamente, contando las particularidades de su mundo local, como esta pequeña sarda, que solo había ido a la escuela hasta los diez años, se convirtió en una de las pocas mujeres galardonadas con el prestigioso premio. Porque, entre otras motivaciones[1] para la concesión, la Academia sueca consideró que:

> el que sepa describir con vivos colores la naturaleza y las vicisitudes humanas, especialmente si al propio tiempo indaga y acierta a descubrir el mundo del corazón, será un autor de rango universal, por muy localista que sea en sus temas.

---

1 Grazia Deledda, *Obras escogidas*, Madrid, Aguilar, Biblioteca Premios Nobel, 1963, tomo II, pág. 7.

Formación literaria

La formación autodidacta de Grazia Deledda se fue sustentando en lecturas desordenadas y poco sistemáticas, compuestas por revistas ligeras y juveniles, periódicos de variedades y de moda, además de los libros de Santus —que constituyen para ella el gran tesoro—, los libros que su hermano había ido comprando en la única librería de la ciudad y que Cósima lee a escondidas.

No obstante, a través de las revistas, no solo las que se publicaban en Cerdeña, sino las que recibía de Roma, Milán y de otros lugares de la península, fue consiguiendo, en primer lugar, mantenerse informada y al día del quehacer literario nacional e internacional y seguir ciertas pautas de lectura y, posteriormente, establecer contactos con la redacción de algunas de estas y enviar sus colaboraciones.[2] La falta de criterio que había presidido sus lecturas se podría aplicar también a sus primeras publicaciones, como ella misma reconocía en una carta dirigida al crítico Luigi Capuana.[3] Siguió leyendo con constancia, pasando de autores italianos contemporáneos a los más importantes novelistas rusos, recibiendo influencias diferentes de las que luego fue prescindiendo conforme iba descubriendo nuevos caminos.[4] Reflexiona, entonces, sobre la necesidad de crear una literatura exclusivamente sarda, que se va plasmando en obras que mantienen una estructura común: personajes que se debaten entre la pasión y el remordimiento, con el paisaje sardo y las costumbres isleñas como telón de fondo.

Pero, como a tantos otros escritores italianos contemporáneos, se le plantea el dilema de elegir la lengua en la que quiere comunicarse con sus lectores. Al verificarse la Unificación de Italia,[5] el italiano existía como lengua escrita, sin embargo eran pocos los que la hablaban, ya que para comunicarse, los nuevos italianos que procedían de un conjunto de estados independientes, se expresaban en su propio dialecto. Para Grazia Deledda su lengua era el sardo,[6] o mejor dicho una variante del sardo, el nuorés, y el italiano fue una lengua aprendida en la escuela. Para dar a conocer al resto de Italia su mundo sardo tuvo que

renunciar, paradójicamente, a utilizar la lengua en la que hablaban sus personajes, porque los destinatarios de su literatura sarda[7] no hubieran podido entenderla, ya que muchos de ellos a duras penas hablaban italiano. Así el sardo solo se usa en proverbios o modismos o para designar cosas exclusivamente sardas que carecen de referente en italiano como: *tancas, prinzipales, janas, orbace,* etc., o también cuando, por boca de sus protagonistas incluye en sus narraciones fragmentos de poesía en sardo.

En una época de gran rigor formalista se criticó duramente el estilo narrativo de Grazia Deledda, aduciendo que se trataba de un estilo tosco y poco pulido, carente de agilidad, que dejaba entrever giros del dialecto nuorés que descomponían la sintaxis del periodo. Se trataba de críticas un tanto excesivas, formuladas por insignes puristas, que fueron mitigándose con el tiempo.

---

2 Giovanni Pirodda, *Sardegna*. *Letteratura delle regioni d'Italia*, Brescia, Editrice La Scuola, 1992, págs. 43 y ss.

3 Véase en el Apéndice la nota de Baldini a la pág. 131.

4 Por lo que respecta a las múltiples y variadas lecturas de Grazia Deledda, véase la nota de Baldini a las págs. 78 y 79.

5 La Unificación de Italia se llevó a cabo en 1860 y se completó en 1870 con la conquista de Roma.

6 La crítica filológica considera el sardo una lengua románica, no un dialecto.

7 A finales del xix Felice Uda comparaba la producción artística y literaria italiana con la sarda, a la que consideraba variada y original y añadía que Cerdeña tenía la deuda de darse a conocer artísticamente a la vida italiana. (Citado por Nicola Tanda «La Deledda tra due sistemi letterari» en *Dal Mito dell'isola all'isola del mito. Deledda e dintorni*, Roma, Bulzoni Editore, 1992, pág. 25). Ese fue el camino que emprendió G. D.

Cósima casi Grazia[8]

Los temas a los que se hacía alusión en la motivación del Nobel eran, en realidad, la expresión de formas de vida y maneras de pensar de la sociedad sarda, elaborados por la escritora con el deseo de dar a conocer la realidad de una isla que, a pesar de la reciente unificación de Italia, seguía viviendo todavía alejada del continente y resultaba desconocida para la mayoría de los nuevos italianos. A lo largo de sus narraciones vuelven, recurrentes, personajes, situaciones y conflictos que tienen su punto de referencia en esa sociedad. Precisamente en *Cósima,*[9] su autobiografía novelada, y la última de sus obras, confluyen gran parte de los elementos sobre los que la novelista construyó su personal universo literario.

En *Cósima* se entrelazan, armónicamente, memoria y olvido; es una narración autobiográfica escrita en tercera persona, que abraza el retorno al mundo de la infancia, coloreado por el tamiz del tiempo, que Grazia Deledda empieza a redactar cuando es consciente de que su tiempo de vida está contado. A pesar de la proximidad de la muerte o quizá precisamente por ello, *Cósima* es una obra vital, un testamento de supervivencia, en la que recuerdos y experiencias vividos en Nuoro, y tantos usos y costumbres de su isla afloran con la fuerza y la imaginación de una adolescente que sueña con convertirse en escritora de éxito. Y la recurrencia a los temas sardos, algunos ya tratados en relatos y novelas, como se ha dicho, no supone una repetición, sino que proyecta una nueva perspectiva iluminada, ahora, por la luz de la lejanía y la nostalgia que, en cierta medida, contribuye a suavizar los recuerdos poco gratos y a magnificar las vivencias positivas.

Es, además, una obra emblemática por la que desfilan hombres y mujeres, encerrados en la monótona existencia de una pequeña capital de provincia, que a principios del siglo xx contaba con siete mil habitantes, en la que todo aparece reglamentado por férreas leyes consuetudinarias. Contra esas leyes no escritas se rebelará, ya casi desde niña la pequeña *Grazia-Cósima,* intuyendo que tales

restricciones chocan frontalmente con su ansia de libertad y conocimiento.

Por eso en *Cósima* se van filtrando retazos de un mundo ancestral: por un lado, una sociedad agro-pastoril gobernada por sus *prinzipales*, es decir ricos pastores terratenientes, por otro, hombres curtidos que viven en las montañas cuidando el ganado, que se rigen por el código *barbaricino*[10] que, en ocasiones, entra en conflicto con las leyes del estado. Un código consuetudinario que no contempla como delito el robo de ganado y permite que quien ha sido despojado de su rebaño trate de resarcirse o cometa un robo proporcional, ya que el robo de ganado se considera una forma de enriquecimiento legitimado por la comunidad. Cuando la ley del estado se impone desde fuera a los usos del grupo social, el hombre que rechaza las nuevas leyes se ve obligado a vivir en rebeldía y se convierte en bandolero y, a la vez, en héroe, en verdadero defensor de las costumbres tradicionales y entra a formar parte de la leyenda.

Dentro de ese grupo social se encuadra la familia de tipo patriarcal, como la de *Cósima*, en cuya casa conviven, siempre separados, amos y criados. La mujer vive confinada dentro del espacio familiar, excluida de la formación y el conocimiento, dedicada a los quehaceres domésticos y a las tareas estacionales, como la de la preparación de las almendras. En estas reuniones donde se realizan tareas colectivas, las mujeres aprovechan para cantar sus desengaños en estribillos típicos del folclore sardo que la autora utiliza aquí, «no como documento folclórico, sino como parte de una vivencia personal»[11] igual que haría en sus últimas colecciones de relatos.

---

8 Es el título que en 1937 Antonio Baldini dio a la obra, al publicarla, póstuma, ya que Cósima era el segundo nombre de la Deledda.

9 Primera traducción al español: *Cósima*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946. Posteriormente se realizó una nueva traducción con introducción y notas: *Cósima*, Madrid, Espasa Calpe, 1983.

10 A principios del siglo xx los *barbaricinos* o habitantes de la *Barbagia*, región montañosa situada en el centro de la isla, formaban una sociedad de marcado carácter endogámico. Rechazaban nuevas formas de vida que se enfrentaran a sus ancestrales costumbres, regidas por leyes perpetuadas

oralmente.

11 Grazia Deledda *Novelle*, edición de Giovanna Cerina, Nuoro, Ilisso, Vol. V, pág. 9.

Sociedad, leyenda y tradición

Cósima empieza con una detallada descripción de la casa patriarcal y su distribución y la casa de Grazia Deledda en Nuoro, situada cerca de la catedral, en una calle que ahora lleva el nombre de la escritora, aparecerá más de una vez en otras de sus narraciones como *El país del viento* o *Hasta el confín.*[12] En la actualidad la casa ha sido convertida en museo «...un museo a medias, sugestivo y espectral, bonito y vacío...»[13] y a pesar de que queda poco de la decoración original, se ha tratado de evocar el ambiente de su niñez, siguiendo las descripciones hechas por la autora. La cocina de la antigua casa patriarcal rememora «el lugar más habitado, más tibio de vida y de intimidad» donde los fieles criados dormían sobre una estera, en el suelo, y donde Grazia y sus hermanos, en las largas veladas invernales, escuchaban las legendarias y míticas historias de santos y bandoleros que les contaba el viejo Proto. Con las historias de bandidos y sus delitos habría que relacionar el episodio[14] en el que el viejo criado Elías, que cuida la viña, ofrece a Cósima un tesoro escondido de monedas de oro, de sospechoso origen.

Pero junto a las trágicas aventuras de forajidos en *Cósima* hay un espacio privilegiado para la leyenda y la fábula, como el tierno relato del hambriento y aterido muflón —una variante del licántropo—, que se insertan en la narración porque forman parte del folclore[15] autóctono, integran el conjunto de *storias* y *contus* que la Deledda había ido recogiendo de boca de pastores y aldeanos y son, además, inseparables de sus personajes. A través del abuelo Andrea, que leía en las pupilas de los gatos monteses y en las plumas irisadas de las cornejas, se refleja su amor por los animales, que tienen su propio espacio no solo en la vida real de la escritora, sino en relatos en los que se les confía el protagonismo de la historia o en el que un pequeño animal se convierte en símbolo de un determinado tipo humano,[16] como sucede en *La liebre*.

En las páginas de *Cósima* el poder evocador de la leyenda y el mito aparece confiado a la abuela de la protagonista, Nicolosa Parededdu, que despierta en la

nieta sugerencias de un mundo anterior: «...un leve vértigo, como un relámpago sanguíneo que, posteriormente, se explicó creyéndolo un aflorar o un volver a sumergirse, de repente, de la vida anterior que permanecía o renacía en su subconsciente».[17] Es también la presencia de la menuda abuelita, que en su última aparición lleva el tradicional vestido de novia sardo, la que le recuerda a las pequeñas hadas, *Janas* que, según la leyenda, viven en el bosque en las *domos de janas* (casas de hadas), seres legendarios benéficos o maléficos con los hombres, según las ocasiones. Seres de leyenda son también los gigantes. La *Tumba del gigante,* que las hermanas visitan el día de la romería al santuario de la Virgen del Monte en la que, para la leyenda, reposa el cuerpo del último gigante, guardián del bosque, es, en realidad, un monumento megalítico perteneciente a la civilización nurágica, pero que el pueblo interpreta a su manera atribuyendo su construcción a originales seres antropomórficos.

En esta obra póstuma también tienen cabida elementos integrantes de la vida tradicional como las romerías, semejantes a las que todavía se celebran en España, en las que gran cantidad de gente acudía desde todos los puntos de la isla, movidos por una enfervorizada devoción, no exenta de cierto supersticioso primitivismo. La romería a la Virgen del Monte se tiñe en *Cósima* con un velo nostálgico que encubre la presencia de Antonino, el primer amor de Grazia. En otras ocasiones, como en *Cañas al viento, Elías Portolu* o en el relato *La fiesta del Cristo* (*Claroscuro*), volvemos a encontrar la descripción de un mundo variopinto, poblado de color y miseria, pero transido de devoción. Allí quedan recogidos los cantos y bailes, la rica ornamentación de los trajes regionales e infinidad de detalles que la Deledda, observadora de la realidad, quiso conservar en su memoria.

Esta autobiografía recoge otras manifestaciones del folclore sardo tradicional como los *mutos*, o estribillos campesinos[18] que las mujeres cantan mientras pelan las almendras, cuyo origen parece estar en relación con las «cantigas de amigo»[19] y guardan relación con las coplas y villancicos españoles.[20] El hijo mayor de la autora, Sardus, contaba que a su madre «le emocionaban las canciones sardas y que en momentos de alegría o tristeza oía como las tatareaba desafinando y a escondidas».[21]

A lo largo de las páginas de *Cósima* se van desgranando una serie de vivencias que hunden sus raíces en la cultura tradicional de la isla, tal es la mención que se hace a propósito del padre de la autora: «Era también hábil como improvisador, a veces, reunía a su alrededor a otros famosos campeones de torneos trovadorescos y competía con los más diestros e inspirados».[22] Los certámenes, en los que los profesionales del verso tienen que improvisar sobre un tema determinado, formaban parte de todas las fiestas populares, junto con las carreras de caballos y el baile ante la iglesia[23] y todavía en la actualidad despiertan el interés de los *aficionados* que apoyan a uno u otro «versolari».

No todas las tradiciones que relata Grazia Deledda son alegres y coloristas; hay una usanza de la que se lamenta nuestra autora y es la del pesado luto que envuelve su casa después de la muerte del padre. En un estudio realizado sobre los ritos fúnebres explica la escritora que el luto estipulado varía desde siete a ocho años por el padre, hasta un mínimo de dos por un pariente lejano. En las casas de tradición el luto se observa de forma rigurosa, hasta el punto de que las ventanas permanecen cerradas durante años y las mujeres «las eternas mártires de la casa transcurren sus mejores años viviendo una vida muy triste...».[24] Para superar el aislamiento al que conducía esa situación Cósima encuentra refugio en la escritura: «como obligada por una fuerza subterránea escribía versos y cuentos».[25]

---

12 Véase en el Apéndice la nota de Baldini a la página 56.

13 Sandra Petrignani *La scrittrice abita qui*, Vicenza, Neri Pozza Editore, 2003, pág. 18.

14 *Cósima*, pág. 173.

15 De sus estudios sobre folclore sardo, véase: G. Deledda, *Tradizioni popolari di Nuoro in Sardegna*, Roma, Forzani, 1895. Ahora en: Dolores Turchi, *Grazia Deledda. Tradizioni popolari di Sardegna*, Roma, Newton Compton Editori – Cagliari, Edizioni della Torre, 1995.

16 Cristina Lavinio, *Grazia Deledda. Bestiario*, Cagliari, Demos editore, 1994, pág. 13. La escritora tuvo durante años una corneja llamada Checca,

protagonista de relatos como *Piccolina, Acquaforte* y *La gracchia*.

17 *Cósima*, pág. 43.

18 Ibid., pág. 77. Véase la nota de Baldini, pág. 79.

19 Paolo Toschi, *Invito al folklore italiano*, Roma, Editrice Studium, 1963, pág. 32.

20 Francesco Alziator, *Il folklore sardo*, Cagliari, Zonza, 2005 [1957], pág.106.

21 Petrignani, o. cit., pág. 39

22 *Cósima*, pág. 86

23 Alziator, o. cit. pág. 114.

24 Grazia Deledda «Usi funebri» en *Tradizioni popolari di Sardegna*, o. cit., pág. 186.

25 *Cósima*, pág. 98.

La mujer sarda

Cuando sus primeras publicaciones merecieron una condena unánime por parte de sus conciudadanos, la joven Deledda comprendió la necesidad de vencer la marginación que suponía vivir en un ambiente opresivo que le cerraba las puertas de la formación y la cultura y, posiblemente, las de un matrimonio ventajoso ya que, los que hubieran podido ser sus pretendientes «participaban del prejuicio de que no podría convertirse en una buena esposa por su pasión hacia los libros».[26]

En un artículo titulado *La mujer en Cerdeña*[27] la escritora traza un panorama del mundo femenino sardo analizando los comportamientos tanto de las mujeres del pueblo, las llamadas *rústicas,* porque visten el traje tradicional, como de las burguesas y de la nobleza. El cuadro que pinta a finales del siglo xix no es muy halagüeño, ya que, por ser la mujer «la potencia oculta» que nunca levanta la voz para protestar o rebelarse, la consecuencia es que el pueblo sardo se resigna ante su condición. Y esto es válido para las mujeres de todos los ámbitos sociales. Al finalizar su estudio expresa el deseo de que las mujeres burguesas y de la nobleza «sin perder su feminidad sigan cultivando su inteligencia y su espíritu con una sana y fuerte cultura, para transfundirla, con la sangre y la educación, a los hijos del siglo xx».

En la obra literaria se suelen transparentar determinados rasgos caracteriales y biográficos del autor, que dejan traslucir su forma de actuar, sus sentimientos y vivencias. Por eso las mujeres deleddianas reflejan, en facetas complementarias, su personalidad de mujer fuerte. De hecho el personaje masculino *Elías Portolu* es, quizá, el único que puede competir en igualdad con las protagonistas femeninas, diseñadas con una gran variedad de matices y dotadas de una enorme fuerza moral.

Frente a tantos muchachos débiles, las jóvenes Marianna Sirca, María *(El camino del mal),* Annessa *(La hiedra)* y Olí *(Ceniza),* aparecen dibujadas con fuertes trazos, en los que el drama interior de una mujer infelizmente enamorada

anula las diferencias sociales, para mostrar solo la tragedia personal. El dolor de María, desde su posición de privilegiada, es idéntico al de Annessa, y en todas ellas se hace patente la soledad y la impotencia ante una sociedad que las aísla con sus restricciones. De esa forma, en un desgraciado pero inevitable acoplamiento, la pasión se aúna a la fatalidad en Marianna, a la condena moral en María, al remordimiento y el exilio en Annessa y a la más cruel de las renuncias en Olí, que por el bien de su hijo, renuncia incluso a la vida, para que Anania recuerde que «entre las cenizas suele anidar la chispa, semilla de la llama luminosa y purificadora».[28]

Olí es un personaje puente en la narrativa de Grazia Deledda porque participa de la esencia de sus dos arquetipos femeninos: la mujer enamorada y la mujer madre. En la novela *La Madre*, una pobre criada inculta lucha para que su hijo, sacerdote, permanezca fiel al voto pronunciado y vigila sin más compañía que la del viento, que se agita al unísono de su tormento interior, para que Paulo vuelva a su camino. Lo consigue, pero paga el precio de su vida.

La racha de mujeres desgraciadas se termina con *Annalena Bilsini* ambientada en las fértiles tierras de la llanura del Po. Por primera vez, la novela se resuelve favorablemente, el sacrificio no habrá resultado inútil y la familia, gracias a la entereza de su madre, puede brindar para celebrar que ya son propietarios. La personalidad de la viuda Bilsini, en su papel triunfante, guarda una notable semejanza con el de su creadora. Son como dos personajes que se han fijado una meta, y ambas consiguen cruzarla cuando alcanzan la cumbre de su madurez como mujeres.

---

26 Ibid., pág. 165.

27 Grazia Deledda, «La donna in Sardegna» en *Tradizioni popolari di Sardegna*, o. cit., págs. 251 y 263.

28 Grazia Deledda, *Obras escogidas*, tomo I, pág. 202.

Grazia Deledda una mujer concienciada

Al revisar ahora, después de haber transcurrido tantos años, la autobiografía de Grazia Deledda, convendría, quizá, valorar el hecho femenino en su vida y su obra, porque, si bien es cierto que ni fue una feminista activa, ni adoptó para sus personajes femeninos de ficción actitudes próximas a presupuestos feministas, sí demostró una actuación vital coherente que puede evocar determinados planteamientos de la ética feminista. Las voces que empezaban a alzarse y abogaban por un cambio urgente en la situación de la mujer, lo hacían lejos de Cerdeña, en países anglosajones,[29] en un contexto relacionado con el desarrollo de la sociedad industrial, desconocido entonces en la isla.

Si es verdad que sus personajes femeninos, salvo contadas excepciones,[30] no se atreven a enfrentarse contra un destino adverso y agachan la cabeza, porque el miedo y la ignorancia les disuade de emprender un camino que desemboca en un mundo desconocido, no es menos cierto que su coherencia vital y su actitud beligerante frente a una sociedad patriarcal, que margina a la mujer, la aproximan a lo que podría definirse como un feminismo «ante litteram» que, sin planteamientos teóricos, tuvo fuerza suficiente como para empezar a romper moldes.

Cuando la incorporación de la mujer al trabajo supone una toma de conciencia que origina problemas relacionados con el nacimiento del feminismo, para nuestra autora la situación es diferente, ya que la transformación de la sociedad rural en industrial no se verifica en Cerdeña hasta la primera mitad del siglo xx. Por lo tanto, los planteamientos, posibles en otros lugares de Europa, no eran aplicables en la isla, donde el retraso no favorecía el progreso de la mujer. Para poder enfrentarse al desafío de la nueva sociedad la mujer sarda tiene que romper primero el cerco de la sociedad autóctona, que se repliega, imponiendo sus códigos de forma todavía más coercitiva.

No parece verosímil afirmar que Grazia Deledda es un modelo de feminismo, pero una vez trazadas las coordenadas de tiempo y espacio de su quehacer

literario, y la evolución que enmarca su vida, es posible ver cómo, partiendo de las más adversas circunstancias, supera el círculo cerrado de un mundo de hombres en el que la mujer tiene asignado un papel invisible, un papel que se define por ausencia y no por presencia. Se sobrepone a la desesperanza con armas como la intuición y la formación, a la que llega a través de lecturas heterogéneas, escogidas sin método, aprovechando los libros que encuentra en su casa, propiedad de su padre o de sus hermanos.

Su feminismo individual se manifiesta en la confrontación que sostiene contra el orden establecido, publicando sus primeros relatos a pesar de la oposición familiar y ambiental, no cejando ante el hostigamiento, ante el trato desfavorable hacia la mujer que contraviene el código tradicional, víctima de una sociedad patriarcal en la que sus personajes de ficción se hunden sin voluntad para reaccionar.

La intuición-formación de Grazia Deledda desemboca en una forma personal de feminismo independiente, no por ello menos intenso, que se manifiesta siguiendo dos vías paralelas, pero contradictorias: por un lado, la del conformismo literario de las mujeres de sus novelas y, por otro, la de la recuperación, como mujer, de sus derechos individuales.

Todavía en 1966[31] un manifiesto feminista denunciaba el autoritarismo de la sociedad patriarcal y, a la vez, la búsqueda de la autonomía femenina, autonomía que la escritora había conseguido, a fuerza de coraje y constancia. En cuanto a la concienciación, otro de los principios en los que se basan las estrategias de actuación feminista, ella tomó conciencia de su propia realidad y supo trabajar y luchar para dominarla. El feminismo italiano ha luchado para modificar una realidad en la que la mujer carece de voz y cuando habla, no habla más que en dialecto. También en eso Grazia Deledda puede ser considerada una precursora: abandona la lengua sarda, a pesar del desgarro que supone, y apuesta por el uso del italiano para narrar unos hechos específicamente regionales. Hoy en día se sigue combatiendo por modificar el papel de la mujer en la sociedad, relegada a una domesticidad que equivale a la muerte social. A través de la creación literaria Deledda consiguió escapar a su muerte social.

Prescindiendo de etiquetas y de «ismos», la gran aportación de Grazia

Deledda estriba, no solo en haber presentado magistralmente en sus narraciones la situación de la mujer sarda, sino en haber sabido imponerse para escapar a un destino que podía haber sido paralelo al de alguno de sus personajes de ficción. Pagó por ello el precio del exilio voluntario y guardó hacia sus compatriotas un cierto rencor por haberla obligado a emigrar. Sin embargo, en *Cósima*, terminada cuando la proximidad a la muerte dulcifica los contrastes, deja fluir todo el amor que siempre guardó en su corazón por esa tierra, en la que:

«Las hierbas parecían de color rosado; cada semilla, cada flor, cada baya resplandecía como un ojo dorado que respondía a su mirada; y los montes lejanos, color aguamarina, se evaporaban en el cielo anaranjado, verde y rojo que, poco a poco, cambiaba de color y de tonalidad.»[32]

De la misma manera que los montes y senderos de su tierra se transforman al calor de la luz, y el paisaje acompaña a los personajes en su tragedia, ella supo transformar, con firmeza y voluntad, una existencia predestinada a la marginación. Durante su vida tuvo que salvar las barreras de su drama personal, su marginación de mujer sarda, sus deficiencias lingüísticas y sus carencias culturales. En los últimos años tuvo que pelear, además, contra una enfermedad maligna. No resultó fácil a veces, como narra en su autobiografía-testamento *Cósima*, ya que, igual que en algunas de sus novelas, la conquista final solo se logra tras un duro y difícil recorrido en el que, con lentitud, se van desvelando y venciendo los desniveles del terreno, ocultos tras los recodos del camino.

Y si en la narrativa deleddiana es inevitable hablar del fatalismo que salpica las acciones de sus personajes, «la eterna historia del error, del castigo y del dolor humano»,[33] la fatalidad de sus hijos literarios no debe transferirse a la concepción vital de la autora que, desde muy joven, comprendió y aceptó la necesidad de la lucha.

En conclusión, *Grazia-Cósima*, a pesar de los obstáculos que encontró, tuvo la habilidad de saber generar su propio triunfo, superando los dramas, deficiencias y marginaciones que la vida le imponía. Resolvió su drama personal a través de la experiencia literaria. Se rebeló contra la inmovilidad ancestral de sus compatriotas, convirtiéndose en rebelde a las leyes del grupo, igual que los bandoleros se convierten en rebeldes a las leyes del poder constituido. Contra

viento y marea se sobrepuso a una sociedad que para las mujeres proponía una única y estrecha senda, abandonó el sórdido ambiente familiar y local y se trazó un camino que siguió sin perder el rumbo.

María Teresa Navarro Salazar
Solfagnano, abril 2007

---

29 Aunque también en Italia escritoras como Sibilla Aleramo, de la que la autora sarda fue amiga, se ocupan del tema. Sus escritos sobre la cuestión han sido recopilados por Bruna Conti en *La donna e il femminismo: scritti 1897-1910*, Roma, Editori Riuniti, 1978 y en 1906 publicó *Una donna*, novela programática para el movimiento feminista.

30 Una excepción es *Annalena Bilsini* que se enfrentará a un sinfín de dificultades para acabar logrando su objetivo.

31 *Manifesto programmatico del gruppo Demau*, 1966, en *I movimenti femministi in Italia* edición de Rosalba Spagnoletti, Roma, Savelli, 1971.

32 *Cósima*, pág. 143.

33 Ibid., pág. 63.

Cósima

La casa[1] era sencilla pero cómoda: dos habitaciones por piso, grandes, de techo más bien bajo, con suelo y techo de madera, enjalbegadas. El vestíbulo dividido en medio por una pared: a la derecha la escalera, el primer tramo con escalones de granito y el resto de pizarra, a la izquierda, algunos peldaños que bajaban a la bodega. La puerta de la calle sólida, sujeta con un grueso gancho de hierro, tenía un llamador que golpeaba como un martillo, un cerrojo y una cerradura con una llave tan grande como la de un castillo. La habitación a la izquierda de la entrada estaba destinada a múltiples usos, con una cama alta y dura, un escritorio, un amplio armario de nogal, sillas casi rústicas con asiento de paja, pintadas alegremente de azul. A la derecha estaba el comedor, con una mesa de castaño, sillas como las otras y una chimenea con el suelo granulado. Nada más. Otra sólida puerta también sujeta por ganchos y cerrojos conducía a la cocina. Y la cocina era, como en todas las casas patriarcales, el lugar más habitado, más tibio de vida y de intimidad.

Había una chimenea, y además un hogar en el centro marcado por cuatro hileras de piedra; y encima, a la altura de un hombre, atada con cuatro cuerdas de cerda a las gruesas vigas del techo de caña ennegrecidas por el humo, una parrilla de aproximadamente un metro cuadrado, sobre la que estaban casi siempre, expuestos al humo que los endurecía, pequeños quesos de oveja cuyo olor se esparcía por los alrededores. Y atada, a su vez, a uno de los picos de la parrilla, pendía una lámpara primitiva de hierro negro, de cuatro mechas, una especie de sartencilla cuadrada, en cuyo aceite al descubierto flotaba el pábilo que se asomaba por uno de los picos. De hecho todo era sencillo y antiguo en aquella cocina bastante grande, de techo alto, bien iluminada por una ventana que daba al huerto y por el portillo de la puerta que daba al patio. En el rincón cercano a la ventana se levantaba el monumental horno, con el tubo de mampostería y tres hornillos en el borde; en un brasero, junto a estos, se conservaban encendidas día y noche y cubiertas de ceniza, unas cuantas brasas, y, bajo la pila de piedra, debajo de la ventana, en un cubo de corcho, nunca

faltaba un poco de carbón. Pero casi siempre los alimentos se cocinaban a la llama de la chimenea o del hogar, sobre grandes trébedes de hierro que podían servir de asientos. Todo era grande y sólido en los enseres de la cocina; las sartenes de cobre cuidadosamente estañadas, las sillas bajas en torno a la chimenea, las banquetas, el vasar para la vajilla, el almirez de mármol para machacar la sal, la mesa y el estante sobre el cual, además de los pucheros, había un recipiente de madera, lleno siempre de queso rallado y un cestillo de asfódelo con panes de cebada y el companaje para los criados.

Los más típicos objetos reposaban sobre el estante: una hilera de lamparillas de latón y, al lado, la alcuza para llenarlas, con su largo pico, parecido a un instrumento de alquimista y la pequeña orza con el aceite bueno, y un arsenal de cafeteras, y las antiguas tazas rojas y amarillas, y los platos de estaño que también parecían proceder de alguna excavación de época prehistórica. Y, por último, el tajo pastoril, es decir, una fuente de madera, con la hendidura en un ángulo para la sal.

Otros utensilios campesinos daban al ambiente un color inconfundible: una montura colgada de la pared, junto a la puerta, y, al lado, un largo talego de un tejido de tosca lana que servía de abrigo y manta al criado y la alforja, también de lana, y en un rincón de la chimenea una estera de juncos, enrollada, sobre la que dormía por la noche el criado cuando estaba en el pueblo, ya fuera este pastor o labriego.

Sobre la pila nunca faltaba un pequeño caldero de cobre lleno de agua, sacada del pozo del patio y, sobre un banco, el cántaro de barro con agua potable, acarreada con trabajo desde la fuente, alejada del pueblo. El agua resultaba, por entonces, un problema y, por ello, en verano se medía cada gota, a menos que sobreviniera un gran aguacero que llenara la cuba colocada bajo la cañería del desagüe del tejado. Y, sin embargo, la más diligente de las limpiezas, practicada en seco, comunicaba a la casa una agradable sensación.

Por la ventana, provista de una reja como todas las del piso bajo, se veía el verdor del huerto y, a través del verde, el gris y el azul de los montes. La puerta, por el contrario, según ya se ha dicho, daba al patio triangular, más bien alargado y ocupado, casi a medias, por un rústico cobertizo, desde el que, por una

puertecilla, se salía al huerto. Al fondo estaba el pozo, y bajo el alto muro del cercado, un montón de leña para quemar, refugio de numerosos gatos y gallinas que allí escondían los nidos de los huevos. Junto al muro lateral de la casa, un tablero, aún sin desbastar, apoyado sobre dos troncos, por encima del cual se abría una sola ventana a la altura del primer piso (todas las ventanas carecían de persianas), servía de asiento. Y un gran portón, sujeto también con ganchos y trancas, pintado de un tono color marrón oscuro, daba a la calle. De día, estaba casi siempre entreabierto ya que se utilizaba, más que la puerta de la fachada, para dar paso a los habitantes y amigos de la casa.

A ese portón, se asoma una mañana de mayo una niña morena, seria, de ojos castaños, limpios y grandes, pies y manos minúsculos, vestida con un delantal gris con bolsillos, medias de grueso y tosco algodón, rústicos zapatos con lazos, más aldeana que burguesa y, balanceándose con una pierna arriba y otra abajo, espera a que pase alguien o a que alguien se asome a la ventana de enfrente para comunicar una noticia importante. Pero la calle, estrecha y sin empedrar, a esa hora fresca de la mañana está todavía desierta como un sendero campestre, y en la vieja casa de enfrente, también con el alto muro del patio a un lado y un portón rojizo, no se ve a nadie. En dicha casa vive un canónigo, un alto y negro asceta taciturno, y una sobrina suya, joven inteligente, que hubiera querido meterse monja, pero que, después de algunos meses de noviciado fue devuelta a su casa debido a su precaria salud. Gentes de bien, sencillas y austeras. El canónigo se lamenta de que nadie lo salude por la calle: sin embargo, es él el que anda siempre con los ojos bajos, absorto en sus especulaciones religiosas. La sobrina, visto que Dios no la ha querido por esposa, se complace con la corte discreta de un joven y guapo ebanista, decidida, sin embargo, a no casarse con él, porque no es ni el propietario ni el funcionario que le correspondería. La niña que está en el portón sabe todas esas cosas y considera a sus vecinos personajes extraordinarios. Todo, por otra parte, es sorprendente para ella; parece proceder de un mundo distinto al que vive y su fantasía está llena de recuerdos confusos de ese mundo de ensueño, pero la realidad de este no le desagrada, la contempla a su manera, es decir, con los colores de su fantasía.

Del fondo de la calle llega el aroma del campo; el silencio es profundo y solo el repique de las horas y los cuartos que desgrana el reloj de la catedral lo

interrumpe. Las golondrinas pasan volando por un cielo intensamente azul, un poco bajo, como el de los paisajes de los pintores españoles, pero también las golondrinas callan. Por fin, se abre una ventana en la casa de enfrente, y un rostro moreno con ojos velados, de miope, se asoma a mirar aquí y allá, hacia el fondo de la calle. Es la señorita Peppina, la sobrina del canónigo. La niña se empina, apoyándose en el canto de la puerta para auparse mejor y da, a gritos, la noticia importantísima para ella:

—Señora Peppina, tenemos un nuevo niño: un Sebastianino.

Después resultó que había sido una niña, pero la pequeña deseaba un hermanito y se lo había inventado, con nombre y todo.

Satisfecha, volvió a entrar en la cocina y esperó a que la criada acabara de hervir la leche para el desayuno. Es necesario decir dos palabras sobre esta criada que, en el recuerdo, parece también una invención irreal. Se llamaba Nanna y ahora estará, sin duda, sentada a la diestra de Dios, fiel aún a sus amos, en las filas de los Patriarcas. Llevaba veinte años al servicio de la casa y habría de transcurrir allí otros veinte más. Tenía entonces treinta años; había llegado, siendo todavía una niña, del tugurio de una pobre gente, para cuidar del primer hijo de los amos, que había muerto pocos meses después de nacer, aunque dejando en la cuna su puesto a otro. La cuna también era primitiva, como excavada en el tronco de un nogal, sin velos ni adornos, y jamás estaba vacía.

Nanna era todavía una mujer guapa, con ojos castaños de perro fiel, un lunarcillo peloso en la comisura derecha de la boca y los pechos anchos y caídos de las razas esclavas. Desde luego no era una esclava en aquella casa donde todo se le confiaba, incluidos los niños, que dormían con ella y que la seguían cuando tenía que ir a hacer algún recado. Si trabajaba día y noche lo hacía voluntariamente: iba a buscar agua a la fuente, a lavar la ropa lejos, donde quiera que hubiera un arroyuelo, cernía la harina y amasaba con el ama el pan de trigo y de cebada, iba a recoger las aceitunas a la finca, a recoger bellotas para el cerdo al bosque de la montaña, partía la leña, daba de comer al caballo, le tocaba también barrer el trozo de calle delante de casa porque el Ayuntamiento no se encargaba de ello y en la época de la vendimia pisaba la uva con sus fuertes pies desnudos, cubiertos de una piel que parecía curtida. El sueldo se lo guardaba el

amo, que se lo invertía; los maliciosos decían que en la época de sus veinte años, cuando era guapa y casi rubia, el amo había sentido cierta inclinación hacia ella, pero eran chismes que el tiempo había disipado.

Ahora está hirviendo con cuidado la leche en el hornillo que está encima del gran horno; para la ocasión del parto del ama se ha puesto los zapatos, sin medias, por supuesto, preparada para cualquier orden. Una arruga le surca la frente y sus orejas están tensas como las de las liebres. La responsabilidad de la casa es ahora toda suya, y aprovecha exclusivamente su autoridad para tomarse algunas tacitas de café de más, que son su única pasión.

Los muchachos van llegando, uno por uno, para tomarse el café con leche que sirve en los redondos tazones de loza amarilla y roja, incluso los mayores que son varones y ya van al instituto de la pequeña ciudad. El mayor, Santus, es un guapo muchacho de perfil fino y grandes ojos, de un gris azulado, tiene un aire meditabundo y leal, viste ya algo rebuscadamente y, mientras se bebe el café con leche, acaba de repasar la lección de latín. El acontecimiento de la casa ni lo sorprende ni lo turba: conoce el misterio y lo acepta como una cosa natural. Sus sentidos permanecen tranquilos, casi fríos y templada la imaginación. No le gustan las mujeres, no piensa más que en estudiar, en profundizar en las cosas de la vida, pero a través de los libros. No, no tiene fantasía, pero quizá es, también, algo visionario, como la hermana pequeña, y procede de un mundo alejado de la cruda realidad. Tiene prisa por irse a clase con los libros bien sujetos por una correa y no le preocupa que el otro hermano se retrase o que quizá esté aún dormido en su cuarto del último piso que tiene dos ventanas: una a la fachada y la otra sobre los tejadillos de la despensa, el desván y los cuartos traseros.

De hecho, antes que él bajan las dos hermanas mayores, Enza y Giovanna, que también van a clase; de poca estatura, casi iguales, como dos gemelas, con ojos celestes y pelo negro, tirante, muy tirante, y una trenza rematada en un bucle. Sus vestidos son verdaderamente ridículos, la falda larga y ancha atada a la cintura, alrededor de la blusa con canesú de amplias mangas, de una tela a rayas de colores. De la misma tela es la bolsa para los libros, también llevan medias blancas y botines claveteados y pañuelos de seda en la cabeza que ya empiezan a atarse con cierta coquetería sobre la mejilla izquierda, dejando al descubierto el pelo hasta la mitad de la cabeza.

La pequeña, Cósima, que todavía no tiene edad para ir a la escuela, las mira con admiración y envidia, pero también con cierto temor, porque ambas, y Enza especialmente, no solo no juegan con ella, sino que le prodigan manotazos, empujones, golpes y palabrotas, aprendidas de las compañeras de escuela.

Su hermano Andrea se porta mejor con ella. Cuando las dos hermanas se han ido ya a la escuela, baja el muchacho, pero se niega a tomar el café con leche: «Cosa de mujeres», dice. Él se comería un buen filete de carne roja, medio cruda y, a falta de esta, se contenta con bajar el cestillo de los criados y roer con sus fuertes dientes el pan duro y una corteza de queso. Nanna se le acerca suplicante con la taza colmada en las manos, ya que Andrea es su preferido, su sola inquietud y única preocupación.

—Pareces un pastor —le dice, poniéndole la taza delante—. Toma esto, toma cordero, el maestro va a notar que hueles a queso.

—Y ¿quién es él? Yo soy un rico pastor, pero él es un pobre mendigo, un borrachín piojoso.

Así habla Andrea de su profesor de latín y lo dice convencido, porque toda la gente que vive de un trabajo intelectual es para él más pobre que los pastores o los albañiles.

Su mentalidad es, ciertamente, la de un rico pastor que conduce una tosca vida, pero posee rebaños, tierras y dinero y, sobre todo, libertad de acción, lo mismo para el bien que para el mal. Su aspecto físico es también rudo, cuadrado, los trajes descuidados, pero la cabeza es muy peculiar, potente, de pelo muy negro, perfil chato, de labios sensuales, ojos de un gris dorado, centelleantes como los de un halcón. No le gusta estudiar y solo es feliz cuando puede escaparse de casa, a caballo, como un centauro adolescente. Nadie le ha enseñado a montar a caballo y, sin embargo, monta sin silla sobre potros indómitos y sus gritos, para incitarlos, rivalizan con los relinchos.

Al ver a Cósima que estaba quieta, sentada en su sillita baja con la escudilla en el regazo, le sonrió y antes de salir se le acercó diciéndole, en voz baja, con un tenue acento de complicidad:

—El domingo te llevaré a caballo, al Monte;[2] pero chitón, ¿eh?

Sus grandes ojos se abrieron, brillantes de alegría y esperanza, y la promesa

del hermano, llena de ilusión y de visiones extraordinarias, se mezcló con sus fantasías en torno al misterio de la criatura nacida aquella noche en casa, llegada de no se sabe dónde, cómo, ni por qué.

Este nacimiento suponía, además, un cierto cambio de vida. Las dos hermanas mayores tenían que trasladarse a la habitación alta, para dejarles sitio en la cama de Nanna, a ella, a Cósima, y a la pequeña Beppa que aún dormía en la cuna en la habitación de los padres. Beppa tenía casi tres años, pero parecía menor, y todavía no hablaba bien porque tenía frenillo y se hablaba de darle un pequeño corte para librar a la lengua de tal estorbo.

Aparece ahora en la cocina de la mano de la abuela. La abuela no vivía con ellos, pero había pasado la noche en casa para asistir, con Nanna como única ayuda, a la hija parturienta. Y todo había ido bien, sin ruidos ni desorden. Ahora la puérpera y la niñita estaban descansando y también el padre que había velado toda la noche leyendo o paseando silencioso por la habitación contigua a la de su mujer y se había quedado dormido en un viejo sofá.

Por el contrario, la abuela no sentía necesidad de dormir, aunque fuera una mujercita frágil, casi enana, con pies y manos de niña y ojos color avellana con largas pestañas negras, llenos de inocencia, como si jamás hubieran visto la sombra del mal. Una toca de paño negro le recogía el pelo, blanco ya pero todavía rizado que se le escapaba por la nuca y las orejas, dándole un cierto aire de picardía. Las nietecitas la miraban como a una igual, mientras que su madre les daba miedo y Cósima experimentaba una extraña sensación de ensueño cuando la veía aparecer de repente. Pero más que de ensueño, era una impresión física de recuerdo inaprensible, un leve vértigo, como un relámpago sanguíneo que, posteriormente, se explicó creyéndolo un aflorar repentino o un volver a sumergirse de la vida anterior que permanecía o renacía en su subconsciente. La abuela, además, le recordaba —aunque fuera un poco voluntariamente— a ciertas mujercitas fabulosas o pequeñas hadas, buenas o malas según la ocasión, que, al decir de la leyenda popular, habitaban en otros tiempos en casitas de piedra excavadas en la roca, especialmente en las mesetas graníticas del lugar. Y estas minúsculas moradas prehistóricas existían y existen aún, monumentos megalíticos que se remontan a épocas remotas llamadas precisamente *Casas de*

las Pequeñas Hadas.[3]

La abuelita se tomó también su café, hizo que la pequeña comiera, la lavó y, finalmente, mandó a la criada a la compra: compra rápidamente realizada puesto que ya estaban en casa todas las provisiones, incluido el pan, y solo se trataba de comprar carne para el caldo, o algo de pescado, si, por rara casualidad, había llegado de la playa oriental de la isla. Cósima, con su escudilla vacía, estaba indecisa entre seguir a la criada en su breve salida matinal o poner en ejecución cierto proyecto. Quería penetrar en la habitación de la madre y ver a la niña; aprovechó, pues, el momento en que la abuela sacaba agua del pozo, para adentrarse por la silenciosa escalera. Después del primer tramo, todo de escalones de granito, sobre un pequeño rellano, se abría la entrada de una especie de despensa, con suelo de madera y techo como el de la cocina, de cañas, que formaba un sólido y fresco enrejado. Generalmente, la puerta estaba cerrada con llave: esta vez, con el ajetreo de la noche la habían dejado abierta. Y antes de proseguir hacia su meta, no dudó Cósima en explorar la gran habitación que también representaba para ella un misterioso rincón. Tenía razón, puesto que las cosas y objetos más dispares se hallaban amontonados allí dentro, a la difuminada luz que penetraba por el postigo de la ventana, de una sola pieza, abierta sobre el fondo lejano del montañoso horizonte.

Montones de trigo, cebada, almendras y patatas ocupaban los rincones, a la vez que una larga mesa aparecía completamente colmada de tocino y de embutidos y, a su alrededor, cestos de asfódelo llenos de habas, judías, lentejas y garbanzos cortejaban a las orzas de manteca de cerdo, de conservas, de tomates secos en salazón. Pero lo que más despertaba la avidez de Cósima eran algunos racimos de uvas y peras secas que todavía colgaban de una de las vigas que sostenían el techo. Una abeja, avispa o lo que fuera, zumbaba feliz alrededor, mientras que a ella no le estaba permitido tocar ni un solo grano; sabía, no obstante, que allí había una caña con una hendidura en el extremo superior que servía para descolgar el junco que ataba los racimos y bajarlos sanos y salvos: la encontró detrás de la puerta y la alzó como cuando el sacristán enciende las velas. La abeja salió volando; uno de los racimos quedó atrapado, pero, en medio del descenso, resbaló fuera de los dientes de la caña, se cayó, y se desgranó en el

suelo como un collar roto. Al principio se desconcertó, después pensó que su madre, la más severa de la casa, no podía darse cuenta del pequeño desastre y, con una fuerza de voluntad que solo ella poseía, recogió los granos, uno por uno, los metió dentro de su pañuelo, hizo desaparecer los rabos y el junco, volvió a dejar la caña, y cuando toda huella de la pérdida hubo desaparecido, pensó que también ella valía, como oía contar a los criados cuando volvían del campo, para cometer un robo, un abigeato[4] y hacer desaparecer las huellas de forma que nadie pudiera sospechar jamás del verdadero culpable.

Esas bárbaras fantasías no se le iban de la mente; pero eran los propios criados y los demás aldeanos que pululaban por la casa, y muchas veces también los burgueses, parientes, amigos del padre, huéspedes que venían de los pueblos de la montaña y del valle, los que las sembraban en los chicos, curiosos y sensibles, con los relatos de las aventuras de bandidos que, por entonces, florecían como residuo de empresas y guerrillas medievales en un radio de kilómetros y kilómetros a la redonda. Sin embargo, con esos fermentos los muchachos crecían valientes, prontos a combatir contra los malvados y las niñas, aunque fueran tan pequeñas como Cósima, ya tenían instintos de amazonas. La educación materna, toda religión y austeridad, apagaba cuanto podía la vitalidad interna de los hijos, y mucho más hubiera hecho la paterna, ya que el cabeza de familia, el señor Antonio, era el hombre más apacible y justo de la región, pero estaba demasiado ocupado con sus negocios, impelido por la necesidad de asegurar a los hijos un sólido bienestar, para poder dedicarse también a su riqueza espiritual. Es cierto que los mandaba a la escuela, y en su presencia, ya fuera por respeto y afecto natural hacia él, bien por hipocresía, eran buenos y bien educados.

Cósima, además, experimentaba por él un sentimiento ilimitado de confianza y, a veces, de admiración. Por eso no se preocupó al verlo aparecer en lo alto, en el descansillo del primer piso, mientras ella subía el segundo tramo de la escalera. Ahora los escalones eran de pizarra, muy iluminados por la ventana del rellano; era este tan grande como una habitación, con un armario empotrado cubierto por una cortina de percal, la máquina de coser y algunas sillas; allí daban la puerta de la habitación de matrimonio y la de la que servía para los

huéspedes, cuando eran más de uno, lo que solía ser frecuente. De esta habitación, que era la mejor amueblada de toda la casa, con dos ventanas, una que daba a la calle y otra al patio, el sofá y un velador con marquetería de madera blanca, salía precisamente en aquel momento el señor Antonio y se paró a escuchar delante de la puerta de su mujer. Al reparar en la pequeña Cósima, le hizo señas de que no hiciera ruido y ella se detuvo apoyada en la pared de la escalera, intimidada, aunque no demasiado. El padre estaba por encima de ella, le parecía alto, casi gigantesco, cuando, en cambio, era bajo y algo gordo. Pero si las piernas eran cortas el busto era fuerte, amplio, y la cabeza grande, calva, con una corona de rizos ya grises, que desde las sonrosadas orejas pendía alrededor de la vigorosa nuca. Y su rostro también le parecía a Cósima el más extraordinario de todos los que conocía: un rostro realmente especial, con la frente alta, la nariz corta y respingona, la boca pequeña y fina entre el gran labio superior y la cuadrada barbilla. Lampiño, pero con algo de recia pelusa sobre la ancha mejilla, aquel rostro sencillo de aldeano convertido en burgués tenía los signos y las arrugas de una inteligencia y de una prudencia nada comunes y los ojos grises o azules o verdosos, según la luz del momento, podían ser los de un santo, pero también los de un guerrero. En aquel instante eran azules y reflejaban casi el color del cielo sobre la ventana y le hacían guiños infantiles a la niña, apoyada en la pared, pero, de pronto, se tornaron grises, porque en la habitación se oyó un vagido.

Entonces le hizo señas a Cósima para que subiera y abrió la puerta. La niña sintió que el corazón le palpitaba. ¿Cómo había podido el padre adivinar su deseo? Se encontró en la habitación, detrás de él, y vio las cosas ya conocidas: la gran cama con la colcha de percal de flores, el armario, la consola de nogal, que era el mueble más elegante de la casa, los cuadros, la blanca chimenea; pero todo le parecía cambiado, como si una luz milagrosa hubiera dado a las cosas un aspecto distinto, encantado, como cuando se ven reflejadas en el agua o en los cristales de una ventana abierta de par en par; y el resplandor procedía de un lugar extraordinario: de un canastillo de asfódelo colocado sobre la piedra de la chimenea, donde, entre almohadones y pañales, estaba la recién nacida. Fajada con las manitas dentro, según entonces se usaba, tenía la cabecita cubierta por un gorrito de puntilla rosa y, dentro del gorrito, la carita colorada, hinchada, con la

boca abierta para llorar, daba la idea de un capullo que se abre para florecer. Aquello fue para Cósima una desilusión porque ya se había imaginado a la nueva hermanita toda llena de rizos, rubia y pulida como el niño que en el cuadro de encima de la cama está en brazos de un bonachón y rojizo San José y al que, se le mirara desde donde se le mirara volvía los celestes ojazos como si de un niño vivo se tratara.

La madre dormitaba, era la única que no había cambiado, con su cara pálida, de nariz un poco aquilina, la boca algo marchita y el pelo ya gris: ni joven ni vieja, tal como la había conocido siempre la niña, ni alegre ni triste, casi impasible y enigmática. Cuando el padre consideró que Cósima había satisfecho su curiosidad, le hizo señas para que se fuera. Se marchó, pero aprovechando la ocasión, siguió explorando la casa. Visitó la habitación del otro lado del rellano, pasó el dedo por la marquetería del velador e intentó sentarse sobre el viejo sofá cuyos muelles se habían hundido. Le agradaban los muebles distintos a los habituales de la casa y, a decir verdad, también las sillas de nogal tapizadas de tela verdosa que completaban la decoración de aquella habitación casi señorial resultaban interesantes, porque el asiento era móvil y se podía sacar por el fondo de la silla para cepillarlo con comodidad. Ahora, levanta poco a poco uno de ellos, observando el relleno interior sujeto por tiras de gruesa tela y piensa que si tuviera algo que esconder, ese sería el mejor escondite. ¡Esconder! Esa era, también, una de sus más secretas y fuertes aspiraciones y, posteriormente, también se la explicó relacionándola con el instinto de los antepasados que vivían en las montañas y ocultaban sus cosas para sustraerlas a la rapiña de los enemigos.

Después volvió a la escalera, otras cosas interesantes para ella eran un ventanuco abierto en la pared interior, entre los dos tramos, y asomándose a él, daba rienda suelta a su fantasía imaginando un precipicio, una cascada de lava deteniéndose delante de aquellos escalones azulados y, sobre todo, una ventana más grande, proyectada, pero no abierta, en la parte superior de la pared que terminaba en el techo.

¿Quién había dibujado esa abertura que no se abría, ese rectángulo socavado en la pared, que de haber estado abierto hubiera permitido ver un amplio horizonte de cielo y de lejanías? Quizá había sido un capricho del albañil, quizá

se pensó en levantar más la casa, para lo que luego hubiera resultado útil esa abertura; de cualquier modo, Cósima se extasiaba cada vez que la miraba, la abría con su fantasía y jamás en su vida vio un horizonte más amplio y fabuloso que el que se imaginaba a través del fondo de aquella huella polvorienta llena de telarañas. Pero el armario empotrado del descansillo era también de la misma familia y, puesto que en el cuarto de la madre se había hecho de nuevo el silencio, volvió a bajar, cauta, y levantó la cortina de percal de flores rojas y amarillas.

Muchas cosas extraordinarias enriquecían los dos estantes transversales, Cósima no podía llegar a la más alta y tenía que alejarse dos pasos para ver bien y era justo que las cosas de allá arriba no se tocaran, como no se tocan los objetos sagrados del altar. El estante tenía bastante de altar, con sus cuatro candelabros alineados, dos de latón y dos de cobre y en medio un jarrón de cristal; pero el objeto más maravilloso era un gran plato, también de cristal finamente tallado como un diamante, apoyado en la pared del fondo. Cósima no recordaba haberlo visto usar jamás, y tampoco tenía idea de para qué podía servir; eso lo convertía en algo más raro, casi misterioso, le parecía, vagamente, un símbolo, un plato sagrado procedente de antiguos tesoros y, quizá una imagen del sol, de la luna, de la custodia cuando el sacerdote la alza y la muestra a la muchedumbre en adoración. Y ella adoraba de verdad aquel plato, alto, intocable; lo adoraba —y eso también lo comprendió mucho más tarde—, porque representaba el arte y la belleza.

En el estante de abajo, había vajillas, frascas y algunas tazas de café, muy bonitas también, decoradas con pálidas rosas y delicados dorados y las correspondientes cucharillas de latón, con el mango trabajado. Hasta aquí podía llegar el dedo de Cósima, pero solo el dedo, para acariciar una rosita en el candor de la porcelana, como se acaricia una rosa verdadera que no se puede coger. Después cae de nuevo la cortina como un telón sobre aquel altar, sobre aquel jardín y vuelve a la escalera, cuenta los escalones y se encuentra en el último descansillo, casi idéntico al de abajo, pero en lugar del armario empotrado existe aquí otra comodidad: dos hornillos para el caso de que algún día hubiera que utilizar el lugar como cocina. Y la pequeña soñadora piensa que también un día tendrá que casarse, como su madre, como sus tías, y vivir allá

arriba y preparar en esos hornillos la comida para ella y su familia. Por ahora, las dos habitaciones, la de la derecha y la de la izquierda, con el suelo de madera casi sin desbastar, son las más pobres de la casa, con sus camitas de hierro, los jergones repletos de crepitantes hojas de maíz, una mesa y algunas sillas. Pero en la de los chicos existe un gran tesoro: una estantería llena de libros, libros viejos y nuevos, algunos de texto, otros comprados por Santus en la única librería de la pequeña ciudad. Cósima aún no sabe leer, pero conoce las imágenes y aunque le está prohibido tocarlos, poco a poco abre un enorme libro de gruesas hojas, mejor dicho de cartones color celeste, marcados con puntos amarillos, que bien sabe lo que significan: son las estrellas en el atlas celeste.

Después ya no le queda más que mirar por las ventanas abiertas: una a la calle, otra que da a la superficie del huerto y, luego, a la de los huertos contiguos, hasta donde estos descienden al valle invisible en el que se alzan los montes, grises montes cercanos con manchas de boscaje, con marcados perfiles rocosos, con torres de granito; montes más alejados, de caliza azulada, casi resplandecientes al sol de mayo, y otros montes, todavía más altos, más azules, evanescentes, montes de leyenda y de ensueño.

La ventana que da a la calle es menos pintoresca, pero también es interesante y llena de vida. Solo una breve acera corre por delante de nuestra casa, el resto de la calle está empedrada con cantos, con una cuneta central para desaguar el agua de lluvia. Las casas son bastante aparentes, casi todas pertenecen a parientes del señor Antonio. La del fondo es del hermano sacerdote, don Ignacio, fumador y sucio, después viene la de la tía Paolina, viuda acomodada con hijos pastores y agricultores, luego la de la tía Tonia, igualmente pudiente, con un hijo que estudia para farmacéutico. El padre del muchacho ha muerto, no obstante lo cual, la tía Tonia no es viuda, tiene un segundo marido, pero después de un mes de matrimonio lo ha echado de casa y, al final, se ha separado legalmente de él. Es una mujer simpática, enérgica, inteligente, y la gente más jovial del barrio la visita a diario, en sus horas libres; juegan a las cartas, discuten, preparan bromas, mascaradas para los carnavales y alegran a toda la vecindad.

Sin embargo, la casa más importante es la que, frente a la nuestra, habita el canónigo: una verdadera fortaleza con patios y jardines interiores, uno de los cuales es casi colgante, lleno de rosales, granadas y con una alta morera cargada

de frutos pequeñitos de color morado. Desde allí se divisa un panorama de casas y chozas que forman el barrio más popular y típico de la pequeña ciudad, y el blanco campanario de la iglesia del Rosario emerge sobre los tejados bajos y oscuros como un faro entre los escollos.

En este momento el señor Antonio está en la habitación de la planta baja sentado en el escritorio y despacha su correspondencia, empleando determinadas hojas grandes, cuadriculadas, que, una vez escritas, con su nítida y sobria letra caligráfica, pliega de modo que formen un sobre que cierra y sella con ciertas obleítas coloradas que constituyen otra de las atracciones para Cósima. Casi toda la correspondencia ventila asuntos de cierta importancia: una de las cartas va dirigida a uno de los agentes de la costa que se ocupa de cargar en un barco mercante partidas de carbón vegetal y ceniza, expedidas por el señor Antonio otra es para la casa de Livorno que compra la mercancía otra para un propietario que, precisamente, quiere vender un bosque para talarlo y reducirlo a carbón y ceniza otra para un capataz de los Apeninos pistoyeses que tiene que llegar con un grupo de obreros de aquella zona especializados en la elaboración de carboneras. Pero hay también una carta amistosa para el señor Francisco, propietario de un pueblo que dista cinco horas de viaje a caballo de la pequeña ciudad. Desde hace muchos años, el señor Antonio y el señor Francisco son amigos, y también compadres, ya que el segundo tuvo en la pila bautismal a la pequeña Cósima, el amigo le escribe ahora para anunciarle el nacimiento de la última niña y le invita a la nueva ceremonia bautismal.

Después comenzaron a llegar las visitas. La primera fue la de don Sebastiano, el hermano de la parturienta. Por aquel tiempo los curas elegían la carrera porque no sabían qué otra emprender, pero el tío Sebastiano, aunque de familia pobre, había escogido la suya por sincera vocación. Era un hombre inteligente y culto, sabía humanidades y latín, hasta el punto de que, una vez, hallándose en Roma con un sacerdote polaco que desconocía el italiano se habían entendido perfectamente en la lengua de Cicerón. Al contrario que el otro cura de la familia, don Ignacio, el hermano del señor Antonio, amaba la pobreza, era casto, de humor alegre, y su única debilidad consistía en echarse al coleto desde por la mañana sus copitas de aguardiente y de buen vino.

Fue Cósima la que lo recibió porque el padre estaba acabando sus cartas. Se sentó en el comedor con las piernas abiertas, levantándose la sotana por encima de los pantalones negros, sobre los que pendían dos grandes bolsillos repletos de papeles, de libros y de otras cosas, puso la teja sobre la silla de al lado, y su rostro, rojizo y compacto, de nariz corta, se iluminó de alegría cuando la criada le trajo una copa de vino blanco. De igual modo, la niña pequeña se le había acercado confiadamente, y tiraba de una de las faltriqueras misteriosas que atraían hacia él a los niños, como mandaba Jesús, mejor dicho, su manita se introdujo en la abertura de aquella especie de alforja y sacó de ella un caramelito aplastado dentro de su envoltura de papel de seda. Cósima quiso regañarla, le dio un golpecito en la mano, pero ella hubiera querido hondear también, y más a fondo, los bolsillos del tío. Él, riéndose, las dejaba, después cogió a las dos niñas entre sus piernas y las apretó, más bien con fuerza, mientras sacaba caramelos, frutos secos y pastillas de goma del fondo de los bolsillos. También extrajo de allí dos números de la *Unità Cattolica*, el periódico orlado de negro, como luto por la pérdida del poder temporal del Pontífice, y se los entregó al señor Antonio que entraba en aquel momento. Era el único periódico que leían y se lo pasaban uno a otro y aquella mañana también discutieron el artículo de fondo de don Margotti y más tarde la áspera crítica que se le hacía a la mujer de un ministro del gobierno usurpador porque la señora había acudido a un baile con un vestido que se decía costaba la fabulosa suma de veinte mil liras.

Luego se fueron todos, incluidas las niñas, que se agarraban a la sotana del tío como a las faldas de una mujer, a ver a la puérpera.

Aquel fue un invierno largo y crudísimo,[5] como jamás se había conocido. Primero cayó una gran nevada que sepultó montes y pueblos; ante nuestra casa se acumuló en una noche más de un metro y se tuvo que practicar un caminito en el medio para poder pasar sin hundirse. Los muchachos, al principio, estaban muy contentos, especialmente los que tenían la excusa de no ir a la escuela. Andrea construyó en el huerto una estatua monumental, con dos castañas por pupilas y un gorro de piel en la cabeza; Santus, en cambio, intentó ir a la escuela, pero se tuvo que volver porque esta se encontraba en un antiguo convento, a las afueras de la pequeña ciudad, y la nieve estaba tan alta que no se podía llegar

hasta allí. El estudiante, entonces, se encerró en la habitación de arriba, con un frío siberiano y se puso a estudiar. La que más se divertía era Cósima. Por primera vez veía la nieve en toda su terrible belleza y las cosas le parecían infinitamente grandes, transformadas en nubes.

Otro espectáculo maravilloso para ella era el fuego. Todas las chimeneas estaban encendidas y también el hogar central de la cocina: parecía como si la llama brotase del suelo de forma natural, e inclinándose aquí y allá, curiosa y casi deseosa de separarse y correr alrededor de sí misma. El humo subía hacia el techo y por cualquier otra abertura, pero volvía a entrar como repelido por el frío del exterior y, entonces, se tornaba despechado y nos molestaba. Teníamos la suerte de que el día anterior había vuelto un criado del *seminerio,* es decir, de las tierras donde se sembraba el trigo, y ahora, bloqueado por la nieve, estaba en casa y nos era útil de muchas maneras: partía la leña bajo el cobertizo, cuidaba del caballo encerrado en el establo, del cerdo, de las gallinas ateridas de frío, atizaba el fuego, sacaba agua del pozo y, al final, fue incluso a buscar algo de carne para preparar el caldo para los amos. Todas las demás provisiones estaban ya en casa, y no había peligro aunque la nieve durara semanas enteras. De hecho, al anochecer, empezó a caer de nuevo, densa e incesante; se cerraron y atrancaron puertas y ventanas, casi como si de un enemigo se tratara y en el silencio profundo, las voces de la casa vibraron como en un refugio de montaña.

En el comedor también había un brasero en torno al cual estaban sentadas la madre y las hijas. Cósima intentó conseguir un sitio entre sus hermanas, pero las dos mayores, como de costumbre, la rechazaron y la pincharon, a pesar de las reprimendas de la madre, paciente y silenciosa, se apartó y se fue a la cocina. Allí se estaba, quizá mejor, aunque el humo continuara velando el ambiente. La criada estaba sentada delante de la chimenea y ya dormitaba, mientras el criado estaba lejos del fuego, porque un hombre fuerte no tiene y no debe de tener nunca frío y Andrea, por espíritu de imitación, estaba sentado a su lado, los dos en sillitas bajas. Cósima, a su vez, se sentó al lado de la criada y colocó la cabeza sobre su regazo, algo grasiento y tibio.

El criado era un hombre de la zona, se llamaba Proto: bajo y tosco, con una gran barba rojiza, cuadrada, y los ojos verdosos, tenía un aspecto casi frailuno y, en realidad, era muy religioso y sencillo, de una innata bondad franciscana;

contaba siempre historias de santos, aunque Andrea y la misma Cósima preferían leyendas o historias de bandidos, pero estas se las dejaba al otro criado que era amigo de los foragidos y también de los bandoleros. Para contentar a los señoritos, Proto escogía un camino intermedio y narraba ciertas fábulas muy largas que parecían novelas.

—Esta —decía aquella noche— no es inventada: es totalmente cierta y sucedió cuando yo era niño. En mi pueblo el invierno es más largo y más crudo que aquí, porque vivimos en la montaña y los pastores tienen que bajar con los rebaños para invernar en la llanura, las mujeres no salen de casa y los muflones[6] bajan de las cimas en busca de alimento.

—¿También los lobos? —pregunta Andrea.

—No; allí no hay lobos. Somos buena gente y también lo son las bestias. No existe animal más dulce que el muflón, que es una especie de cabra salvaje, pero más bello y ágil que la cabra, y completamente inofensivo. Los cazadores, que vienen desde muy lejos para cazarlos, son más crueles que el más salvaje de ellos. Una vez, pues, uno de estos buenos animales, empujado por el hambre, bajó hasta la última casa del pueblo y estuvo vagando en torno a ella durante toda la noche. Tenéis que saber ahora que en aquella casa vivía una joven, cuyo novio, rico pastor de ovejas, había partido un mes antes para los pastos del sur, pero en el viaje había cogido una pulmonía, y ahora yacía en un lugar lejano, mientras sus criados continuaban el viaje con los rebaños. La muchacha vivía sumida en el mayor de los dolores, hubiera querido reunirse con su novio, pero los padres no se lo permitían. Por eso siempre estaba llorando y por la noche no dormía. Oyó, pues, el leve rumor que el muflón hacía alrededor de la casa. Al principio se asustó creyendo que eran ladrones, después pensó que su novio tal vez hubiera muerto y su espíritu, volviendo a los lugares donde habían sido felices, la buscaba.

Se levantó, entonces, y abrió la ventana. La noche era fría, pero serena y sin nieve. La luna iluminaba la ladera del monte que descendía hasta la casa y en la claridad la muchacha vio al muflón que husmeaba aquí y allá en busca de comida. Era un bonito animal, con el pelo del color del cobre, brillante por el frío, y sus ojos grandes y dulces resplandecientes a la luz de la luna. Pensó: «No

hay duda de que es su espíritu que, bajo esta forma, viene a decirme adiós antes de irse al otro mundo». Descendió al piso bajo y entreabrió la puerta; el animal huyó. Entonces se puso la capucha y fue hacia la cerca que había bajo la ladera del monte, el muflón no volvía y así se convenció de que no era el espíritu de su novio. Volvió a su casa y colocó delante de la puerta un cesto con heno y cebada y poco después oyó el rumiar del muflón hambriento. A la noche siguiente ocurrió lo mismo. La tercera noche, dejó la puerta abierta y puso el cesto en el umbral. Sentada junto al hogar, vio acercarse al animal, retroceder, volver de nuevo y comer. La cuarta noche colocó el cesto en el interior de la cocina, junto a la puerta abierta de par en par y el animal se animó y entró. De esta forma, poco a poco, se hicieron amigos y ella se encariñó de tal manera con su protegido, que casi experimentó alivio a su pena. Lo esperaba toda las noches, como a un enamorado, y si tardaba se preocupaba por él. No contaba a nadie su aventura por miedo a que alguien molestara al animal, tan solo se lo contó a su novio cuando, ya curado, volvió en primavera y Alessio, que así se llamaba el joven, se volvió extrañamente celoso. Pero ahora el muflón ya no bajaba del monte, ya no tenía hambre; además, con el buen tiempo la gente salía fuera y podían darle caza. La joven creyó que no volvería a verlo nunca más. Se casó en otoño, y al principio del invierno el esposo tuvo que partir de nuevo con los rebaños, los zagales y los perros.

Y he ahí que la misma noche, una noche muy fría, de hielo, el muflón volvió, lo oyó golpear la puerta con los cuernos y salió a abrirle con el corazón palpitante, como si acudiera a una cita clandestina. La historia comenzó de nuevo, el muflón vagaba familiarmente por la cocina como un perro, acercándose al fuego, y la esposa le contaba en voz baja todas sus cosas. No era supersticiosa, no creía, como otras muchas mujeres del pueblo, que los espíritus, y muchas veces también los hombres vivos, se transforman en animales, especialmente, de noche. Lo había creído, por un momento, la primera vez que apareció el muflón, cuando se sentía desgraciada por la enfermedad del novio, pero ahora que era dichosa, pensaba que el animal era un ser extraordinario, sí, pero un simple animal que la quería mucho. Y ella también lo quería, hubiera deseado quedárselo en casa; sin embargo, le desagradaba la idea de tenerlo prisionero, y por ello, después de la acostumbrada visita, le volvía a abrir la

puerta.

Y ahora viene lo más importante. Para Navidad regresó el esposo, y ella estuvo dudando si debía contarle, o no, su aventura, sin embargo, no ocultó cierta inquietud, y como en las primeras noches, colocó el cesto con el heno y la cebada delante de la puerta. A la mañana siguiente lo encontró intacto, señal de que el animal no había ido. Y no volvió ninguna de las noches que el marido permaneció en el pueblo. Entonces un sentimiento supersticioso se apoderó de la joven mujer. Sí, era verdad, el muflón debía tener algo de humano, demostraba demasiada inteligencia para ser únicamente un animal salvaje. Por otra parte pensaba que podían haberlo matado, y experimentaba por ello un vago dolor. El marido se daba cuenta de todo y no sabía si reírse o enfadarse, pues alguien le había contado que por el pueblo corría la voz de que su mujer, a pesar de llevar tan pocas semanas casada, abría por la noche la puerta a un hombre misterioso, venido de lejos, que corría de tal modo que no se le podía distinguir.

He aquí que el marido vuelve a marcharse. La casita queda otra vez triste sin él, el pueblo está cubierto de nieve. La esposa vela, espera a su amigo, pero sin demasiada esperanza de volverlo a ver. En cambio, el muflón, como advertido por un instinto sobrenatural, vuelve. Ella lo acoge, temblorosa, le da de comer, lo acaricia, lo siente palpitar y jadear, casi espera oírle hablar. Y observa que esta vez el animal no tiene prisa por marcharse. Siente la tentación de retenerlo en su casa. ¿Qué mal habría en ello? Por fin, se decide a abrirle la puerta, y el amigo se va; un minuto, y desde detrás de la blanca cerca nevada disparan un tiro de fusil, cae el animal, y en el profundo silencio se escucha el ladrar de los perros y se abren algunas ventanas. La esposa tiene un presentimiento, espera a que todo quede tranquilo otra vez, sale; al resplandor de la nieve llega hasta la cerca y encuentra al muflón muerto, con los ojazos abiertos de par en par, que aún brillan de dolor. Lo cubrió de nieve con sus manos, y después lloró durante toda la noche. No se aludió a la aventura y cuando las nieves se derritieron y se encontró el cadáver del muflón, creyeron que había muerto de hambre y de frío. No se habló más de aquello, ni siquiera con el marido, cuando este regresó, pero algo terrible sucedió. En septiembre a la joven esposa le nació un niñito, era hermoso, con el pelo del color del cobre y los ojos grandes y dulces como los del muflón: pero era sordomudo.

A Cósima le encantó la historia. Con la cabeza apoyada en el regazo de la criada, creía soñar: veía el pueblo de Proto, con las casas cubiertas de tablas ennegrecidas por el tiempo, y los montes resplandecientes de nieve y luna; pero, sobre todo, el misterio de la fábula, aquel silencio final, grave, de cosas verdaderamente grandiosas y terribles, el mito de una justicia sobrenatural, la eterna historia del error, del castigo y del dolor humano, le hacían experimentar una profunda impresión, una sensación casi física.

La nieve duró bastantes días, pero más desastroso fue el período de lluvias torrenciales que durante catorce días cayeron como un diluvio, sin interrupción, acompañadas de ráfagas casi calientes de siroco. Ahora el humo ni siquiera intentaba salir de la cocina, la lluvia penetraba por las ventanas, goteaba por los tejados, un verdadero surtidor brotó en la bodega y el señor Antonio, deprisa y corriendo, tuvo que encargarle al fontanero un tubo de hierro y contratar a dos hombres para achicar el agua de la bodega a la calle. También esta se había convertido en un torrente, el huerto en un estanque y daba la impresión de que se estaba en una barca que hacía agua por todas partes.

Después las niñas enfermaron; Cósima también sintió que la garganta le oprimía, se vio asaltada por una altísima fiebre y comenzó a soñar las cosas más extrañas y espantosas. Yacía en la cama del cuarto del piso bajo y en los momentos de lucidez veía el rostro pálido de la madre inclinado sobre el suyo y, con ello, experimentaba una impresión de frescura como si un húmedo nenúfar la rozara. Pero un día, el día de San Antonio, grandes gotas de rocío parecieron caer de aquella flor, sin embargo, aquel rocío era ardiente y Cósima sintió su salado sabor, el sabor del mayor dolor que puede afligir a una mujer.

Vino una parienta para preguntar cómo seguían las niñas. Al entrar, para no demostrar inquietud, preguntó con voz alegre:

—Hoy es el santo del dueño de la casa; ¿tendréis banquete? ¿Dónde está el tostoncillo?

—El tostoncillo para la fiesta está arriba, en el cuarto de las niñas —dijo la madre con voz ronca—. Y la parienta fue a ver: había muerto Giovanna, la más guapa de las cinco hermanas.

Después de la muerte de Giovanna, el humor de mamá cambió. Siempre había

sido seria, ahora se había vuelto melancólica, taciturna, encerrada en un mundo exclusivamente suyo. Cuidaba de sus hijos y de las cosas de la casa, pero con una frialdad casi mecánica, con los escrúpulos de un deber por el que no se espera ninguna recompensa. Todavía era joven, hermosa, bien proporcionada, aunque de poca estatura, pero a veces parecía vieja, encorvada, cansada. Tal vez el misterio de su tristeza derivaba del hecho de que se había casado sin amor, con un hombre que le llevaba veinte años, que la rodeaba de atenciones, que vivía solo para ella y la familia, pero que no podía darle el placer, las satisfacciones sensuales que toda mujer joven necesita. Y ella no podía procurárselos fuera del recinto doméstico: no podía por un deber innato, por superstición o prejuicio o quizá por una falta total de ocasiones. ¿Había amado alguna vez? Decían que sí, que antes de casarse había querido a un joven pobre, sin embargo, nadie sabía quién era y tal vez nunca había existido. Hay muchas mujeres que viven del recuerdo de un amor imaginado, y el verdadero amor es para ellas un misterio grande e insondable como el de la divinidad.

Además, toda la familia de la madre era un poco extraña. El padre, de origen extranjero, decían que genovés, incluso que español, había practicado un poco todos los oficios. Al final, siendo ya propietario de una casa y de un pequeño terreno en el valle, se había retirado allí, y vivía en una cabaña, como un ermitaño, cultivando la escasa tierra y criando pájaros y gatos monteses. Los hijos, sin embargo, habían crecido como Dios manda, porque su madre los educaba santamente: uno era sacerdote, el otro secretario municipal en un pueblo de la jurisdicción, las hijas casadas, pero todos tenían un carácter distinto al de los habitantes del lugar. Chiflados, los llamaban los demás habitantes, burlones y escudriñadores, mientras que los hijos del ermitaño eran distraídos y soñadores y cuando hablaban, siempre decían palabras de tajante verdad.

Entre esa gente y en ese ambiente, crecía, pues, la pequeña Cósima: ahora tiene siete años y va también a la escuela, con la hermana mayor que repite cuarto de primaria. El recorrido para llegar al convento que sirve de escuela está lleno de aventuras para ella; es menester bajar por calles estrechas y mal pavimentadas, atravesar casuchas de gente pobre para llegar a la plaza, donde se encuentra el barrio aristocrático, con casas altas, balcones y cortinas almidonadas en las ventanas. Sentadas en el suelo, en un extremo de la plaza,

están las hortelanas con sus cestos de verduras: la mayor parte son criadas que venden los productos de las huertas de sus amos y airean sus asuntos. A veces llega un carro que viene de los pueblos de la costa cargado de pescado, o de sandías y melones. Entonces es un ir y venir de golosos compradores y el propio señor Antonio, cuando se le presenta la ocasión, compra un kilo de lubina o un fragante melón y se lo lleva a casa envuelto en su pañolón de cuadros.

Desde la plaza, la carretera provincial que atraviesa el pueblo lleva el nombre de calle Mayor, allí hay un enorme palacio señorial que con sus galerías y sus cornisas constituye la maravilla de Cósima. Más abajo está el café con puertas acristaladas, y dentro, espejos y divanes, otra fuente de admiración para Cósima: a un lado y otro, almacenes, mercerías, tiendas de telas y comestibles, pero lo que más le interesa a nuestra pequeña colegiala, es la librería del señor Carlino, en la que se venden cuadernos, tinta, plumillas, en suma, todas esas cosas mágicas, con las que, a través de signos, se puede traducir la palabra y, más aún que la palabra, el pensamiento del hombre. Algunos de estos signos extraordinarios ya los sabe trazar Cósima, porque el tío Sebastiano se los ha enseñado, de modo que no va a primero, sino, directamente, a segundo de primaria. El convento tiene dos entradas, una para los chicos y otra para las chicas, se sube por una breve escalerilla exterior, y se pasa a un largo corredor, luminoso y limpio, sobre el que se abren las aulas: pequeñas aulas que aún conservan el olor claustral, con las ventanas provistas de rejas, desde las que se vislumbra el verdor de los huertos y se oye el susurro de los chopos y el de las cañas en el profundo valle. Verdes pajarillos se posan en el alféizar, las nubes de color cobrizo de los primeros días de octubre pasan sobre el cielo bajo, de un azul intenso y, sin embargo, luminoso, y la voz de la maestra resuena en el silencio como la del pastor que sobre una ladera alpestre llama a las cabras dispersas. Y las cabritillas, de grandes ojos líquidos de color azulado, las niñas, en total unas quince, sienten el deseo de evadirse del recinto en el que pacen la hierba del saber, para precipitarse en los meandros del valle y trepar por los chopos a lo largo del torrente todavía seco. Casi todas las muchachitas son un poco salvajes, aunque algunas, como Cósima, sean de familia acomodada y casi señorial, mientras que sus compañeras de pupitre son hijas, una de un pastor y otra de un herrero que, llegado de un país lejano, durante los primeros años y

debido a su gran pobreza, tuvo que alojarse en una gruta cercana a la ciudad, y después, poco a poco, hizo fortuna y hoy tiene una bonita casa y un taller donde se trabaja día y noche. Tampoco la maestra es lugareña, al contrario, viene desde muy lejos, de ultramar, y, precisamente por eso, la llaman la Continental. Es una mujer guapa todavía, con el pelo rubio, crespo, pero irascible y nerviosa. Cósima es la única a la que acoge con amabilidad, la niña, sin embargo, instintivamente, pronto experimenta una sensación de desconfianza hacia aquella señora de voz gritona y ojos vacíos, y permanece firme, rígida, en su puesto junto a la ventana.

Durante nueve meses del año ocupó aquel lugar, aprovechando las lecciones mejor que cualquier otra discípula; era de las más pequeñas, pero la más aplicada, y cuando venía el inspector, siempre le preguntaba a ella. Y hacía un buen papel, aunque el hombre con su gran cabeza carducciana,[7] de rostro sombrío, despertara en ella un estremecimiento de espanto, aunque también de admiración, porque era el arca santa de la sabiduría, el que, ciertamente, podía interpretar documentos escritos y páginas impresas, como hacen los sacerdotes con los libros sagrados. Y Cósima quería, quería *saber*; más que los juguetes se sentía atraída por los cuadernos, y la pizarra de la clase, con aquellos signos blancos que allí trazaba la maestra, tenía para ella el encanto de una ventana abierta sobre el azul oscuro de una noche estrellada.

Aprobó sin examen; la maestra le entregó una cartita para el señor Antonio, con la fausta noticia y ella la llevó a su casa ondeándola en el aire como una bandera triunfal, de tal modo que la hermana mayor, por despecho, le daba pellizcos y empujones. Pero cuando el padre abrió el mensaje se quedó más bien frío y una sarcástica sonrisa afloró a sus finos labios, porque la Señora Maestra, cuyo marido era un conocido borracho, aunque se decía también que ella tampoco desdeñaba algún que otro vasito de vino, le pedía dinero prestado.

Esta fue una de las primeras tragicomedias de la realidad que proporcionó a Cósima una lección práctica de la vida.

El resto de los años escolares pasaron pronto: tres en total, porque repitió cuarto y obtuvo fácilmente el primer premio consistente en un libro de Tommaseo[8] con la cubierta blanca y dorada. Ahora tenía diez años, pero, por su precocidad, aparentaba algunos más.

Mientras tanto, dos familias extrañas, ambas desordenadas y forasteras, habían venido a vivir al pequeño barrio; una era la de un armero, cazador infatigable que, cuando estaba en casa, hacía retumbar todos los alrededores con sus gritos contra la mujer y las hijas. De estas jóvenes, que ya habían corrido algo de mundo, Cósima aprendió los misterios que hacen de la mujer y del hombre un solo ser; no se turbó mucho por ello, porque sus sentidos aún estaban cerrados en un capullo que la vida castísima de su familia no contribuía a desarrollar. Pero las cosas, especialmente las del reino vegetal, empezaban a aparecérsele bajo una nueva luz, como la de la aurora que sigue al crepúsculo del alba. Así, más que las confidencias en voz baja de sus amigas forasteras, se siente conmovida por los distintos perfumes del pequeño huerto: el de los lirios, sobre todo, y el de las rosas. Cierra los ojos al inclinar la cara sobre las flores recién abiertas, y la sensación subconsciente de una vida anterior que experimentaba al ver a la abuelita, vuelve a apoderarse de ella con mayor fuerza. Ya comprendía algo y trataba, vagamente, de explicárselo, como se trata de interpretar los sueños. También, leyendo a escondidas los libros del hermano mayor y los que había en casa, pensaba en una vida lejana, distinta de la suya que, no obstante, tenía la impresión de haber vivido alguna vez. Así, pues, a esa edad leyó las primeras novelas: una de las cuales fue *Los Mártires*, de Chateaubriand, que dejó en su fantasía una huella profunda.

No quiere decir esto, sin embargo, que en su ambiente la vida no empezara ya a enseñarle el rostro de la realidad y que los acontecimientos no tomaran, a veces, cariz y ritmo insólitos.

Uno de los hechos más impresionantes y dolorosos fue el descubrimiento que un día hizo su padre de que le faltaba dinero de su cajón, cerrado con llave. No se engañó ni por un momento, llamó a su hijo Andrea, que entonces tenía dieciséis años y lo interrogó extensamente. Andrea seguía siendo un muchacho bajo y robusto, sin ganas de estudiar y frecuentaba la compañía de otros chicos de familias campesinas, acomodadas y prepotentes. Algunas mujeres de mala vida, encaramadas en ciertas casuchas del barrio de San Pedro, el más popular de la ciudad, atraían a estos jovencitos exuberantes de vida y abandonados a sí mismos.

El señor Antonio se daba cuenta, un poco tarde, de que había concedido

demasiada libertad al muchacho, bueno y generoso en el fondo, pero con todos los atavismos de una raza aún primitiva. Una rabia sorda, alimentada por el remordimiento, por el miedo al porvenir, por propósitos de firmeza y represión, lo sostenía a toda costa, en el largo interrogatorio que mantuvo con Andrea. El joven negaba haber cogido el dinero, entonces el padre lo registró, le encontró algunas monedas y la llave que abría el cajón. Andrea continuaba negándolo. Entonces el señor Antonio cogió una cuerda y la pasó por una de las vigas de la cocina, cerró puertas y ventanas, y mandó que se marcharan las mujeres. Dijo con calma:

—Mira, Andrea, yo mismo haré justicia inmediatamente si no reconoces tu culpa. Te colgaré con mis propias manos.

Y el otro confesó.

Todo pareció borrado y, sin embargo, una sombra quedó flotando sobre la familia, porque padre e hijo aparecían, de repente, a la luz del terror y de la muerte. La madre se puso aún más triste, Cósima se doblegó como uno de sus lirios marchito por el viento.

Pero, de inmediato, el joven pareció enmendarse. Declaró que no quería proseguir inútilmente sus estudios y que deseaba trabajar. El padre, entonces, pensó en asociarlo a sus negocios: lo mandó, no solo a vigilar la *elaboración* de carbón y de ceniza que tenía en los bosques del monte, sino que hizo que fuera a un viaje de instrucción comercial con cartas de presentación para sus corresponsales en Nápoles y en Livorno.

También Santus se encontraba fuera, desde hacía dos años iba al instituto de Cagliari y prometía convertirse en un magnífico doctor en letras o en medicina. Escogió esta última carrera, sin abandonar, no obstante, sus estudios y sus preferencias literarias. Cuando volvía de vacaciones, un amplio hálito de vida nueva animaba la casa. Traía libros y regalos, e iba vestido con modesta pero con cuidada elegancia. Y era guapo, con el rostro tan fino que parecía de una raza diferente a la suya, con grandes ojos claros, transparentes de inteligencia y bondad. No hablaba mucho, pero hablaba bien y ya poseía una vasta y profunda cultura, asistida por una extraordinaria memoria. Y lo que más llamaba la atención en él era su seriedad, la austeridad de sus costumbres, no fumaba, no

bebía, no miraba a las mujeres, siempre estaba estudiando, incluso durante las vacaciones.

Algunas veces venía a buscarlo un condiscípulo: se llamaba Antonino, un guapísimo joven moreno, con aire algo burlón, vestido irreprochablemente a la moda de entonces —sombrero de paja con cinta de tul, en verano, capa azul en invierno, embozada con elegancia *dannunziana*— (por lo menos así lo daba a entender Antonino, llamando fraternalmente solo por su nombre a Gabriel, el jovencísimo poeta que se había dignado visitar nuestra ciudad).[9]

Antonino también pertenecía a una familia mixta entre burguesa y campesina. La madre y las hermanas vestían el traje regional, mientras que él y sus hermanos, todos estudiantes, se las daban de aristócratas. El padre, en realidad, era recaudador de impuestos, un hombre rudo, taciturno, poco conocedor de la lengua italiana. Su vivienda, la última del pueblo, era muy típica constituida por edificios bajos que daban a un patio cerrado, en los que, además de su familia, vivían otros parientes con numerosos niños: una especie de clan, pero de gente civilizada y muy inteligente. Los muchachos estudiaban todos y eran mordaces, observadores y burlones. Contigua a la casa había una hermosa viña que daba al valle, hacia los montes del norte, en suave pendiente. El padre de Antonino construyó posteriormente, en un rincón de esta viña una casita alta donde el estudiante, durante las pocas semanas que permanecía en el pueblo, vivía como en una torre de marfil, estudiando o haciendo que estudiaba.

Fue el primero, el gran amor de Cósima. Cuando venía a buscar a Santus, se escondía presa del terror de que pudiera dirigirle una simple mirada. Pero no había tal peligro, pasaba junto a ella y a las demás jóvenes, mayores y más hermosas y expertas, casi sin verlas y si acudía en busca de Santus era porque con él podía hablar de cosas y amigos comunes de la ciudad donde estudiaban y porque Santus, además, le atraía con su singular inteligencia y su originalidad.

Ahora el futuro médico se dedica, de manera insólita, a cosas varias que nada tienen que ver con sus estudios. Construye, por ejemplo, un globo volador, como entonces se les llamaba, y lo logra de maravilla; nadie conoce el secreto de su aparato, pero lo cierto es que el globo de papel de seda, para cuya financiación Santus ha conseguido que su madre le diera algún subsidio, un buen día, se eleva

del patio de la casa, ligero y tornasolado como una enorme pompa de jabón, vuela sobre el pueblo, despertando la atención y la admiración de todos, desaparece y no vuelve. Días después se supo que había descendido, sin haberse incendiado, en un recoveco de la montaña. Algunos cabreros lo habían visto balancearse sobre las rocas, iluminado por la puesta de sol, lo habían tomado por algo sobrenatural, y al verlo descender, se habían arrodillado presos de un supersticioso terror gritando: «¡Es el Espíritu Santo, es el Espíritu Santo!».

Halagado por este éxito, el estudiante intentó algo más. Construyó una rueda pirotécnica, que debía elevarse como el globo y encenderse en fuegos artificiales de sorprendente efecto. Algunos cohetes de prueba resultaron bien, salieron disparados hacia arriba en una noche de agosto y se abrieron en maravillosos chorros de flores incandescentes; pero cuando se trató de elevar y hacer funcionar la rueda, esta se incendió, con gran espanto de la familia, y el joven inventor se produjo graves quemaduras en un brazo y en la mano. El fracaso y el dolor lo humillaron; tuvo que meterse en la cama, y para aplacarle los sufrimientos y hacer que se durmiera, el doctor le recetó una mezcla en la que le pusieron coñac. Se durmió, pero igual que si le hubieran proporcionado un brebaje mágico, se despertó atontado, y cuando el sufrimiento de su quemadura lo atormentaba, se preparaba él mismo la bebida y se postraba en un enfermizo sopor. Su humor cambió, se volvió irascible y perezoso, abandonó los libros, se ausentaba de casa durante días enteros sin decir adónde iba. Tan solo la compañía de Antonino parecía complacerle, se encerraban durante horas enteras en la habitación alta de la casa, y si Cósima, empujada por la curiosidad y la pasión, conseguía ponerse a escuchar en el rellano, les oía leer en voz alta, y comentar y discutir temas literarios. Antonino recitaba los últimos versos de su poeta predilecto. Una mañana su voz sonó más alta de lo acostumbrado y en el humilde y sosegado silencio de la pequeña casa patriarcal, se difundió como una música que hablaba de lejanas ciudades, luminosas de fuentes, de estatuas y de jardines, pobladas solo por amantes, bellísimas mujeres y gente feliz.

Quante volte, in su’ mattini
chiari e tiepidi io l’aspetto!
Ella ancora ne’l suo letto

ride ai sogni mattutini.

Su la piazza Barberini
s*’apre il ciel, zaffiro schietto.*
Il Tritone del Bernini
leva il candido suo getto.[10]

Por aquella época murió la abuelita.

El verano constituía nuestra estación favorita. Eran días calurosísimos, pero era un calor inmóvil, casi luminoso, y el azul del cielo, un poco bajo, se parecía al de los cuadros de Zuloaga. Algún criado volvía de la siega abrasado como por un incendio, y se acostaba, febril de malaria sobre una estera en un rincón del cobertizo. En cambio, las mujeres que, a la sombra del patio, pelaban montones de almendras que un tratante venía a comprar todos los años, reían y cantaban estribillos campesinos que formaban un curioso contraste con los rondós preciosistas recitados por Antonino en la habitación de Santus. Eran gritos apasionados, profundos y ardientes como el cielo sobre la tierra quemada por el sol y alguna de esas muchachas jóvenes y morenas que solo pensaba en el amor, se lamentaba de «vivir entre espinas, por culpa de un único amor»; había quien le decía al amante:

A cara bella ja ses
Traitore che a Zudas.[11]

Otra, lo incitaba a que se bebiera la sangre viva de su corazón. A veces la voz de una mujer desengañada se alzaba para reprender a las apasionadas y entonces el coro femenino callaba en una pausa casi temerosa. La advertencia decía:

Su sordadu in sa gherra,
Nan chi s*’est olvidadu:*
No s‘ammentat de Deus.
Torrat su corpus meu,
Pustis chi est sepultadu
A sett’unzas de terra.[12]

Al anochecer, cuando ya se habían ido las mujeres, una vez recogidas las almendras peladas en sacos limpios, la criada, las jovencitas y a veces la madre, se sentaban al fresco, en el patio, bajo las grandes estrellas de la Osa, cuyas ruedas viajaban hacia un país de ensueño. El criado, enfermo de malaria, algo repuesto, se levantaba y tomaba parte en las charlas familiares. Era un guapo mozo, pariente lejano del señor Antonio, cetrino y con los dientes blanquísimos, parecía un etíope y hasta su manera de pensar tenía un tinte bárbaro.[13] Hablaba siempre de los bandidos y de sus empresas de bandolerismo. Hay que decir que en aquel tiempo el bandolerismo local poseía un carácter casi épico.

Odios de familia, sed de venganza, prejuicios de honor, eran, en la mayoría de los casos, el origen de estos episodios sangrientos que entristecían la vida del pueblo y de comarcas enteras. El joven criado embellecía, además, las aventuras de los bandidos con su imaginación y él mismo se dejaba arrastrar por una maléfica sugestión que lo empujaba a desvariar con sueños de libertad, con empresas en las que, más que cualquier otro, el rebelde a las leyes sociales tiene ocasión de desplegar su valor, su habilidad, su temple y el desprecio al peligro y la muerte. Era, en suma, una especie de anarquista, que al no poder igualar su suerte a la de los demás hombres, desvinculándose de su destino de criado y de pobre, pretendía destruir los bienes de los demás, y crearse un poder fuera de lo normal, una regla de vida distinta de la usual.

Por aquel tiempo, precisamente, hacía estragos en la comarca una partida o banda de hombres armados hasta los dientes, decididos a todo, encubierta también por amistad, por complicidad o por miedo, por una vasta red de protectores. Los cabecillas eran dos hermanos muy jóvenes, terribles y hasta decían que feroces. La raíz de su odio contra la sociedad era una injusticia que habían sufrido, una condena por un delito del que eran inocentes, condena de la que, por otra parte, escapaban declarándose en rebeldía. Necesario es decir también que, por instinto, o desesperados a causa de su mala suerte, no respetaban los bienes ajenos, de forma que, en pocos años, habían conseguido un patrimonio y poseían tierras, casas, animales, criados y pastores.

Un día, durante aquel último verano, una mujer joven, casi una niña, se presentó una mañana en casa del señor Antonio y solicitó hablar con él. La

recibió en la habitación donde despachaba sus asuntos, le preguntó con benevolencia qué deseaba. Iba vestida con el traje regional, tenía una cara pálida y fina con dos grandes ojos negros sobre los que campeaban espesísimas cejas, que revelaban un fuerte carácter.[14] Habló con cierta humildad:

—Usted posee en el monte Orthobene un bosque de robles, del que arrienda todos los años el pasto de bellotas para los cerdos. Nosotros quisiéramos arrendarlo para la próxima temporada.

—Ya está arrendado —dijo el señor Antonio—; lo tiene en exclusiva durante tres años el dueño del ganado, Elías Porcu.

—Elías lo cederá con mucho gusto si su señoría lo permite.

—No creo que pueda cederlo de buena gana, lo necesita de modo apremiante.

—Si su señoría se lo impone, Elías lo cederá inmediatamente.

Firme y tranquilo, con su pequeño puño blanco sobre la mesa, el hombre replica:

—Jamás he impuesto a nadie algo que no fuera justo.

—Pero esto también sería algo justo. Porque mis hermanos necesitan un pasto de bellotas para su piara de cerdos, y todos los propietarios dicen que ya los han arrendado, lo cual no es verdad.

—No sé que es lo que pueden decir los demás propietarios, lo que sé es que mi bosque ya está arrendado; y ¡basta! —concluyó, levantando el puño, pero, de repente, lo volvió a colocar sobre la mesa sin golpear en ella. Sus ojos, sin embargo, habían adquirido la luz plateada y resplandeciente del acero afilado.

La joven no cedía: también sus ojos brillaban sombríos bajo las airadas cejas.

—¿Sabe su señoría quiénes son mis hermanos? —y como el otro no demostraba curiosidad, añadió con arrogancia, como si se enorgulleciera de pertenecer a una familia de héroes—. Son los hermanos X X X. Los bandidos.

Entonces sonrió el señor Antonio:

—Aunque fueran los siete hermanos de la leyenda, los bandidos que dieron su nombre a los montes en los que se escondían, yo no falto a mi compromiso con Elías Porcu. Y ¡basta! —repitió y esta vez golpeó con el puño, como cuando sellaba una carta con las obleas coloradas.

La joven se levantó, no profirió ninguna amenaza, pero se marchó sin decir adiós. Nada dijo a la familia el señor Antonio, aunque todos habían advertido la visita y sentían cierta inquietud. Y un hecho extraño acaeció aquella misma noche, a última hora, cuando ya estaban todos en la cama y solo velaba el amo en el comedor, leyendo un número atrasado de su predilecta y enlutada *Unità Cattolica.* Alguien llamó, de repente y suavemente, a la puerta. El señor Antonio abrió y ni por el momento se engañó sobre la finalidad de aquella insólita visita. La calle estaba a oscuras, pero a la claridad que por el corredor de entrada llegaba hasta la puerta, vio en el umbral, como en un cuadro de fondos oscuros, a una figura gigantesca, con un tosco traje negro de calzones amarillentos, que tenía algo de diabólico. El rostro de tono bronceado estaba enmarcado por una barba de collarín, del negro de los cuervos, que dejaba al descubierto los grandes labios rojos, los ojos, con cejas como las de la hermana de los bandidos, pero más exageradamente abundantes, tenían la pupila grande y azulada.

«Estoy perdido», piensa el señor Antonio, pero ni siquiera trata de sonreír para disimular su fuerza. Hizo entrar al hombre y notó que este, a pesar de la mole maciza de su persona, andaba silencioso y ligero como un gamo: sus enormes pies llevaban calzado de tosca piel, atado bajo las polainas de paño negro,[15] calzado de hombre que acostumbra a correr furtivo y a alejarse en pocas horas del lugar del delito, con el fin de procurarse una coartada segura.

«Este me asesina esta misma noche», piensa el señor Antonio; no obstante lo hace pasar a la acogedora habitación y le asigna el sitio de honor delante de la mesa, pero no se apresura a ofrecerle nada de beber para demostrarle su seguridad.

Antes de ser interrogado, el hombre comienza a hablar, su voz es baja y sosegada, la palabra lenta, prudente. De pronto el señor Antonio respira, porque en el hombre todo puede mentir, hasta la mirada, pero no la voz, aunque trate de disfrazarla. Y la voz de aquel hombre que parecía un cíclope llegado de los montes pedregosos para derribar algo que no le agradaba, era la de un ser prudente. La razón era esta: el arriendo a los bandidos X X X del bosque glandífero. No le dijo que era uno de sus protectores, es más su cómplice, todavía en libertad, porque era demasiado astuto y prudente como para dejarse

descubrir y ni siquiera él mismo se lo creía, le contó que era su amigo, porque los desgraciados eran dignos de tener amigos, entre tanto enemigo que les perseguía como los cazadores a los jabalíes, culpables tan solo de su orgullosa independencia. Tales enemigos llegaban hasta el punto de impedir a los dos hermanos que sus rebaños y sus piaras pastaran en tierras de cristianos, por lo cual rogaba al señor Antonio que tuviera compasión de los animales y de sus dueños.

—Aquí está el dinero: doscientos, trescientos escudos, lo que quiera, señor Antonio.

Sacó del pecho una cartera atada con una correa e hizo ademán de sacar el dinero, la mano blanca del otro detuvo la suya y no la soltó, mientras los ojos claros del hombre de bien trataban de penetrar en los oscuros del coloso como un niño confiado que se adentra en un bosque espinoso con la certeza de encontrar un sendero. Dijo:

—Amigo, sabéis muy bien que eso es imposible.

El contacto, la mirada y, sobre todo, la palabra «amigo» pronunciada de aquel modo y en aquel momento, obraron, como más tarde confesó el hombre, un verdadero milagro. Guardó de nuevo la cartera, pero insistió en su petición, porfiando, quizá sinceramente por su parte, sobre la absoluta necesidad que los hermanos X X X tenían de protección y apoyo por parte de las personas de bien que conocían sus desgracias.

—La única ayuda que puedo ofrecerles a los dos descarriados es que se entreguen rápidamente a la autoridad —dijo el señor Antonio—, antes de que sea demasiado tarde para ellos y también para sus amigos.

El hombre sonríe con malicia, en aquel momento su cara parece la del diablo. Pero el otro continúa.

—Nos volveremos a ver algún día y entonces me daréis la razón. Esos dos jóvenes son como dos chinitas desprendidas de la cima de una roca, caen, arrollan a las demás, se precipitan por la ladera, se convierten en un alud y acaban en el abismo.

—Es verdad, pero si nadie los ayuda —refunfuñó el hombre—. Es muy fácil hablar así, sentado tranquilamente ante una mesa, con el periódico en la mano.

Sin embargo, es necesario encontrarse en su escondrijo con todas sus dificultades, para pensar de otro modo. Y habría que hablar con ellos y no con sus embajadores.

—Estoy dispuesto a hablar con ellos y convencerlos para que cambien de camino. Conciérteme un encuentro, donde y cuando ellos quieran. Hablaré con esos dos desgraciados muchachos como si fuera su padre.

Suponiendo tal vez que ellos, conocidos por su lenguaje impetuoso y apasionado, lo convencerían, consiguiendo así un nuevo amigo y «protector», poderoso solo por su bondad y la fama de su rectitud, el montañés se animó de manera insólita. Aceptó el vaso de vino que le ofrecía el anfitrión y se marchó silencioso después de haber prometido que volvería. Volvió, en efecto, pero de la conversación con X X X no se pudo concluir nada. Los bandidos eran desconfiados y se reían de las palabras románticas del señor Antonio. ¿Entregarse? ¿Puede un bárbaro guerrero, que defiende su libertad y su sangrienta sed de vivir entregarse al enemigo?

Y, sin embargo, la profecía del señor Antonio se cumplió. De delito en delito, de robo en robo, ellos y su banda se precipitaron en un abismo. Entre los ilusos implicados en sus fechorías también se hallaba, con gran dolor del señor Antonio y de toda la familia, el joven criado enfermo y visionario, Juannicu Marongiu que, sin haber cometido el más leve delito, solo por espíritu de aventura, se unió en los últimos tiempos a la banda de los X X X y con ellos fue hecho prisionero y condenado a trabajos forzados de por vida. Como compensación, el montañés volvió con frecuencia a ver al señor Antonio y llegó a convertirse en el pastor de sus piaras. Durante muchos años fue uno de los criados más fieles y afectuosos con el señor Antonio. Y confesó que aquella noche había acudido con la siniestra intención de suprimirlo si el hombre justo no se doblegaba ante el deseo de los malhechores.

El señor Antonio era justo y bueno, y todos le querían. Ejercía involuntariamente, sin darse cuenta, una influencia beneficiosa sobre todos los que se aproximaban a él. Su palabra, no obstante, era sencilla, sin retórica, pero el sonido de su voz que ascendía desde lo más profundo de su alma, hecha toda de verdad y de indulgencia, era como una música que expresaba lo inexpresable.

Además, poseía una cierta cultura, y en el fondo era un poeta. Había estudiado en Cagliari, cuando aún se iba a caballo de una ciudad a otra, y había llevado sus libros y sus provisiones en las alforjas, como un pastor o un campesino que va a sembrar a lugares lejanos. Había estudiado lo que entonces se llamaba Retórica y había conseguido el título de Procurador. A decir verdad, no ejercía esta noble profesión, pero muchos acudían a él para pedirle consejo y para consultas legales, profundamente convencidos de su sabiduría y, sobre todo, de su rectitud.

Con el comercio se había hecho casi rico. Pero como un humanista primitivo, cultivaba también los estudios poéticos; sus poesías eran dialectales, escritas en un dialecto que se aproximaba a la lengua italiana. Era también hábil como improvisador, a veces, reunía a su alrededor a otros famosos campeones de torneos trovadorescos y competía con los más diestros e inspirados. Y también como propietario y agricultor tenía iniciativas geniales. Trató de cultivar agrios, zumaque y remolacha. La aridez de la tierra rocosa, abrasada por largas sequías, frustró sus experimentos. Creó también una pequeña imprenta y, a sus expensas, imprimió un pequeño periódico, sus poesías y las de sus amigos; también fue una empresa ruinosa.

En los ratos de descanso, durante el buen tiempo, se sentaba a la sombra, delante de la puerta de casa, a leer los periódicos. Todos los que pasaban lo saludaban o se paraban especialmente a charlar con él. Y si quien lo hacía era una mujer necesitada, sacaba silenciosamente del bolsillo una moneda y se la ponía en la mano haciéndole señas con el dedo en los labios, para que no dijera una palabra a nadie. De esta forma todos se alejaban reconfortados.

Además de Antonino visitaba la casa otro estudiante muy joven que había sido compañero de colegio de Andrea. Era un muchacho delgado de perfil codicioso, ojos inquietos y desconfiados, orgulloso y ambicioso, y de una seriedad insólita para su edad. También pertenecía a una familia mixta, que no era burguesa, pero tampoco exclusivamente campesina, que se jactaba de ser de antigua y pura raza local. Vivían en una casa lóbrega, al fondo de un patio cerrado, casi amurallado como una prisión, y todos los de la familia, el padre alto y ya anciano, los hermanos, las hermanas, una de las cuales era guapísima con raros ojos azules, poseían una rigidez casi trágica. El patrimonio era escaso, hasta el punto que, cuando se trató de enviar al muchacho a estudiar a Cagliari,

tuvieron que pedir un préstamo e hipotecar un terreno. Pero Gionmario, el estudiante, prometía mucho. Durante aquellas vacaciones, las últimas antes de disponerse a partir, sus visitas se hicieron más frecuentes. Todas las tardes iba en busca de Andrea, sabiendo, no obstante, que su amigo no estaba en casa, y aprovechaba cualquier pretexto para quedarse con sus hermanas. Su conversación les interesaba, traía y llevaba noticias del pueblo, chismes, historias de inocentes amoríos entre estudiantes y chicas del pueblo; Cósima y, sobre todo, Enza, le escuchaban encantadas. Enza era ya casi una señorita, algo extraña, a veces taciturna, a veces de una alegría insolente e histérica.

No tardaron en observar que ella y Gionmario se habían enamorado; encontraron la manera de verse en secreto, y la oposición de la familia de ella, que esperaba una boda más sólida y cuidada, aumentó su pasión. Fue una verdadera pasión alimentada por el carácter semiviolento de los dos muchachos. Gionmario se puso a estudiar con dura tenacidad y en solo dos años superó los exámenes del instituto, matriculándose después en la Facultad de Derecho. Pero el estudio, las privaciones, el orgullo herido por la persistente hostilidad de la familia de Enza, hacían que se manifestara triste e irascible. A veces sus ojos se inyectaban en sangre, la voz se tornaba áspera y la palabra amarga.

Llegaron días tristes también para nuestra familia. Andrea andaba por mal camino; decían que ya había tenido un hijo con una chica del pueblo, guapa, pero de fama dudosa y que se daba al juego con sus depravados amigos. El señor Antonio trataba en vano de llevarlo por el buen camino, lo enviaba a vigilar el trabajo de las carboneras y las tierras. Andrea obedecía, en el fondo era bueno y generoso, pero también le arrastraban los instintos de su raza sensual e impulsiva. Y al mayor le ocurría lo mismo; después de la desgracia de los fuegos artificiales, se había resquebrajado. Agrietado, como se agrieta al chocar una copa de cristal o un jarrón de porcelana. Seguía estudiando en la Universidad de Cagliari, mientras que Antonino había conseguido ir a Roma, puesto que su familia tenía suficientes medios para ello.

Quizá también la lejanía del amigo fue negativa para Santus, empezó a salir con compañeros menos inteligentes y delicados que él y a pedir más dinero del necesario. También supimos que estudiaba cada vez menos y que bebía, lo cual fue un gran pesar para todos.

El señor Antonio se volvió meditabundo; la madre cada vez más taciturna y melancólica. ¿Qué podíamos hacer? La vida sigue su curso inexorable como un río, hay épocas de tranquilidad y épocas turbulentas a las que nadie puede oponerse y en vano se intenta levantar diques contra la corriente o atravesarse ante ella para impedir que otros sean arrastrados. Fuerzas ocultas, fatales, empujan al hombre hacia el bien o el mal, la misma naturaleza que parece perfecta, es trastornada por la violencia de un destino inevitable. El señor Antonio y, más que él, la señora Francesca se inclinaban ante la pendiente que parecía abrirse bajo los pies de sus hijos. Se reprochaban, cada uno por su lado, el no haber sabido preparar con la formación, la energía, la constancia y el sacrificio de cada momento, un terreno más sólido y seguro para el camino de sus hijos. El señor Antonio les había comprado tierras y ganado, la señora Francesca había ahorrado para ellos hasta el último céntimo. ¿De qué había servido? Al contrario, quizá había servido para hacerlos desgraciados, porque, sin el bienestar y el porvenir asegurados, los chicos se hubieran visto obligados a trabajar y a crearse una posición.

Fantasías tal vez, porque a su alrededor se daban casos de gente pobre o mediocre que se veían empujadas hacia un destino de dolor y culpa, mucho más triste que el de los hermanos de Cósima. Tal había ocurrido con el caso del desgraciado Juannicu. Y otro caso, más doloroso todavía, se dio en un primo, Pasquale, hijo de una hermana del señor Antonio, mujer severa e inteligentísima que se había quedado viuda muy joven con varios hijos para sacar adelante. Verdad es que poseía algunos bienes y que no le faltaba la ayuda de otro hermano, sacerdote, que vivía con ella, pero era una mujer discutidora que, por pequeñeces, pleiteaba con sus vecinos o con quienes tenían casas o propiedades colindantes con las suyas y dejaba que buena parte de sus ingresos se los comieran los abogados y las costas judiciales. Como eran pequeños propietarios, los hijos custodiaban personalmente su patrimonio. Pero Pasquale era temperamental, ambicioso y violento y comenzó por apropiarse de algunas cabezas de ganado para aumentar su rebaño. Al ser descubierto fue encarcelado y condenado a una pena leve; en vez de enmendarse, al salir de la cárcel empezó a traficar con billetes falsos, fue juzgado por segunda vez y, al ser reincidente, condenado a una pena superior, de la que salió, aparentemente, domado y le juró

a su madre que si volvían a cogerlo otra vez se ahorcaría en la cárcel. Y lo volvieron a coger porque lo sorprendieron una vez más robando ganado y se ahorcó en la cárcel. Tenía veinticinco años, era guapo y fuerte, en la guerra hubiera resultado un excelente capitán.

Pero la vida, el ambiente y el destino eran así. Incluso en nuestra casa se había introducido el mal, fraudulento, venenoso, quizá inevitable, como todos los males del mundo. Andrea, también, se vio arrastrado cierta noche a una *empresa* de las que realizan algunos jóvenes, más por fanfarronería que por maldad. Robaron gallinas y los cogieron, los encarcelaron y los condenaron. Un luto más que mortal ensombreció a la familia del señor Antonio, este se acongojó de tal manera que, después de realizar los mayores esfuerzos para salvar al hijo, se doblegó y cayó enfermo. Fueron meses y meses de sordo dolor, casi de desesperación. Hasta que el hombre bueno, el hombre prudente y justo sucumbió, y la familia se quedó como la humilde hierba temblorosa a la sombra de la encina fulminada por el rayo.[16]

Y puesto que la familia estaba ya inmersa en ese círculo de sombra, permanecía resignada a la espera de que un día aclarara. Con la muerte del padre Andrea pareció recobrar el sentido común, tomó a su cargo la administración del patrimonio, todavía indiviso, aunque existía el testamento del padre que dejaba la mitad en usufructo a su mujer y el resto, dividido en partes iguales, a los hijos, aprovechándose de ello ampliamente, de forma que apenas quedaba para ayudar al otro hermano en sus estudios y para pagar los impuestos. A la madre le preocupaban tanto los impuestos que no dormía por la noche. Por suerte, la casa estaba abastecida y las chicas se contentaban con poco. El luto por el padre fue largo, durante meses enteros las ventanas permanecieron cerradas y ninguna de las mujeres, a excepción de la criada, ponía pie fuera de la puerta. Pero Enza se consolaba escribiendo interminables cartas a su Gionmario, y las tres pequeñas, muy inteligentes, leían siempre, charlando y discutiendo entre ellas, de total acuerdo.

El que no andaba por buen camino era Santus. La muerte del padre en lugar de hacerlo reaccionar, pareció hundirlo todavía más en la profunda sima en la que se precipitaba de día en día. Estudió hasta llegar a cuarto de medicina, pero

bebía cada vez más y ya empezaba a estar alcoholizado. Durante las últimas vacaciones fue también abandonado por Antonino que ya no fue más a buscarlo; ni siquiera él mismo pareció preocuparse por ello, encerrado siempre en su indiferencia de animal enfermo. Permanecía en su habitación encerrado con llave —puesto que Andrea había tomado posesión de la que debía de funcionar como cuarto de estar—, y no salía más que para comprar vino o, peor aún, aguardiente. Por lo demás, era inofensivo, no molestaba a nadie. En sus buenos momentos bajaba al patio y fabricaba juguetillos con la *ferula*[17] para los niños del barrio: todos lo querían, pero su sombra gravitaba por los alrededores y aumentaba el dolor de la madre y las hermanas. Después de aquellas últimas vacaciones, hacia octubre, pareció despertar de su maléfico hechizo, preparó sus libros y dijo que se esforzaría por acabar, dentro del curso, el resto de sus estudios y conseguir el título. El arco iris de la esperanza iluminó el grisáceo horizonte familiar, se reunió el dinero necesario para su viaje y además la madre le dio los pocos ahorros que tenía escondidos como reserva para casos imprevistos. Su marcha constituyó una fiesta y algo así como una liberación para la casa. Su cuarto se ventiló, como el de alguien que ha muerto o se ha curado después de una larga enfermedad, y por fin se vio a la madre sonreír y tomar parte en las animadas conversaciones de las jóvenes.

Seis noches después de haberse marchado Santus se oyó, por la noche, que alguien llamaba repetidamente a la puerta. Después de medio siglo de vida, Cósima recuerda todavía aquel redoble como de un tambor que anuncia una desgracia, aún lo siente retumbar en su corazón; es el sonido más horrible que jamás ha oído, más fúnebre que el que anuncia la muerte y más que el tañido de la campana que llama para apagar un incendio. La criada se levanta, pero antes de abrir escucha con ansia miedosa. ¿Quién puede ser? ¿Un bandido, un ladrón, la justicia? También puede ser un fantasma, un muerto que pasa por la calle y llama a la puerta para advertir a los vivos que el infierno los espera.

Era todavía algo peor, un muerto vivo que anunciaba el infierno, sí, pero antes de morir, en vida.

Era Santus, con los ojos azules velados por la borrachera y la lengua trabada por el nudo del terrible vicio. En pocos días se había gastado el dinero de la

familia, los ahorros de la madre y volvía, ya medio loco, a la triste casa que ya no abandonaría jamás.

Para medir la gravedad de estas desgracias, es necesario considerar la malévola intransigencia del ambiente en el que se desarrollaban los hechos. Todos se conocían en aquella pequeña ciudad, todos se juzgaban severamente, y los que menos podían tirar la primera piedra eran los más inflexibles. Cuando se supo la vuelta y la perdición de Santus los conocidos de la familia empezaron a alegrarse y a sonreír maliciosamente, y los peores eran los parientes. Entre ellos, dos primas de la señora Francesca, dos viejas solteronas que tenían de pensión a un canónigo —un verdadero santo— y que siempre estaban en la iglesia. De vez en cuando se presentaban en casa tiesas y compuestas, rígidas como dos momias, no hablaban mucho, pero cada palabra era un dardo; y, aun cuando las cosas marchaban perfectamente, siempre encontraban algo que criticar, si las chicas llevaban un vestidito nuevo o se adornaban con una cinta barata, recortada quizá de un pañuelo de seda usado. Cayeron, de repente, en casa al día siguiente de la vuelta de Santus e hicieron llorar a la señora Francesca achacándole toda la culpa de los desórdenes familiares. Para ellas todo cuanto ocurría alrededor era una tragedia; y lo era, sí, pero, por lo menos para las chicas, no del todo irreparable. Era irreparable para las dos viejas solteronas, que, instintivamente, sin maldad consciente, volcaban sobre el destino de los demás su propio desequilibrio. Como si no bastara el primero, planearon un ataque especial contra Enza, de la que se conocían los amores secretos y evidentes con Gionmario. Para las dos amargadas y estériles tías que jamás habían conocido el amor, el inocente y, en el fondo melancólico romance de los dos enamorados, era casi tan trágico y terrible como el de Isolda y Tristán o el de Paolo y Francesca.[18]

Predijeron las cosas más siniestras para la inmoral y desvergonzada jovencita y dijeron que por su culpa la familia y todos los demás parientes se veían escarnecidos y despreciados por la gente de bien y que el deshonor recaía también sobre las hermanas, que jamás encontrarían marido.

La madre lloraba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Y, ciertamente, tampoco estaba contenta con la historia de Enza, aun cuando, después de las últimas desgracias

familiares, su hostilidad hacia Gionmario había disminuido, y pensaba que un hombre ordenado y enérgico en casa hubiera sido una gran ayuda, pero no respondía a las vituperantes acusaciones de las primas, y su tono casi condescendiente fue lo que exasperó a Enza que, como es natural, estaba escuchando detrás de la puerta. De repente, se oyeron fuertes gritos desgarradores y el ruido de un cuerpo que se desploma. Era ella, la desgraciada joven, presa de un ataque histérico casi epiléptico. Entonces la madre se levantó como la cierva a la que han herido a su cervatillo y encontró la energía suficiente como para echar de casa a las mujeres y coger y levanta a su hija. Porque para ella todos sus hijos y, el descarriado más que los demás, eran todavía débiles criaturas a las que el Señor haría crecer juiciosamente.

El resultado fue que Gionmario fue reconocido como prometido de Enza y se fijó la boda para el verano siguiente, en cuanto este hubiera terminado la carrera. Boda humilde y casi triste, no como la que había soñado y preparado el padre para sus hijas.

Al joven matrimonio se le asignó una modesta renta y se le concedió como vivienda una casa vieja que la familia poseía en un barrio apartado de la ciudad. Pero era una casa demasiado grande, con una escalera muy empinada, habitaciones grandes con suelo de madera, ventanas pequeñas y paredes encaladas. Enza se entristeció allí y se cansó de limpiarla y hacerla habitable con la única ayuda de una asistenta. Los problemas empezaron pronto, Gionmario que había entrado en el despacho de un abogado se pasaba allí todo el día, sin ningún tipo de retribución. El tener que vivir con la pequeña renta de la mujer le humillaba y le desesperaba. Provocado por el mal carácter de ella, empezó a echarle en cara el haberse querido casar tan deprisa. Ella le contestaba agriamente y entre ellos estallaban violentas discusiones a las que seguían las crisis histéricas de ella, la reconciliación que duraba poco y las escapadas de él, que permanecía ausente el mayor tiempo posible.

Una triste mañana, la mujer que la ayudaba en las tareas de la casa, corrió espantada a la de sus padres, diciendo que se había encontrado a la joven ama tendida en la cama, sin sentido y fría como una muerta. Había conseguido hacerla volver en sí, pero temía que la cosa fuera grave. La señora Francesca también tenía una enfermedad de riñón así es que las chicas juzgaron

conveniente no asustarla con las noticias sobre Enza. Cósima, que iba a menudo a ver al joven matrimonio y que estaba al corriente de su vida desordenada y dolorosa, fue allí corriendo con la esperanza de que se tratara de una de las frecuentes crisis nerviosas de la hermana. La encontró tranquila, contra lo acostumbrado, demasiado tranquila, tumbada en la cama, muy pálida, con los enormes ojos asustados. No hablaba ni se movía, pero un olor desagradable y caliente emanaba del lecho, y cuando Cósima, con un valor superior a su edad, trató de descubrir el misterio, se dio cuenta de que la desgraciada Enza yacía en un charco de sangre negra y maloliente.

Llegó el médico y dijo que se trataba de un aborto. Por todos los medios intentaron solucionarlo, pero ya era tarde; antes de que el marido volviera de una sesión del tribunal, Enza había muerto. Muerta, sin dolor, sin darse cuenta de ello, vacía de toda su sangre enferma y turbulenta. Ahora estaba blanca, hermosa, purificada, como una estatua de mármol esculpida sobre su modelo. Antes de comunicárselo a la madre y a las hermanas, antes también de que regresara Gionmario, Cósima, sola, cerró los grandes ojos vidriosos de Enza, le lavó el cuerpo, lo trasladó de la cama de la habitación contigua a la de matrimonio, lo perfumó, colocó el hermoso pelo castaño en torno al diáfano rostro y, finalmente, lo vistió con el modesto traje blanco de novia y le calzó también los zapatos de raso. Actuaba bajo el impulso de una fuerza sobrenatural, como en estado de embriaguez. Embriaguez de dolor, de desengaño, de horror por la vida que, como todas las borracheras violentas, le dejó un poso de amargura o, mejor dicho, de terror, un terror que no la abandonó jamás, aun cuando lo sepultara con esmero en el fondo del corazón, como el secreto de una culpa misteriosa e involuntaria: la vieja culpa de los primeros padres, la que atrajo sobre el mundo el dolor y que cayó indistintamente sobre todos los hombres.

Ahora Cósima había cumplido ya catorce años y conocía la vida en sus más fatales manifestaciones. Pero, no obstante el misterioso miedo a la fatalidad que había anidado en su corazón, sentía profundamente la alegría de vivir, puesto que su corazón era fuerte física y moralmente y había heredado del padre y de los antepasados paternos, casi todos agricultores y pastores y, por ello, unidos

patriarcalmente a la tierra y a la naturaleza, un fondo de bondad, de indulgencia y de filosofía.

Durante su infancia había contraído las enfermedades normales en los niños, pero ahora se encontraba, aunque grácil y delgada, sana y relativamente ágil y fuerte. De poca estatura, con la cabeza más bien grande, minúsculas las extremidades, con todas las características físicas sedentarias de las mujeres de su raza, quizá de origen líbico, con el mismo perfil un poco chato, los dientes salvajes y el labio superior muy alargado. Tenía, sin embargo, una tez blanca y aterciopelada, un bonito pelo negro, ligeramente ondulado, ojos grandes almendrados de un negro dorado y, a veces, verdoso, con las enormes pupilas de las mujeres de raza camítica, de un apasionado e irresistible encanto, que un poeta latino llamó «doble pupila».

Con la muerte de Enza el luto volvió a cerrar las ventanas y empezó, otra vez, una vida verdaderamente de clausura. Pero, un fermento de vida, un brotar de pasiones y un florecer de fresquísima inteligencia, semejante a la de los prados sembrados de flores silvestres, más bellas a veces que las de los jardines, unía a las tres hermanas en una especie de danza silenciosa llena de gracia y poesía. Las dos pequeñas, Pina y Coletta, leían ya con avidez todo lo que caía en sus manos y cuando estaban a solas con Cósima se abandonaban las tres a comentarios y discusiones que se salían de su ambiente y de las limitaciones de su vida cotidiana. Y Cósima, como obligada por una fuerza subterránea, escribía versos y relatos.

Andrea tenía muchos defectos, sin embargo, era generoso, quizá demasiado; y su generosidad estaba alimentada por un poco de amor propio, de vanidad y de orgullo, pero muchas veces era sincera y natural. Además, se entusiasmaba con verdadero ímpetu por cosas que a otros les parecían dignas de escaso apoyo, aun cuando no hubiera que oponerse a ellas y entonces creía llevar a cabo un acto de justicia poniéndose de parte del débil. Así, cuando se supo que su hermanita Cósima, la jovencita de catorce años que demostraba menos y que parecía salvaje y tímida como una cervatilla era, en cambio, una especie de rebelde a todas las costumbres, tradiciones, usos de familia y también de raza, puesto que se había puesto a escribir versos y relatos, y todos empezaban a mirarla con cierta sorprendida desconfianza y hasta a burlarse de ella, presagiándole casi un

hosco porvenir, Andrea se dispuso a protegerla, e intentó ayudarla, de un modo, a decir verdad, muy inteligente y eficaz.

Solo había hecho el bachillerato elemental y aun cuando apenas tenía veintidós años, se ocupaba ahora de la administración de los bienes paternos, sacando de ellos mucho provecho para sí y para sus diversiones; pero también leía, y en cierto modo, estaba al corriente de los acontecimientos literarios. Era Antonino, el estudiante de letras, hermano del más íntimo amigo de Andrea el que llevaba siempre a la pequeña ciudad el eco de tales acontecimientos.

Ese hermano se llamaba Salvatore, y al estudio también había preferido la vida feliz del propietario, siempre a caballo por sus tierras para azuzar a los criados al trabajo y divertirse después con las hermosas y ardientes mozas del pueblo. Y, aunque admirándolo en secreto, se burlaba de Antonino que tenía manos blancas y finas de mujer y los ojos llenos de ensueño y ni siquiera valía para montar en la yegua, sobre la que saltaban de un brinco las criadas de la casa para ir a buscar agua a la fuente, igual que, en sus eternos estudios en las universidades más célebres del Continente, gastando todos los ahorros de la familia, no lograba o no quería conseguir el título. De todos modos, ese guapísimo, ese elegante y casi principesco estudiante (en aquella época y en aquel lugar la palabra estudiante significaba todavía un ser superior, un hombre al que podían asignársele los más altos y poderosos destinos de la tierra) traía a nuestro círculo, primitivo, aislado, casi sometido al destierro del gran mundo, un soplo de esa grandeza, tanto más luminosa cuanto más lejana. Hablaba de reyes, reinas, personajes políticos encumbrados, de artistas y literatos como si fueran sus más íntimos amigos.

Se apoyaba, sobre todo, en la figura de Gabriele dAnnunzio, por entonces en su más radiante esplendor, rodeada además de una aureola legendaria, como el creyente se apoya en la columna del templo para recibir fuerza y majestad.[19]

Las cosas que contaba el bueno, el épico Antonino, inflamaban de locos sueños el corazón del tosco pero, también a su modo, épico Andrea. Empezó a fantasear sobre la pequeña Cósima. Había que ayudarla. La mandó a dar clases de italiano con un profesor de instituto, porque, a decir verdad, escribía más en dialecto que en italiano.[20] Tales lecciones aumentaron el sentido de instintiva

hostilidad que la pequeña escritora experimentaba por todo género de estudios librescos, a menos que no se tratara de novelas o poesías.

Resultaron más eficaces las lecciones prácticas que el voluntarioso hermano le consiguió presentándole a algunos viejos pastores que contaban historias más maravillosas que las escritas en los libros, y llevándola de excursión por los pueblos más típicos de la comarca, a las fiestas campestres, a las majadas dispersas por prados solitarios y escondidas como nidos en las cuencas boscosas de la montaña.

Una de aquellas excursiones fue memorable, debido también a la buena compañía. Además del hermano de Antonino iban también otros amigos de Andrea, casi todos estudiantes fracasados que, a las grandezas del diccionario, preferían las del acordeón y se creaban su propia Odisea dándose de puñetazos por alguna bella Elena campesina, reconciliándose luego con comilonas en las que los huesos de los corderos asados a fuego vivo se amontonaban a sus pies como bajo las mesas de los héroes de Homero.

Prepararon uno de estos banquetes aquel día en la majada de las *tancas*[21] paternas de Andrea y Cósima. A los porqueros, que habían acabado ya la temporada, habían seguido los pastores de ovejas y los cabreros. Las ovejas rumiaban el seco asfódelo cuyos largos tallos dorados chasqueaban entre los dientes de los animales como colines, y las cabras negras de diabólica cabeza, se perfilaban sobre la madreperla de las cimas rocosas.

Realmente, Cósima aprendió aquel día mucho más que en diez lecciones del profesor de literatura. Aprendió a distinguir la hoja dentada de la encina de la lanceolada del roble y las flores aromáticas del tejo de las del albohol. Y a través de un castillo roquero sobre el que volaban los halcones que parecían atraídos por el sol como las mariposas nocturnas por las bombillas, vio una espada resplandeciente puesta a los pies de una escollera, como señal de que la isla había sido cortada del Continente y como tal debía quedar por toda la eternidad. Era el mar, que Cósima veía por primera vez.

Fue, en verdad, un día inolvidable, como el de la confirmación, cuando el niño que cree firmemente en Dios, se siente más cercano a Él, lavado por completo del pecado original. A Cósima todo le parecía extraordinario, hasta el

grito rapaz del grajo y los cardos espinosos entre las abrasadas piedras, pero en vez de exaltarse, se sentía pequeña y humilde junto a las rocas que resplandecían como revestidas de escamas y a los robles milenarios que parecían más antiguos que las mismas rocas. La sombra era densa y, si alguna nubecilla surcaba el cielo, parecía asirse a las cimas más altas, en algunos pequeños escorzos del bosque, como niños que se asoman al fondo de un pozo. Pero la comida se sirvió en un calvero, naturalmente en el suelo, rodeado por una columnata de troncos, como en un salón real. Andrea preparó para Cósima una cómoda butaca con la silla de montar y las alforjas, y los bocados más exquisitos fueron para ella, el riñón de cordero suave y tierno como una serba madura, para ella la punta del pequeño queso asado, para ella el racimo más hermoso de uvas tempranas, traídas precisamente para ella por el hermano premuroso.

Los invitados se dieron cuenta de estos detalles casi galantes y empezaron a darse codazos, y como si con dicho gesto se hubieran transmitido una orden entre ellos, llegado un momento, todos tendieron hacia Cósima sus curiosos tenedores de palo con trocitos de carne, de pan, de queso, de todas las viandas que había sobre la mesa. Se ruborizó, pero no dijo una palabra, de hecho no había abierto la boca durante toda la comida, y parecía una extraña, con su silla cubierta por el paño arcaico de la alforja, con sus grandes ojos silenciosos, verdes, del verde tenebroso de las sombras del bosque, una de esas hadas pequeñas y ambiguas, no se sabe si buenas o malas, que pueblan las grutas del monte y que desde hace miles de años tejen allá adentro, en su telar de oro, redes para aprisionar a los halcones, los vientos, las nubes y los sueños de los hombres.

No obstante, se sentía un poco airada porque su hermano la hubiera expuesto a la respetuosa burla de los compañeros, y no comió más y una vez fuera del centro de las atenciones de los invitados, se volvió de lado y pareció saltar de la silla como de un caballo al galope. Se alejó, rápida, entre los helechos del calvero rozándolos con los brazos abiertos, como una golondrina que vuela a ras de suelo al avecinarse el temporal, y volvió después a la cima del precipicio desde donde se veía el mar. El mar, el gran misterio, la llanura de matas azules en cuya orilla brotaba un seto de blanco espino florecido, el desierto que la golondrina soñaba con atravesar hacia las maravillosas regiones del Continente.

Hubiera querido por lo menos, quedarse allí sobre la explanada de peñascos como la castellana en su castillo solitario, oteando el horizonte en espera de que apareciera una vela como señal de esperanza o saltara sobre la orilla, vestido del color del mar, el príncipe del amor.

Los gritos de los muchachos en el claro la volvían a llamar a la realidad, también se oían los silbidos de los pastores que juntaban el ganado. Y todas las voces, todos los sonidos vibraban en el gran silencio con un eco límpido como en una casa de cristal. El sol descendía por la parte opuesta, sobre las montañas de allende la llanura, y las cabras encaramadas sobre las cimas tenían los ojos rojos como los de los halcones. Era ya tiempo de volver a casa y, recordando sus días de niñez, que únicamente alegraban las historias que a sí misma se contaba, en presencia del mar y sobre los grandes precipicios encendidos por el ocaso se sentía como la cabra sobre las cimas almenadas de las rocas a la que le gustaría imitar el vuelo del halcón y, en cambio, tiene que volver al establo cuando suena el silbido del pastor.

Le llegó, en su lugar, un silbido más agudo y distinto de los demás, como una saeta, seguido de otros que lo imitaron burlones. Era Andrea que la llamaba, advirtiéndola de que no había que abusar de su indulgencia de guardián, y la burla de los compañeros le recordaba todavía más que sus correrías no serían soportadas más de una vez por las leyes de la comunidad en la que estaba destinada a vivir. Entonces se levantó, extendió de nuevo los brazos en dirección al mar y le pareció que había rozado las olas como poco antes había rozado los helechos del calvero, como la golondrina que emigra, después del cálido, sí, pero estéril invierno de las mesetas líbicas hacia las tierras del sol, hacia los rojos crepúsculos estivales, hacia el amor, el único que concede el don de la eternidad.

Ese sueño ya no la abandonó nunca jamás. Cuando en las tardes de invierno, junto al brasero y a la luz de dos lamparillas de aceite (algunas veces encendía hasta tres), o en los mediodías de primavera, en el huertecillo florido de rosas donde zumbaban los moscones y durante el verano, en la habitación de arriba, con el soñoliento paisaje de los montes en la ventana, podía tener entre las manos una revista ilustrada, estudiaba con detenimiento sus imágenes, especialmente las reproducciones fotográficas de las calles, monumentos y

palacios de las grandes ciudades. Roma era su meta, lo sentía. No sabía aún como iba a lograrlo: no había ninguna esperanza, ninguna probabilidad, ni la ilusión de un matrimonio que allí la condujera y, sin embargo, sentía que algún día iría. Pero su ambición no era mundana, ni pensaba en Roma por su fulgor, era una especie de ciudad santa, la Jerusalén del arte, el lugar donde uno está más cerca de Dios y de la gloria.

No se sabe cómo llegaban hasta ella las revistas, quizá era Santus, durante sus intervalos de lucidez, o el mismo Andrea los que se las conseguían, el hecho es que, por entonces, en la capital, después del aristocrático editor Sommaruga, había prosperado, desde su puesto de simple tipógrafo, un editor popular que, entre muchas publicaciones de mal gusto, publicaba algunas cosas buenas, casi delicadas y sabía distribuirlas incluso por los pueblos más alejados de la Península. También llegaban a casa de Cósima, eran periódicos juveniles, revistas ligeras y bien presentadas, periódicos de variedades y de moda. Indudablemente, *Última Moda*, con sus figurines de mujer de altísimo peinado con relleno, el talle delicado y sutil y el prominente *polisón*, las grandes sombrillas con encajes como la del Santísimo Sacramento y los abanicos de plumas como los del Sultán, constituía la alegría, el tormento y la corrupción de nuestras jovencitas. En las últimas páginas siempre aparecía una narración breve, bien escrita, con frecuencia por una gran firma. Pero eso no era todo, además el director de la revista era un hombre de gusto, un poeta, un literato muy conocido entonces, que se había salvado del equipo naufragado de Sommaruga que se había refugiado parcialmente en la barca del editor Perino.

Y a nuestra Cósima se le mete en la obstinada y osada cabeza mandar un relato a la revista de modas, con una carta llena de graciosas manifestaciones, como, por ejemplo, la resumida descripción de su vida, de su ambiente, de sus aspiraciones y, sobre todo, la fuerte convicción en su prometedor porvenir literario. Y quizá, más que por la obra literaria en la que, por lo demás, se hablaba de una jovencita parecida a ella, esta primera carta sirvió para abrir el corazón del buen poeta que dirigía el artificioso mundo femenino de la revista de modas y, con su corazón, las puertas de la fama. Fama que, como una hermosa medalla, tenía su reverso señalado por una dolorosa cruz, puesto que, si el director de *Ultima Moda,*[22] al publicar la narración, presentó al mundo del arte

con noble arrojo a la pequeña escritora y pronto la invitó a mandar nuevas colaboraciones, en el pueblo, la noticia de que su nombre había aparecido impreso debajo de dos columnas de prosa ingenuamente dialectal y que, para mayor escándalo, hablaban de aventuras arriesgadas, despertó una condena unánime e implacable.

Y otra vez, las tías, las dos viejas solteronas que no sabían leer y que quemaban las páginas con imágenes de pecadores y de mujeres malditas, cayeron en la desventurada casa, difundiendo el terror de sus críticas y de las peores profecías. Incluso Andrea se conmovió, sus sueños sobre el porvenir de Cósima se velaron con vagos temores; de todas maneras aconsejó a su hermana que no escribiera más historias de amor, tanto más que a su edad, con su poca experiencia en la materia, además de presentarla como a una joven precoz y corrompida, no podían ser del todo verosímiles.

El verano era, ciertamente, la estación más bonita sobre todo para Cósima. Algunos días hacía mucho calor, pero era un calor seco que por la noche se aplacaba en una sensación de extraordinaria dulzura; de los valles y de los campos segados llegaba entonces el olor de los rastrojos, de los matorrales aromáticos y las voces de las mujeres, en cuclillas en la calle para gozar del fresco, resonaban con bajos acordes musicales. Las tardes eran largas, rojas, glaucas y moradas sobre las montañas y cuando la luna despuntaba sobre las rocas, su claridad se fundía con el declinar del día en un crepúsculo casi oriental.

Y además era la estación en la que Antonino volvía de vacaciones. Cósima esperaba aquella vuelta como otros esperaban la primavera o el despuntar del día. Aquel año, a su expectación se mezclaba un vago temor, el miedo a que Antonino se hubiera enterado de la gran novedad, la de que también ella se había convertido en una escritora, en una candidata a la gloria, y se riera de ella con su irónica sonrisa de familia, velada en él por una ligerísima melancolía, propia de los realmente grandes y fuertes hacia los pequeños y débiles. En el fondo no le concedía mucha importancia, firme en su ambiciosa seguridad de que no necesitaba fuerzas exteriores para seguir rectamente por el camino que el mismo Dios le había trazado, y de Antonino no solo no esperaba nada, sino que no quería nada, ni siquiera que pudiera sospechar su amor por él. Amor. Por fin la

palabra le había brotado en el corazón y, sobre todo, en la mente, desde aquel día en las rocas, como brota la rosa roja y fragante que basta para iluminar un jardín desolado.

Y, sin embargo, para ella no existía el cuerpo de Antonino, ni el más lejano deseo, ni siquiera instintivo, de un beso suyo le vibraba en la sangre. No conocía de él más que su silueta, una silueta casi azulada porque casi siempre vestía de azul claro, confundiéndose con la claridad de la lejanía en la que se le aparecía, aunque en realidad su perfil se recortaba en el fondo de la solitaria calle. Para ir desde su casa hasta el centro del pueblo, tenía que pasar a la fuerza por aquella calle, ella lo sabía y lo esperaba en la ventana, pero apenas aparecía, se escondía.

Pero esta vez lo ve bajo una luz distinta, sobre un fondo que tiene algo de fantástico. Había ido con su hermana Pina a ver a sus amigas, las primas de Antonino. La criada las había acompañado, confiándoselas a la señora Lucía, dando por descontado que volvería a buscarlas al anochecer. Es poco y, sin embargo, para Cósima es una fiesta, porque puede respirar el aire del patio y la viña de Antonino. Como ya se ha dicho, las casas de las cuatro familias se abrían al patio grande y aireado, bien pavimentado, con bancos de granito adosados a la pared, junto a las puertas. La de la señora Lucía, de una sola planta, pero las habitaciones son cómodas y hay también un salón, con el velador en medio y el sofá con el respaldo cubierto por un tapete de ganchillo. Allí se reúnen las muchachas y empiezan a charlar. La amiga de Cósima y la de Pina, de su misma edad, son también bajitas, morenas, inteligentes y de lengua larga. Después de hablar mal de los comunes conocidos, empiezan a pincharse mutuamente con malicia y con burlas instintivas. Las dos chicas M. visten bien, porque el padre es funcionario del tribunal y tiene una hermana en Sassari, donde las jóvenes pasan con frecuencia algunas semanas y se ponen al día en elegancia ciudadana. Objeto de sus burlas son, por consiguiente, los desaliñados vestidos de las otras dos, hechos por la costurera del pueblo. El de Cósima que es amarillo con adornos rojos podría parecer ridículo y, sin embargo, hace resaltar su pálida cara y un abundante pelo negro.

—Pareces una cereza que empieza a madurar —le dice su amiga Lenedda, y Cósima se ruboriza y calla; pero su hermana Pina, examinando atentamente el

vestido verde y negro de la otra, replica:

—Y tú pareces una víbora.

La otra ríe y contesta:

—No me acordaba de que te habían cortado el frenillo.

Y era verdad. Pina, de pequeña, tartamudeaba, porque tenía el cartílago de debajo de la lengua demasiado largo y se lo habían cortado, cosa que todos le echaron en cara durante el resto de su vida.

—A ti no hay que cortarte el frenillo, al contrario, lo mejor sería volvértelo a coser.

Las chicas se rieron porque en el fondo estaban alegres y se divertían con su propia malicia, trajeron el café y siguieron hablando mal de las otras primas, las hermanas de Antonino, que espiaban por las ventanas de enfrente, pero que no se dignaban ir a saludar a las pequeñas burguesas, porque ellas vestían el traje regional, sí, pero de forma fastuosa, y eran más ricas que las demás, de forma que su madre decía convencida:

—A mis hijas les corresponden altos funcionarios o capitanes del ejército.

En lugar de eso, años más tarde, la mayor se casó con un propietario del pueblo y la menor con un rico comerciante.

Aquel día no se unieron a nuestras jovencitas ni siquiera cuando, hacia el ocaso, las cuatro amigas salieron a la viña contigua a la casa. El sitio era precioso, en declive sobre el valle, frente a los montes encendidos por el sol poniente, una cerca lo separaba del sendero que iba a perderse hacia las laderas del otro valle, más al norte y, encima de la cerca, sobre un fondo de cielo deslumbrante como una lámina de oro, estaba sentado, con su periódico en la mano, el ágil Antonino.

Cuando desde el fondo del sendero de la viña Cósima lo vio, se inclinó hacia adelante como si fuera a caerse, cerrando los ojos casi con angustia. No sabía que había vuelto, como tampoco lo sabían sus primas, que lo miraban con insolente curiosidad y pasaron por delante de él sin saludarlo, como no fuera dándole manotazos en las rodillas. Las rechazó, preocupado tan solo por la raya de los pantalones y, ni siquiera hubiera interrumpido su lectura, a no ser por la presencia de las otras dos jovencitas. Tardó un poco en recordar quiénes eran,

pero cuando reconoció a Cósima se levantó y la saludó con su dulce sonrisa, cansada y burlona que le hacía elevar el labio sobre los dientes luminosos. En aquel momento todo era luminoso en él y la luz dorada del crepúsculo parecía brotar de sus ojos, de su cara morena, de sus refulgentes cabellos. Durante toda su vida Cósima lo recordó así, y todavía basta con que piense en él para sentir una alegría misteriosa, hecha de luz y de angustia, que solamente se experimenta al revelarse por primera vez la vida consciente, aunque la imagen de la vida sonría como en aquel instante sonreía Antonino. Sin embargo, en el fondo de sus pensamientos permanecía el recuerdo de sus primeras experiencias artísticas, y esperaba con orgullo que el joven aludiera a su relato, preparada para defenderse si la ridiculizaba. Pero, le pareció que no sabía nada, o por lo menos no hizo ninguna alusión. Preguntó únicamente por Santus y dijo que iría a verlo. Cósima se ruborizó, él se dio cuenta y no insistió. Después, al alejarse las dos chicas pequeñas, las dos mayores se quedaron junto a la cerca y Lenedda empezó a provocar a Antonino permitiéndose el burlarse de él, por su modo de vestir y porque el pelo le brillaba demasiado.

—¿Te has dado aceite de lentisco, como las mujeres de Oliena? ¿A quién quieres gustar en este pueblo de salvajes? Aquí no hay damas.

Cósima bajaba los ojos. La esperanza de que él quisiera responder a la prima sobre un tema tan candente le hacía palpitar el corazón, pero él hacía el mismo caso a Lenedda que a la cerca en la que se apoyaba. No obstante, se pasaba la blanca mano, con las uñas que reflejaban el oro de la puesta del sol, sobre el pelo separado hacia un lado por una sutil raya oscura y se lo tocaba como para demostrar que no le brillaba artificialmente.

—Y, además, ¿por qué no llevas chaleco? ¿Lo has perdido? Tu camisa parece la blusa de una mujer.

Cósima callaba humillada y ofendida por lo que le decían y experimentó una maligna alegría cuando alargó el periódico y lo descargó varias veces sobre la cabeza de la insolente prima, pero eso no fue todo, puesto que, cuando Lenedda, con un saltito felino quiso tirarle del pelo, la agarró por un brazo, la hizo girar a su alrededor como una peonza, y la empujó, obligándola a bajar precipitadamente por el sendero en cuesta. Ella gritaba como un grajo y él ya no

se reía, sino que, por el contrario, apretaba los dientes un poco cruelmente y continuaba agitando el periódico, como si tuviera mucho calor. Cósima se sentía desfallecer y hubiera querido no haber presenciado la escena. Porque su ídolo se le aparecía un tanto descompuesto y, sin embargo, si él le hubiera inflingido el suplicio que le daba a su prima, se hubiera considerado temerosamente feliz. No obstante, con su indiferencia, él le mostraba el máximo respeto, y no solo eso, sino que tenía la impresión de que la lección dada a Lenedda había sido en su honor, para no quedar empequeñecido ante sus ojos. De todos modos, suspiró cuando, después de haberse despedido de ella con un ligero movimiento de cabeza, se marchó, haciendo caso omiso de los gritos de la prima.

Pero todavía se lo encontraría en circunstancias más felices, imprevistas y casi fabulosas. Sobre la pequeña ciudad que se elevaba a seiscientos metros por encima del nivel del mar, en la cima del Monte que la dominaba, entre bosques de robles y rocas de granito, poco distante de las propiedades de la familia de Cósima y desde donde había visto por vez primera el lejano mar, se alzaba, sobre un espacio elevado rodeado de peñascos, una ermita dedicada, precisamente, a la Virgen del Monte. Junto a la iglesia, bajo el mismo tejado, había unas pequeñas habitaciones y un porche se abría delante de las dos puertas, una a mediodía y otra a poniente, con bancos de obra adosados alrededor. Los fieles vivían en las habitaciones durante el tiempo que duraba la novena y la fiesta de la Santísima Virgen. Narraba la leyenda que un obispo, tal vez el de Pisa, viajando en visita pastoral hacia la isla, sorprendido por una tormenta, había prometido que si la nave se salvaba construiría un santuario en la primera cumbre de montaña que apareciera en el horizonte. E, inmediatamente, el mar se había calmado y había surgido una cresta rocosa entre las nubes, por encima de la isla. El tío de Cósima, el cura fumador don Ignacio que llevaba una peluca pelirroja con la tonsura, hacía las veces de capellán de la ermita. Lo acompañaba su hermana Paola. Para su uso, además de la pequeña sacristía, en cuyo armarito la tía Paola escondía los dulces para sustraerlos a la avidez de los niños, tenían un cuartito limpio para el cura, con su catre y su colchón, y una tosca y amplia habitación con el suelo de tierra y muchas estacas clavadas en la pared que servían para colgar la ropa.

En ese local, realmente primitivo, que tenía algo de cabaña y de caverna y que

solo recibía luz por el portillo abierto sobre el bosque, pasó Cósima aquel año los días más bonitos de su vida, ya que la tía Paola la había invitado con sus hermanas para que pasaran con ella los días de la novena. Fue como un sueño, hermoso, completo, lleno de cosas misteriosas, como los verdaderos sueños.

El viaje, de cerca de dos horas de subida por un sendero apenas trazado entre los despeñaderos, las hondonadas y el bosque, lo hicieron las chicas a pie, locamente felices y embriagadas por la maravillosa mañana de agosto, mientras un carro, tirado por bueyes y cargado de utensilios y provisiones, las seguía tambaleándose sobre las piedras y los matorrales. La primera parada breve, realizada no por cansancio, sino por diversión, fue en el umbral del bosque frondoso, bajo una extraña piedra apoyada sobre otras, a la que llamaban *La tumba del gigante*.[23] Parecía un gran féretro de granito, cubierto por un tapete de musgo, solemne en la vasta soledad del lugar. Contaba la leyenda, que hubo un tiempo en que los gigantes habitaban en la montaña, y uno de ellos, por turno, vigilaba la entrada de la selva, el último se tumbó para morir sobre la piedra del confín, que se cerró sobre él y todavía custodia su cuerpo. Y en verdad que aquella era la entrada al mundo de los héroes, de los fuertes, de los que no pueden concebir mezquinos pensamientos y Cósima tocó la roca, como en otros lugares impregnados por sagradas leyendas se toca la piedra en la que, según estas, ha reposado algún santo.

Por encima de las dificultades cotidianas, el confuso sueño de la joven aparecía ya iluminado por un deseo de grandes cosas, además del de pureza, y al subir de nuevo por el sendero entre los helechos y las suaves cuestas suavizadas por el culantrillo y otras finísimas hierbas de montaña, a la sombra de los grandes robles patriarcales, tenía la sensación de que, realmente, se evadía de su pequeño mundo y se encontraba entre los gigantes que viven rozando el cielo, compañeros de los vientos, del sol y de los astros.

Una segunda parada se hizo en el manantial de agua, pura y luminosa como el diamante, que manaba de un cuenco de piedras y se derramaba, modesta y casi furtiva, por entre la hierba pisoteada y fangosa, en un círculo de robles que trepan por las azules cumbres. Se escuchaba ya el grito de los grajos y el aire semejaba un licor perfumado de menta.

Las jóvenes se arrodillaron sobre la piedra y se inclinaron a beber en la fuente, y en el pequeño espejo de ónix del agua en sombra Cósima vio sus ojos, que le parecieron hechos de la misma luz maravillosa, luz que brotaba de la profundidad de su tierra y que, realmente, un día había reflejado el alma sedienta de divinidad de sus antepasados, poetas y pastores.

La realidad llegaría con la entrada en las habitaciones que, semejantes a la cabaña excavada en la roca por los mismos antepasados, esperaba a la nueva tribu de chicas que anhelaban el espacio del mundo lejano, las ciudades enloquecidas y ruidosas. Y las hermanas de Cósima se rebelaron, al principio, al ver que el lecho en común con la tía Paola se hallaba también en el suelo, formado por una capa de helechos, mantas, almohadas y gruesas sábanas, que los armarios eran unas estacas y que, para lavarse, había en un rincón, sobre una banqueta de piedra, junto al cántaro para beber, una jarra de barro. Y como protesta, pero también como diversión, empezaron a revolcarse sobre el lecho, descubrieron la peluca del tío Ignacio que estaba en la habitación de al lado e hicieron estragos. Pero luego salieron al bosque y se recrearon con la suntuosidad del maravilloso lugar lleno de escondrijos, de divanes cubiertos de musgo, de cuadros y brocados, como jamás habían visto, que enriquecían los fondos murales.

Cósima era la única que no se había desilusionado, al contrario, el interior de la habitación, con su olor a humedad y a helechos, con sus utensilios troglodíticos, con aquella puertecita cubierta por la verde cortina del bosque, los bancos de piedra sin labrar, el cántaro de barro y los recipientes pastoriles hechos de corcho y asta le dieron una extraña sensación de remotos recuerdos, como la que experimentaba cuando era tan solo una niña inconsciente al ver aparecer a la abuelita materna —la abuelita que participaba de la naturaleza de las hadas enanas de la tradición local, que habitaban en casitas de granito en medio de los montes y en las mesetas rocosas—. Y antes de reunirse con sus hermanas se dedicó a trabajar para convertir la primitiva morada en algo más habitable. Empezó por colgar sus escasos vestidos y los de sus hermanas en las estacas, cubriéndolos con un mantón para protegerlos del polvo y de la curiosidad de los extraños; por la parte donde ellas iban a dormir, colocó delante del lecho un largo saco de lana, a modo de alfombra, que tenía el espesor de esta; escondió

los zapatos en un cestito y, para terminar, con un espejito y una pequeña ménsula que, precavidamente, había llevado desde su casa, preparó el tocador. Mientras tanto, en el exterior, el criado de la tía Paola construía una choza de ramaje bastante alta y ancha que serviría de cocina. Habían llevado un hornillo portátil y un saco de carbón, pero la criada quería, detrás de la choza, en un rincón abrigado, una especie de hogar de piedra y declaró que haría la comida con fuego de leña. Y leña, desde luego no faltaba, al alcance de la mano, pronta a encenderse como una tea. También habían llevado en el carro algunas sillas y una mesa; la mesa serviría para las comidas y como escritorio para don Ignacio, el sacerdote, pero él no tenía intención de perder un solo minuto en coger la pluma, por ello la mesa fue colocada en la habitación grande, junto a luz de la puerta y sirvió, sí, para las comidas, pero también como escritorio para Cósima. ¡Oh!, bien que se había llevado el tintero, envuelto en un trapo negro, metido dentro de un zapato para que no se le volcara durante el trayecto. Y en aquella morada primitiva encontró también una especie de hornacina que hubiera debido servir para alguna lamparilla o alguna imagen sagrada que utilizó, en cambio, para depositar el tintero, la pluma, su cartapacio y algunos libros, formando casi un pequeño altar para sus misterios artísticos.

Luego, se reunió con sus hermanas en el bosque, y fueron horas, y más tarde, días de apasionada alegría. ¿No fue todo un sueño? Uno de esos sueños que bastan para iluminar toda una vida hasta en sus más sombríos rincones, como el sol y la luna iluminaban, en aquellos fabulosos días de agosto, el bosquecillo de robles en torno a la milagrosa ermita. ¿Qué importaba la humildad y la rústica acogida de la cabaña? Servía como refugio únicamente durante la noche y para Cósima durante las horas en las que escribía. El murmullo del bosque la cubría con su sonido de órgano y la luna con su manto de plata. Y las chicas dormían mecidas por aquella música incomparable, puesto que era la música de la niñez que resuena solo una vez en la vida. Para Cósima era algo mucho más grande y palpitante; era toda una red de misterio, un despliegue de cosas sorprendentes, como si flotara en un fondo oceánico, rodeada, no por el bosque salvaje de robles y rocas fantásticas, sino por todas las maravillas de las selvas submarinas.

Y todo eso, además de la verdadera dulzura de la estancia, alegrada por la libertad y lo espacioso del lugar, por la belleza del paisaje y la lejanía y por las

sencillas diversiones de la poca gente que vivía alrededor de la ermita, procedía de la presencia, en una de las habitaciones de la parte opuesta a las del capellán, de la familia de Antonino. No estaba allí, pero tendría que llegar algún día, como los demás jóvenes de la ciudad que, aun cuando sus parientes no estuvieran aquí arriba, organizaban excursiones y pasaban también la noche en el encantador lugar, encendiendo grandes fogatas, organizando cenas y bailes, vivaqueando bajo los árboles y haciendo la corte a las muchachas. Tenía que llegar y solo la esperanza de verlo, aunque fuera de pasada, en aquel ambiente que era el ambiente mismo de la poesía, llenaba el alma de Cósima de una ilimitada alegría.

Pero jamás iba hacia el lado donde vivía su familia y huía de sus hermanas por miedo a que adivinaran su secreto o se burlaran, o más sencillamente porque su secreto era para ella tan grande y sagrado como un tabernáculo que nadie debía profanar. Y he aquí que un día, llega de verdad; viene solo, a pie, con una rama en una mano y el sombrero de paja en la otra. Cósima, que vigilaba siempre el sendero desde lo alto de una roca, lo ve subir un poco cansado, azotando los helechos con su rama, le parece descontento y desilusionado y piensa que el lugar, aunque pintoresco, no es digno de él. A él le corresponden parques con paseos lisos como el terciopelo, escaleras y terrazas de principescas mansiones, fuentes y grutas artificiales de jardines dieciochescos tal y como los admiraba ella en las revistas ilustradas. Y casi sintió piedad por él, decidida a esconderse para no aumentar el mal humor que debía experimentar. Y, sin embargo, solo la idea de que se hallara allí en el humilde porche donde las hermanas le servían el café, iluminaba aún más todavía, si ello era posible, el paisaje a su alrededor y los helechos que él había rozado resplandecían como palmas doradas y el cielo era más vasto y más azul.

Hechizos de juventud que hacen brotar en el recuerdo la idea de lo que será un día el reino de Dios sobre la tierra, para el alma que cree y lo espera como recompensa a los innumerables desengaños de la vida.

Ahora Cósima está otra vez en su melancólica casa, donde todas las cosas, después de la vuelta de la montaña, han adquirido un aspecto más triste, casi decadente, o mejor dicho, marchito, un color húmedo de otoño, un olor fúnebre a crisantemos. Tiene frío en la habitación alta desde cuya ventana se ve el Monte, cubierto ya de niebla, el grito de los cuervos anuncia el invierno. Pero aún hay, para ella, momentos en los que el cielo vuelve a abrirse de par en par y una tibieza primaveral le caldea la sangre. Escribe inclinada sobre su cartapacio, cuando las hermanas cuidan a la madre y Andrea está fuera en el campo y Santus duerme uno de sus acostumbrados sueños de borracho, se lanza al mundo de sus fantasías, y escribe, escribe por necesidad física, igual que otros adolescentes corren por los paseos de los jardines, o van a un lugar prohibido para ellos, si pueden, a una cita amorosa.

También ella, en sus obras, concierta citas de amor. La suya es una historia en la que la protagonista es ella, el mundo es el suyo, la sangre de los personajes, su ingenuidad, sus inocentes locuras son las suyas. El título del libro no puede ser más que: *Rosa de zarzal*.[24] Y un día cuando lo ha acabado, lo siente palpitar vivo entre sus manos frías, como un pájaro que se escapa tembloroso entre los dedos y vuela para golpearse las alas contra los cerrados cristales de la ventana.

No duda en buscar un modo para liberarlo y dejar que se vaya hacia los espacios infinitos. Escribe al Editor de la revista de modas y el hombre, que tiene la inteligencia instintiva y el corazón abierto del trabajador surgido del pueblo, comprende con quién tiene que habérselas. Contesta que se le mande el manuscrito.

Cósima se aparta con dolor y orgullo de la familia de sus personajes y la remite al ancho mundo. Envuelve cuidadosamente el paquete del manuscrito con tela y papel y con una red de cuerda que tiene que resistir el largo viaje por tierra y mar y además lo certifica; gastos con los que Cósima no puede correr dado su escaso presupuesto personal, compuesto por los pocos céntimos que la madre le da los domingos. Pero como es necesario seguir adelante a toda costa, he aquí que la escritora, la poetisa, la criatura que vive en las nubes, baja a la cantina y roba un litro de aceite. El robo resulta fácil, porque tanto ella como sus hermanas, cuando la madre y la criada están ocupadas en la cocina y viene

alguna mujer a comprar aceite o vino, están dispuestas a despacharlas con abundante exactitud. Llega, pues, la criada de la familia del Escribano del Tribunal, que vive desde hace pocos días en la casa de la tía Paola, al fondo de la calle y compra una frasca de aceite. Cósima recibe el importe en monedas de plata de media lira cada una y durante largo rato, cuando ya se ha marchado la mujer, retiene aquellas semillas blancas dentro de su puño, hasta calentarlas. Siente escrúpulos, tiene miedo y también algo de vergüenza, pero piensa que su hermano Andrea no duda en embolsarse la mitad de la renta del bosque y de la venta de las almendras, para despilfarrarla en juego y mujeres y también ella separa las monedas: la mitad para casa, la otra para la gloria. Verdad es que después confesó el pecado al confesor, diciéndole que había robado, pero sin especificar el motivo y, como penitencia, ayunó el viernes y el sábado.

Pronto llegaron las galeradas de la novela. Cósima no sabía con precisión de qué se trataba, creía que el Editor le mandaba una copia y le extrañó que las páginas fueran alargadas como las columnas impresas de los periódicos. Las dejó allí, encontrando divertida y casi alucinante aquella transformación de su trabajo. Su nombre en la parte de arriba, superponiéndose al título, le daba casi miedo, le parecía que estaba demasiado expuesto a la curiosidad de los lectores. Al ver el Editor que no le devolvían las pruebas, le escribió un poco molesto, pidiéndoselas *corregidas.* Cósima se decidió, entonces, a corregir los numerosos errores de imprenta y experimentó la primera tortura al rebuscar las dobles consonantes en el usado diccionario que había pertenecido a su padre y que aún tenía el olor y las manchas del rapé. Pero hizo las correcciones de un modo nuevo, nunca visto, es decir, no en los márgenes de las cuartillas, sino sobre el mismo cuerpo de las palabras equivocadas de tal modo, que allí germinó un florecer silvestre de borrones, un enredo que aterró al tipógrafo destinado a descifrarlas. El Editor decidió no mandar las segundas pruebas a la escritora, pero le pidió una fotografía para ponerla en la portada de la novela.

Cósima poseía tan solo una fotografía que había constituido una de sus primeras desilusiones personales. Se había querido retratar con el pelo suelto, con el vestido nuevo color violeta, de alivio de luto, y el broche de plata en el cuello. Había resultado una imagen torva, enfadada, con ojos salvajes, boca

desdeñosa, el pecho como una tabla; la primera deformación de su personalidad espiritual que, bajo las asperezas físicas de la adolescencia ella consideraba, en cambio, que era hermosa y delicada. Era lo suficientemente presumida como para pensar en mandar aquel sombrío retrato suyo a modo de presentación para la portada de su libro de sueños. Pero hacerse otro era un poco difícil y también costoso. Ánimo y valor y, sobre todo, astucia. Otros tantos medios litros de aceite y de vino fueron sustraídos del presupuesto doméstico, se organizó un paseo hasta un huerto, propiedad de la familia, contiguo a la casa del fotógrafo, y esta vez todo salió bien: la cabeza de Cósima surgía de un enorme abanico de plumas negras de avestruz que había abierto artísticamente sobre su enjuto pecho, emergía como de un ala, que también podía representar un símbolo, y los ojos tenían una languidez oriental, algo exagerada. La cara dulce pero socarrona, un poco por propia voluntad, un poco por habilidad del inteligente fotógrafo que, a su manera, había comprendido de qué se trataba. Se había dado cuenta de que aquel retrato estaba destinado a un amante, a alguien a quien Cósima quería atraer por la pasión, pero también a través del arte y ese primer amado lejano, rico como un rey y quizá más poderoso, era el público de lectores, especialmente jóvenes, inteligentes y afines a su alma y a su fantasía.

El libro tuvo, en cambio, un éxito femenino. Lo leyeron las chicas y allí se encontraron con sus amores, más literarios que reales, con sus citas nocturnas, imaginarias, con sus falsas alas de avestruz que no pueden volar. El Editor, como toda compensación por la obra, envió cien ejemplares del volumen; el valor no superaba al del aceite y el vino robados de la despensa y el grueso paquete cayó, de repente, en casa como un bólido destructor. La madre se quedó aterrada, por la noche dio vueltas a su alrededor con la asustadiza desconfianza de un perro que ve a un animal desconocido. Por suerte, Cósima se acordó de un primo lejano que tenía una barbería y vendía periódicos y revistas. También él, a su manera, era un intelectual, porque era el corresponsal local del periódico de la provincia y la propuesta de Cósima de vender algunos ejemplares de la novela fue acogida con absoluto desinterés.

Para la escritora aquello fue un desastre moral completo, no solo las tías amargadas, sino también la gente sensata del pueblo y las mujeres que no sabían leer, pero consideraban las novelas como libros prohibidos, se rebelaron contra

la joven. Fue una pira de murmuraciones, de escandalosas suposiciones, de profecías licenciosas, ni siquiera la voz del Bautista vociferando contra Herodías, desde la prisión sombría de su salvaje castidad, había sido tan inexorable.

El mismo Andrea estaba descontento, no era así como había soñado la gloria para su hermana, para la hermana que se veía amenazada por el peligro de no encontrar marido.

Pero para consolar la resentida humillación de Cósima llegaron las primeras cartas de sus admiradoras, y también la de algún jovencísimo admirador, hecho que la alivió bastante más. Uno de ellos le mandó desde Roma —¡de Roma!— una poesía amorosa, musicada y dedicada. Poseía ya un espíritu crítico para juzgar aquellos versos pueriles e incorrectos —no más que los suyos—, pero animó su propia vanidad creyendo que la música sería mejor. Por su parte, no conocía una sola nota y la música que hasta ahora había oído era solo la de la guitarra y el acordeón y, como más amplio horizonte, la del órgano de la catedral. Lo que más la halagaba, sin embargo, y la mecía en una imaginaria resonancia, era el hecho de que el homenaje procedía de un joven, quizá un muchacho, un muchacho que, si sabía componer música, además de poesía, debía pertenecer a un ambiente culto y a una familia educada. Quizá era un Antonino aún no maduro, quizá en proceso de una evolución más refinada que la del esteta local y sobre este tenía la ventaja de ser menos indiferente y de pensar, por lo tanto, en ella y estar en la otra orilla del solitario océano de sueños en el que ella vivía. Fue su primer amor lejano, todo suyo, puesto que, del desconocido músico no supo nunca ni la dirección, ni siquiera el nombre —y si sabía la edad y el sexo era porque los versos lo revelaban— y él no escribió, ni habló, ni cantó más. Fue como el grito de un pájaro en la noche, un reclamo pasajero de ruiseñor, engañado también por la claridad de la lejanía, la serenata de un fantasma, de un trovador que desciende de la floresta lunar de las páginas de un libro romántico. Pero para Cósima fue algo más que real, más real, palpable y corpóreo que el resto de las mayores o menores realidades de la vida, intacta y fría, pero perfecta como una estatua griega. Este hecho empezó a separarla de Antonino, tanto más cuanto que este no dio la mínima señal de

haber advertido lo que para ella significaba, ciertamente, un acontecimiento extraordinario. Un poco de desprecio y de enfado se enlazó a su recuerdo, es más, fue como cuando la trama se rompe en una tela preciosa y poco a poco va tirando de las demás, irremisiblemente. Luego, sucedió algo más, otro poeta se dio cuenta de su presencia, y este estaba cerca y era abordable, ¡oh!, demasiado abordable, ya que hacía cuanto le era posible para serlo. Pero, ¡ay de mí!, era un poetastro triste y desgraciado. Era cojo de nacimiento, no podía estudiar por falta de medios, no conseguía encontrar un trabajo decoroso por falta de estudios. Era el hijo ilegítimo de la criada del escribano, el que había venido a vivir al fondo de la calle y se decía que también del escribano, que no lo reconocía pero lo conservaba a su lado, lo mantenía, le hacía trabajar como amanuense y le permitía escribir versos.

El escribano era viudo, tenía dos hijas ya mayores, una toda llena de rizos negros, teñidos y grasientos, la otra de un rubio de estopa quemada, con la mejilla peluda como la de un gato. Todos se llevaban bien, las chicas trataban de usted a la criada y soñaban con un matrimonio rico para el presunto hermano. Se llamaba Fortunio y esperaban que el nombre le diera suerte, tenía un rostro hermoso, con los ojos grandes de color castaño, femeninos, el pelo liso del mismo color, casi con idéntico brillo y cierta apariencia acariciadora y lánguida en toda su persona, incluso en la forma de arrastrar la pierna torcida, con el zapato que parecía de hierro.

Las hermanas consiguieron trabar amistad con Cósima; una amistad, sin embargo, algo distante y ceremoniosa. Mandaban a la criada a preguntarle cuándo podían ir a visitarla, sin molestar, y llegaban puntuales con sus vestidos nuevos, los sombreritos que parecían despojos de papagayos y encontraban siempre la manera de hablar de Fortunio. Sí, también Fortunio había publicado un librito de versos, también Fortunio estaba escribiendo una novela, también Fortunio recibía y enviaba muchas cartas. A Cósima le mandó una por medio de la criada, y ella, instintivamente, la ocultó, pero cuando la abrió, se rió un poco desilusionada, puesto que el colega le rogaba que le tradujera al italiano una palabra dialectal muy usada en la ciudad, cuyo significado no sabía con precisión. Ella le contestó, él le volvió a escribir dándole las gracias. Sus cartas tenían la huella grasienta de los dedos de la criada.

Luego la amistad se estrechó. Cósima fue con sus hermanas a ver a las nuevas amigas y observó que su casa era pobre, desordenada, casi sucia y los rizos negros, pringosos, el flequillo de estopa que caía sobre los ojos blancos de la mayor de las solteronas, le despertaron una sensación de desconfianza y casi de repugnancia. Sensación que aumentó cuando, sin saber cómo, las dos brujas encontraron el modo de llevarse a las hermanas más pequeñas a ver una maceta de geranios en la galería de la casa y en el salón que servía de comedor y de recibidor entró el cojo como por casualidad. Se había inclinado para observar el tapete que cubría la mesa, hecho con horribles recortes de cajas de cerillas, algunas de las cuales eran imágenes de paisajes, oyó su zapato, como la pisada de un caballo que se detiene ante un obstáculo y se puso de pie ruborizada y asustada.

A decir verdad, también él se sonrojó y le temblaron los labios, lo que sirvió para que Cósima se diera cuenta de que tenía una bonita boca, carnosa, pero no sensual, o en todo caso, de una sensualidad sana y atractiva como la de un fruto maduro. Por primera vez experimentó la sensación física de lo que debía de ser un beso, un beso carnal entre dos que se desean y que se ven impulsados a unirse uno a otro por una terrible fuerza de la naturaleza y también tembló su boca, pero como la del niño que va a llorar y ni siquiera sabe el por qué.

Lo cierto es que Fortunio, al menos aparentemente, tuvo suerte con Cósima. Pero la tuvo porque en el fondo era audaz y valiente, por un misterioso sentimiento de odio hacia ella y a la clase a la que pertenecía, presumida y orgullosa sin motivo. Era casi rica, casi noble, y a pesar de las graves faltas de los hermanos, estaba considerada como una joven de rango superior. Después de todo, su misma ambigua calidad de escritora llamaba hacia ella la atención de todo un pueblo y de gente más alejada todavía y Fortunio era lo suficientemente inteligente como para comprender que ella jugaba una carta: podía perder, pero también podía ganar. Sabía muy bien, mejor que los del pueblo, que un verdadero artista jamás traiciona su porvenir. Y adivinaba en Cósima a la artista, mientras que él mismo se veía desheredado de todo, hasta de sus veleidades de intelectual.

La seria pasión que empezó a sentir por ella era en parte sincera, en parte ávida e interesada. Las cartas que, osadamente, empezó a escribirle,

mandándoselas pegadas a las tapas de los libros que se intercambiaban abiertamente, eran hermosas, poéticas y sensuales; quizá, lo mejor que escribió en su breve carrera de escritor. Cósima las devoraba con avidez parecida a la de él y las escondía muy bien por temor a que Andrea llegara a descubrirlas, si Andrea hubiera llegado a descubrirlas; hubiera provocado verdaderos estragos. Porque Fortunio era para él un ser absolutamente inferior, social y físicamente, era peor que un criado, peor que un músico ambulante y como a tal se le perdonaba, porque no le cabía en la mente la mínima sospecha ante las serenatas que, con guitarras y apasionadas canciones dialectales, el joven cojo y sus amigos se permitían dar bajo las ventanas de su casa. Era una costumbre local bastante antigua, aunque las verdaderas serenatas populares compuestas por coros vocales y canciones arcaicas eran completamente distintas a las otras serenatas, que llamaremos burguesas, formadas por estudiantes y jovenzuelos no pertenecientes exclusivamente a la clase campesina.

Canciones semicultas acompañadas por la música de guitarras, mandolinas y también acordeones que hacían que las doncellas soñadoras levantaran la cabeza de sus almohadas casi monásticas, pero resultaba un poco difícil saber a quién iba dirigida la voz apasionada que rompía el silencio nocturno con sus amorosos reclamos, puesto que el enamorado, generalmente contrariado en sus aspiraciones amorosas, para crearse una especie de impunidad, no se detenía con sus acompañantes solo bajo las ventanas de la amada, sino en otras muchas donde también había doncellas. Así, pues, su expansión amorosa podía pasar por la de un aficionado a las serenatas, por la de un espíritu enamorado de su universal sueño de amor, o también por la de un artista que hacía prácticas de música, de canto y de melodías nocturnas.

Cósima no se equivocó ni por un momento cuando una noche oyó la voz de Fortunio, primero a lo lejos, luego, cada vez más cerca, casi tempestuosa y tibia, palpable apenas como el alzarse del viento en la lejanía del mar, y más tarde en los valles, en las noches de marzo, el viento que trae de las tierras de Oriente el anuncio de la primavera. Hay que reconocer que era una voz potente, cálida, un poco entibiada como la de un verdadero tenor —también contaban con ella las hermanas de Fortunio, esperando hacer de él un cantante— y él sabía escoger, adaptándolas con trémolos de su invención, las poesías más apropiadas para

penetrar como en sueños en el lecho de las jóvenes y envolverlas con alas de ángel, cada vez más cálidas, cada vez más apretadas, hasta convertirse en un abrazo humano y apasionado.

Cósima trata de reaccionar. En el fondo no es romántica y ya conoce la vida a través de tantas pruebas crueles, pero la monotonía de los días, sin esperanza de un cambio notable, le rondaba alrededor como una injusta condena —antigua condena de las mujeres de su estirpe— y ardía en deseos de volar hacia más amplios horizontes, hacia una vida más movida. Por eso escuchó la halagadora voz, aun cuando Fortunio le inspiraba desconfianza y casi desprecio.

Un día de mayo, cuando ya se había disipado la embriaguez de su primera aventura literaria para dejar paso a un pesado desaliento, para colmo de desdichas, le llega una larga crítica, manuscrita, de su pobre pero sincero trabajo: la novela, el relato, hasta un tímido cuento para niños, publicado en una revista infantil, todo ello aparece concienzudamente destrozado, no con débil malicia, sino con vigorosos hachazos, todo con lógica, con conocimiento, todo reducido a astillas, oportunas —según el crítico— para encender el fuego del horno en el que la madre de Cósima cuece el pan. ¡Que la pequeña grafómana se vuelva a los límites del huerto paterno a cultivar claveles y madreselvas! ¡Que vuelva a hacer calceta, a crecer y a esperar a un buen marido, a prepararse para un saludable porvenir plagado de afectos familiares y maternales![25]

Cósima llora, de rabia y de humillación; llora, pero en el fondo se siente conmovida, es consciente de haber equivocado el camino, decide, realmente, volver al limitado destierro de su verdadero destino. Rasga la hoja condenatoria y emprende de nuevo sus labores de bordado, de cocina, los paseos con sus hermanas, las agradables excursiones por las hermosas campiñas, alegres ante la fastuosa primavera.

Las hermanas de Fortunio fueron también a una de esas excursiones y llevaron las provisiones para organizar una merienda campestre junto al manantial de agua que brotaba de una roca en la ladera del monte. Fueron horas de sencilla e inocente alegría y Cósima, contemplando el ocaso sobre las cimas opuestas del valle, por encima de los olivos soñadores, pudo dejar de lado los tenebrosos propósitos de abandonar sus sueños poéticos. La herida se iba

cerrando y experimentaba la alegría de la convalecencia, cuando, para empañar con una sombra la luz de su corazón —la única luz que sentía como verdadera, limpia y refrescante cual el manantial de la roca— apareció, por la carretera superior, la silueta de Fortunio.

Como de costumbre, parecía que había llegado allí por casualidad. Se asomó desde lo alto del guardacantón y parlamentó con las hermanas que lo invitaban a que se acercara y tomara parte en la merienda —con un cierto derecho puesto que las provisiones las habían llevado ellas—, pero rehusó, severo y triste, consciente también del lugar que le correspondía. Asomado al parapeto del camino vecinal, de manera que su pierna torcida no se viera y resaltara la hermosa cabeza con los ojos y los frescos labios que resplandecían al reflejo del ocaso, miraba con tristeza hacia la lejanía, apoyando la mejilla en la fina mano, con uñas que parecían de alabastro rosa. A Cósima le recordaba una de esas imágenes románticas que tanto le gustaban en las estampas de alguna de las antiguas ediciones de Chateaubriand que poseía Santus: el joven desventurado, víctima de una secreta pasión que se pierde en la soledad de un ocaso campestre y, apoyado al abrigo de un precipicio, o sentado sobre el tronco abatido de una encina, entre sarmientos de yedra y peñascos cubiertos de flores de musgo, medita sobre su triste suerte. Ciertamente la suerte del joven Fortunio era triste y el corazón de Cósima no podía dejar de acoger su eco entre las voces poéticas que le contaban la eterna poesía del dolor humano. Así que, cuando la comitiva tomó el camino de vuelta, dejando solo al desventurado poeta apoyado en la roca del manantial, dispuesto también a escuchar su melancólico murmullo entre las grandes sombras doradas por el crepúsculo, ella se apartó con la vista baja, mientras las amigas se perseguían por el camino vecinal y cantaban y se reían como las hijas de los campesinos a la vuelta del trabajo en el campo.

Surge la luna entre los dientes de la sierra, por encima de las rocas que parecen las ruinas de un castillo, su claridad lila se funde con el anaranjado del horizonte, el olor de la vegetación humedece el aire tibio, cantos lejanos responden a los de las chicas que acompañan y transportan en alas de su coro la confusa tristeza de Cósima.

¿Qué es lo que quiere Cósima? Ni ella misma lo sabe; quisiera detenerse, no volver a su casa, sofocante, apoyarse también en el pretil del camino, sobre el

valle lleno de misterio, seguir el curso de la luna en un cielo cada vez más claro y luminoso.

Sus compañeras no se preocupaban de ella; sus hermanas aturdidas por la alegría de las amigas, se dejaban llevar hacia adelante y ella permanecía sola, perdida, como olvidada en el camino y en el mundo. Pasaba alguna carreta de campesinos, arrastrada por soñolientos bueyes, algún jinete, alguna tardía mujeruca que volvía de lavar la ropa en el torrente. Las sombras se alargaban atravesadas sobre la blanca ruta, las voces y los pasos resonaban suaves en el aire blando y perfumado. Y he aquí que oye un paso distinto de los demás que no desentona con la atmósfera del momento, algo ambiguo, como el de un ser fantástico, un gnomo, un gigante que trata de no hacer ruido o un fatal Belfagor, un arcángel que con el golpear de sus alas puede trasladarse a las torres de plata y a las explanadas lunares de la montaña.

Es Fortunio, hubiera estado mejor caracterizado con la guitarra al hombro como un trovador, llegado precisamente de los bosques de robles que rodeaban los ilusorios castillos del horizonte; pero, afortunadamente, todavía llevaba el libro en la mano, un libro que blanqueaba a la luz de la luna, con las palabras mágicas que abren la puerta de los sueños. Versos: versos de amor.

Alcanzó a Cósima y se puso a su lado, silencioso. Ella no se sorprendió, todo tenía que ser así, y cuando le ciñó ligeramente los hombros con el brazo que le temblaba, no protestó ni trató de liberarse. Todo tenía que ser así; era una cosa urdida por las maliciosas hermanas de Fortunio, pero también parecía un hechizo producido por la hora, el lugar, por la suerte que protege a los enamorados. También la densa sombra que se extendía por la linde del camino vecinal, en un recodo, donde las rocas descendían hasta los guardacantones, pareció una cortina aterciopelada que envolvió a los dos jóvenes poetas y permitió que sus frescos rostros se convirtieran en uno solo: el rostro del amor.

Todo parecía protegerlos, el modo fácil de intercambiarse cartas, la misma calle, la cercanía de sus huertas. Y, por la noche, cuando sabía que Andrea estaba jugando con los amigos o con alguna mujer, que Santus dormía la borrachera, que la madre y las hermanas descansaban, la primera envuelta en un sueño velado de sufrimiento y oración, las segundas en sus blancos sueños de

inocencia, Fortunio, a pesar de su defecto, conseguía escalar el muro y encontrar, sinceramente anhelante y apasionado, a la sombra de un rincón protector, a su pequeña amiga, que, tan callada y aturdida parecía el fantasma de sí misma. Se dejaba besar por él, sentía el calor de su persona, los temblores y las ansiedades del héroe encadenado, la violencia impotente con la que hubiera querido poseerla y llevársela, pero un frío, casi un maligno poder de análisis la sostenía en aquella especie de lucha de los sentidos contra sí misma y contra el otro, y salía de ella cansada, disgustada, amargada por la humillación y el remordimiento. También por el remordimiento, sí, pues creía, entre otras cosas, que cometía un pecado, ya que jamás se casaría con Fortunio.

Hasta que el hecho fue del dominio público, despertando una nueva oleada de escándalo entre la gente de bien del lugar. ¡Ah!, se comprendía, solo Cósima era capaz de semejantes aventuras con un lisiado, un bastardo, un renegado de la suerte. Un día Andrea dijo en público que le iba a romper la otra pierna con un bastón al que «tocaba la guitarra» y a Cósima le suministró una buena dosis de bofetadas y puñetazos que además del cuerpo, le machacaron el alma, como la sal en el almirez.

También esta lección le sirvió para la escuela de la vida, se dio cuenta de que no se parecía realmente y no llegaría a parecerse a las jóvenes de *buena familia* que cometían, inconscientes pero astutas, sus pecadillos amorosos, que Dios le había dado una inteligencia superior a la normal, y sobre todo, una conciencia clara y profunda como el agua en la que se distingue cada hilo de luz y de sombra, para ser guía de sí misma en el camino de la verdad. El castigo por su capricho con Fortunio, capricho de curiosidad sentimental pero también sensual, le pareció justo y decidió vigilarse, vivir con una cierta religión personal. También su pensamiento por Antonino se le reveló, de repente, como algo casi morboso. ¿Para qué perseguir una quimera inútil, y en el fondo, humillante para ella? No se asomó más a la ventana para esperar el paso del meteoro, no salió más con las hermanas para ir a ver a las amigas, se encerró en un círculo de silencio, de resignación y de trabajo.

Y además, la vida cotidiana apremiaba, los días se hacían oscuros y mustios como los de un invierno que todavía iba a durar mucho. Una noche se oyó un

extraño lamento en toda la casa, luego la voz de Andrea que trataba de convencer al hermano Santus de que se metiera en la cama y se tranquilizara, pero el desdichado se debatía, gritando que debajo de la cama había un hombre negro que quería estrangularlo, después tocaba las paredes y saltaba hacia atrás gritando que estaban llenas de tarántulas y de ciempiés.

Inmediatamente se levantaron la madre, la criada y las chicas, rodearon a ambos hermanos y se dieron cuenta de que Santus deliraba, pálido, presa de un temblor convulso, con los grandes ojos abiertos, metálicos y alucinados. Pero su delirio era terrible, peor que el del moribundo o el del hidrófobo. Andrea lo comprendía, porque ya había asistido a otros casos iguales, sin embargo, las mujeres todavía ignoraban que el alcohol, a la larga, producía la espantosa enfermedad y solo Cósima tenía una vaga idea. Un terror antes jamás conocido las invadió, como si de verdad la casa estuviera llena de hombres negros y abominables, ocultos y preparados para cualquier crueldad y las paredes hormiguearan de reptiles venenosos. La madre creyó que el espíritu maligno se había apoderado de Santus y pensó en mandar a llamar a uno de los sacerdotes de casa para que le practicara un exorcismo. Pero Andrea sonreía maliciosamente, consiguió que el hermano volviera a la cama y lo veló durante toda la noche. Noche de angustia inolvidable, durante la cual Cósima conoció otra página del terrible libro de la vida.

En lugar del sacerdote vino el médico que certificó que se trataba de *delirium tremens* y aconsejó a la madre que las chicas asistieran lo menos posible a los ataques del desdichado hermano. Se decidió, entonces, que él y Andrea, que se ofreció generosamente a cuidarlo, se fueran a vivir a una casucha que la familia poseía en una huerta no muy distante de la casa. Las pobres habitacioncillas de la planta baja, que solo tenían de bueno algunas ventanitas desde las cuales se veían los montes lejanos, fueron adaptadas y amuebladas lo mejor posible. Santus se dejó conducir allí dócilmente: era bueno y apacible en el fondo y el primero en estar triste por el vicio, que el doctor había declarado que no era más que una enfermedad, de la que el paciente, a pesar de toda su buena voluntad no podría curarse jamás, era él. En sus ojos claros se leía un dolor profundo, de vez en cuando parecía animarse, dejaba de beber, e intentaba trabajar; pero luego

recaía como el vástago tronchado con las raíces aún vivas, pero irremediablemente inútil para sí mismo, y peligroso para los demás.

Y en casa de las chicas hubo una relativa calma, pero la sombra del dolor la empañaba y la madre se volvió todavía más silenciosa y pálida y, a veces, inquieta, con esa inquietud del que ha perdido algo valioso. Empezó también a volverse un poco rara, a veces, salía de casa furtivamente, con algún objeto o paquete oculto bajo el mantón, iba a la casucha de los hijos a llevarles comida y ropa. No es que les faltara nada, al contrario, cuando el otro estaba tranquilo, Andrea iba a comer con la familia y ambos visitaban la casa a diario. Pero la madre tenía miedo de que carecieran de lo necesario, pensaba en ellos como si fueran niños perdidos en el bosque e iba en su busca y ella también se perdía en las sombras de una selva peligrosa: la de la desesperación.

Contigua a la casita de los dos hermanos, y propiedad también de la familia, había una almazara,[26] era una nave larga e irregular, oscura, pero brillante, como excavada en una montaña de esquisto. También era negro y grasiento el recio y paciente caballo que hacía girar la muela dentro de la cuenca redonda en la que se molían las aceitunas. Su pasta violácea, vertida sobre espuertas circulares, era exprimida por una prensa de hierro, colocada en una especie de nicho excavado en la pared que, por medio de una barra, manejaban los hombres: el molinero y su ayudante. El aceite caía negro y denso dentro de un gran caldero y el orujo, después de exprimida la pasta, se tiraba por una ancha ventana que daba a la huerta, donde formaba un oloroso montoncillo que, en su momento, adquiría el mismo tratante que en verano compraba las almendras de la familia, y constituía una discreta renta, junto a la del aceite que los propietarios de las aceitunas dejaban como retribución por el trabajo de manipulación. Pero había que estar muy encima porque el molinero, un hombrecillo religioso con dos ojos de verdadero santo, que llevaba años al servicio de la familia y les tenía sincero afecto, robaba a mansalva, lo mismo a los clientes que a los amos.

El lugar estaba siempre lleno de gente, porque en un rincón, entre la ventana y la prensa ardía, continuamente, un gran fuego y sobre él un caldero de agua hirviendo, en el que se metían y lavaban las espuertas; en torno a ese fuego se

reunía un grupo de individuos que, especialmente al anochecer, componían un cuadro digno de Rembrandt. Todos estaban sin trabajo y eran pobres, pero de una extraña pobreza, que más se debía a ellos mismos que a su suerte y allí acudían a calentarse y a confortarse con el recíproco contacto. El cabecilla era un hombre pelirrojo que había sido rico y había dilapidado sus bienes en vino y mujeres; después había un fratricida, pudiente en su época, que había matado a su hermano en legítima defensa y, a pesar de ello, era despreciado y rechazado por los de su clase; luego, un anciano con barba de patriarca, también venido a menos que, a ratos perdidos, hacía de jardinero y vivía de la caza de gatos con los que se alimentaba y otros marginados que no desdeñaban unirse a los buenos campesinos y a los pequeños propietarios que llevaban a moler las aceitunas y al mismo dueño de la almazara, Andrea, que acudía de vez en cuando para vigilar al molinero. Santus no faltaba nunca y cuando aparecía todos se apartaban para dejarle sitio; la mayor parte de las veces estaba borracho y también seguía las fatales huellas de sus miserables compañeros en torno al fuego, pero todos le respetaban, porque todavía conservaba el apoyo de su familia y poseía un refugio y la protección de su hermano. Es más, sabiendo que era generoso, buscaban su amistad para poder sablearle algún dinero. Pero él, a pesar de la turbia inconsciencia en la que a menudo lo hundía el vicio, comprendía su estado, conocía el corazón del prójimo y solo gozaba con la compañía de los renegados de la almazara porque ya se sentía su compañero en la fatalidad. Que nadie crea que esas reuniones eran melancólicas. Todo lo contrario. Cuando el fuego había secado sobre los cuerpos de esa especie de vagabundos los pobres trajes empapados por la lluvia y por benignidad de la suerte habían conseguido beber vino, o mejor aún, aguardiente, la más infantil alegría reinaba entre ellos. Uno llegaba hasta a cantar fragmentos de ópera, otro sacaba un pan, lo partía y conseguía fácilmente que le vertieran sobre la miga un hilo de aceite y lo tostaba a la brasa, compartiéndolo luego fraternalmente con los compañeros. Y Santus mandaba a comprar una frasca de vino que bebían a la salud de todos. Salud y largos años, la vida es de quien se contenta con vivirla. Y Jesús dijo: bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.

Los días eran casi siempre grises en el frío mañanero del tardío otoño, pero, poco a poco, el cielo se aclaraba y se alzaba sobre los montes que adquirían un

esplendor opaco de estaño y sobre lo alto se abría el ojo, blanco primero, luego perlado, del sol, como el de un durmiente que después de haber luchado con un triste sueño se despierta sonriente a la dulce realidad. Entonces todo tomaba color, el cielo parecía un mar cubierto de islas rocosas, sobre las ramas de los árboles palpitaban las últimas hojas como mariposas de oro y los montes volvían a adquirir sus tonalidades azules y rosas.

Cuando hacía buen tiempo, el ama, que no rechazaba cultivar coles y alcachofas, se reunía en el huerto con las «niñas». Cósima tenía ya veinte años, pero demostraba menos y, a veces, muchos más. La tez blanca, el ceño fruncido, los ojos salvajes, la frente con el pelo tirante y apretado, con desaliño de mujer anciana, se abría e iluminaba como el cielo en aquellas ambiguas mañanas, cuando la risa sencilla le brotaba de los dientes apretados con la violencia del agua que surge de la peña. Ahora, en ausencia de Andrea, obligado a trasladarse con frecuencia al campo para vigilar a los trabajadores, sabiendo que el molinero podía hacer de Santus lo que buenamente quisiera, con la ayuda diabólica del aguardiente, entraba con entereza en la almazara y realizaba sus valientes inspecciones. Allí, en el cuarto de Andrea, también había un registro donde se anotaban *las moliendas* de aceitunas: cada molienda de siete cuartos de hectolitro de aceitunas; compensación, dos litros de aceite sin refinar que quedaban en el caldero o si el propietario lo prefería, dos liras al contado. Muchos dejaban pasar el tiempo antes de pagar y entonces la cuenta permanecía abierta. Y he aquí a Cósima sentada en la mesa donde estaban los restos del pan y de la comida de los hermanos que hojea el pringado registro y apunta por orden los nombres y el número de las *moliendas;* también aquello era poesía y el sol que derrotaba a las últimas y empedradas nubecillas, y resplandecía en lo alto sobre los montes, doraba la hoja en la que estaba escribiendo y hacía brillar su severo pelo.

De esta manera entraba en contacto con el pueblo, con el verdadero pueblo trabajador y apacible que, como el molinero, si podía también meter las garras en los pocos bienes del prójimo, lo hacía con parsimonia y luego iba a confesarse. Quizá también la confesión era un poco fraudulenta, como la del famoso campesino que trató de engañar al confesor diciéndole que había robado una cuerda y ante las insistentes preguntas del hombre de Dios, acabó por decir

que había un buey atado a la cuerda. Gente buena, de todos modos, mujerucas respetuosas y cazurras, hombres que tenían que luchar con la tierra ingrata y solitaria, los vientos, los pájaros y los zorros para arrancarles el trigo y el vino, con los que se nutrían, como el sacerdote en la misa.

Cósima los observaba, los estudiaba, aprendía su lenguaje, las supersticiones, las maldiciones y las oraciones y desde su puesto de observación veía también el cuadro y los personajes de la almazara; oía las historietas que allí se contaban, las canciones del borracho, las carcajadas infantiles del fratricida y si se le partía el corazón e inclinaba humillada la cabeza al ver a Santus, el hermano que había nacido para grandes destinos, tallando carretillas de caña para los niños del molinero o chupando los huesos de un asado de gato con los demás compañeros, pensaba que solo la piedad puede consolar al alma doblegada por el dolor de los demás y llevarla sobre sus alas hasta los umbrales altísimos de un mundo en el que, un día, todos seremos iguales en la alegría de Dios.

Entre una y otra señal en el registro, los clientes le contaban sus problemas, sus dramas, alguno le rogaba que le escribiera una carta o una instancia. De ahí surgió el punto de partida de la nueva novela, extraída de la realidad: sacada, como la pasta negra de las aceitunas, de la cuenca de la almazara que se convertía en aceite, en bálsamo, en luz. Y le puso un título gris que debajo escondía, sin embargo, el germen del fuego: la tituló *Ramas caídas.*[27]

Esta vez la fortuna le sonrió por completo. Intentó tratar con un editor de cierta notoriedad que, no solo aceptó y publicó la novela, sino que hizo que fuera prologada por un ilustre escritor y he aquí que, de repente, la personalidad de Cósima saltó el horizonte literario, rodeada de una aureola casi misteriosa. Misterio creado por su lejanía y la de su tierra, por las vagas noticias sobre su vida casi indómita, pero, sobre todo, por la fuerza ingenua y al mismo tiempo vigorosa de «su relato, por su prosa incorrecta y primitiva y, no obstante, eficaz y por la evidencia de sus personajes.

De repente, se hizo célebre: periódicos y revistas le piden relatos; el Editor le envía dinero. No mucho, pero sí lo suficiente como para no tener que esquilmar ya en la cantina y comprarse un bonito vestido de seda negra con lunares dorados y una boa de plumas negras y blancas de avestruz que tenía, a la vez,

algo de serpiente y algo de pájaro.

Cuando apareció en la misa celebrada por el obispo en una radiante mañana de otoño con las hermanas, a las que, para animarlas, les había regalado unos elegantes echarpes de seda, un grupo de jovencitos, los más intelectuales y sin prejuicios del lugar, que iban a la iglesia solo para fijarse en las mujeres, se alineó entre una y otra nave de la bella catedral, y sus ojos la acosaron con un nutrido fuego cruzado. También las mujeres la miraban desde detrás, fascinadas, más que nada, por su vestido y por la boa de colores de noche estrellada. Inclinada sobre su libro de oraciones, volaba, creía ser una golondrina: sentía ganas de llorar, era un rebosar de alegría, de triunfo, pero también de profundo dolor y si levantaba los húmedos ojos y veía las altas vidrieras bajo la bóveda de la iglesia, azules de lejanías casi marinas, pensaba en el fondo de la ventana de la almazara y en las pobres mujeres grasientas de aceite nuevo, que le contaban sus penas. Entonces, un leve vértigo le subía desde el fondo del alma, como cuando de pequeña la imagen de la abuela le despertaba en el subconsciente un mundo atávico, feliz y fantástico. La ceremonia y la música aumentaban el hechizo. El obispo era alto, aristocrático; le recordaba a los pintorescos prelados de las grandes novelas francesas del siglo diecinueve; tan solo su voz era un poco áspera, pero se perdía con el humo del incienso en el retumbar nostálgico del órgano que tocaba el coro de *Nabuco.* Y todo, luz, sonidos, colores, aumentaban la luminosa ilusión de Cósima, que se veía transportada a un mundo de fábula.

Justo por aquella época su vida adquirió un ritmo de fábula. Los periódicos hablaban de ella. Llegó también hasta su casa, desde una lejana ciudad un periodista rubio, alto, gordo, cuya presencia alborotó a todo el vecindario. La visita suscitó en Cósima el mayor orgullo y la humillación más ardiente. Humillación por tener que recibirlo en la habitación de la planta baja, casi desguarnecida, donde en la vieja librería se veían todavía los documentos del padre ya muerto. Sin embargo, las hermanas habían colocado un mantelito antiguo de encaje sobre la mesa en la que se sirvió el café. Se había puesto el vestido de seda estrellado, pero no sabía qué decir mientras el hombre rubio la escrutaba con los ojillos verdosos que, al mirarlos a hurtadillas, casi con espanto, le recordaban los de los gatos salvajes al acecho de los pajarillos en su primer

vuelo. No obstante, fue muy amable y escribió en su periódico que la escritora, «pálida, menuda, nerviosa (¿nerviosa?; no sabía lo que significaba esa palabra, no obstante, se sintió halagada), esa frágil criatura, que sin haber salido jamás de su tranquilo nido, conoce, sin embargo, de un modo que casi nos sorprende, los misterios del corazón humano», etcétera. (¡Oh, gran hombre rubio que vives en la metrópoli, en contacto con el más tumultuoso mundo, jamás sabrás con tu experiencia lo que Cósima conoce a través de la suya!)

La entrevista fue comentada, reproducida, exagerada. El libro de Cósima se vendía, otros artículos lo pusieron casi de moda. Ella, como de costumbre, a pesar de sus experiencias y de sus prudentes propósitos empezó a dar rienda suelta a la fantasía. ¿Por qué no podría casarse con el gigante rubio? La hubiera introducido en el torbellino de la vida. Le escribió para darle las gracias, él le contestó. La llamaba «mi pequeña gran amiga» y pareció que le hacía la corte, tanto que un día Andrea interceptó una carta, pero se quedó satisfecho. Por fin, uno que le convenía a la hermanita. Y Cósima paseaba alrededor del huertecillo, como un aguilucho enjaulado, pronta, apenas pudiera, a emprender el vuelo. El huertecillo estaba todo florido, rosas silvestres, lirios y claveles desprendían un perfume de altar como cuando se celebra el mes de María. También había llegado para ella el mes de su gloria. Incluso le escribió, por fin, el orgulloso de Antonino que seguía estudiando para poder vivir en la ciudad, daba la enhorabuena a Cósima y le deseaba lo mejor, también le pedía noticias de Santus. No le contestó, pero conservó su tarjeta entre los recuerdos que la siguieron por el camino de la vida. Ahora pensaba en el otro, en el rubio de los ojos atigrados y después de una larga y ambigua correspondencia, un día le mandó una extraña carta, en la que, entre otras cosas desagradables, le decía[28] que le había parecido casi una enana.

Las experiencias de Cósima continuaban.

Fueron, no obstante, días de un nuevo fulgor. Llegaron dos cartas al mismo tiempo; una venía desde muy lejos, del castillo de un príncipe alemán, con escudo de plata y una corona de príncipe. Quizá era su secretario el que había leído la novela de Cósima y le escribía, turbado aún, diciéndole claramente al final: la quiero, señorita, la quiero. Tal vez era el secretario, ya que el nombre era

sencillo y Cósima estaba ya acorazada por una desconfianza incurable; pero ¿por qué no podía ser el príncipe? Contestó dando las gracias, pero después, imaginándoselo también rubio y alto, con los ojos felinos como el cruel periodista, y para más, príncipe o gran duque, no le mandó la carta.

A la otra, por el contrario, sí contestó. También esta era de un príncipe de distinta especie, pertenecía a un joven de veintidós años, que debía de ser muy rico, porque le escribía que estaba a punto de partir para la América aún inexplorada, en una expedición por cuenta propia y le pedía permiso para dar su nombre a la primera región que tuviera que atravesar y le mandaba las señas de la última ciudad de América del Sur en la que se detendría para formar la caravana.

¡Ah, sí! Cósima contesta inmediatamente con una carta certificada, y no impide que su fantasía vuele como ángel viajero a la zaga de su caballero de aventuras. Le parece que vive en tiempos de las Cruzadas; él avanza, con su nombre en el corazón, a combatir contra los paganos, los pieles rojas, las serpientes, las selvas vírgenes, las hierbas que matan.

Fueron los días más bonitos de la vida de Cósima, todavía más que los que había pasado en el Monte, respirando el aire que respiraba Antonino. Ahora se trataba de un sueño vivo, una aventura épica en la que tomaba parte cabalgando sobre las rojas nubes del horizonte, sobre los glaucos mares de las noches de luna.

Todo le parecía grande y luminoso. A la casa de enfrente, habiendo muerto el negro canónigo medieval y, habiéndose casado la sobrina con un viejo primo, había venido a vivir un hombre rico, ya maduro, todavía fuerte y temperamental, tratante en corteza de árbol y corcho. Era también un famoso cazador y, de vez en cuando, reunía a los amigos para una partida de caza mayor. Los caballos piafaban en la calle, sorprendida por una animación casi guerrera y los jinetes completamente armados, unos flacos y tiesos en la silla, otros, ya viejos, barbudos, gordos y un poco fondones, pero de rostro duro y decidido, como de gente vetusta dedicada al pillaje y acostumbrada a hacer presas, esperaban a que el grupo se completara, mientras los perros se juntaban y organizaban una atronadora pelea de gruñidos y ladridos, entre las patas de los caballos. Y en cuanto salía por el portón, abierto de par en par, el pelirrojo cazador de recio

muslo, de ojos verdes brillantes de alegría burlona y feroz, sobre su manialbo y casi indómito caballo, la comitiva se lanzaba al galope, inundando la calle, como horda que se dirige a la conquista de una plaza enemiga, las pisadas de los caballos resonaban durante algún tiempo, incluso después de que la calle hubiera quedado silenciosa y desierta y parecía el acompasado trepidar de un tren que se alejaba. Mientras, Cósima en la ventana, retiraba la alfombrilla de cama después de haberla sacudido y seguía hechizada, a través del aire, el eco de la cabalgata. Pensaba en su explorador a la caza de salvajes y también sentía que dentro de su cuerpo bullía un anhelo de amazona, el ardor de una heroína de audaces aventuras. Pero luego, le tocaba hacer las camas y limpiar las habitaciones y, para volver a subir a flote desde ese estanque de realidad, esperar, por lo menos, la llegada del cartero.

El cartero era un hombre tosco, también de pelo y tez rojizos, y cuando pasaba con sus grandes zapatones, llamando a la puerta de los vecinos y gritando muy fuerte: «El correo, el correo», todos los ecos de los alrededores se despertaban, hasta los perros ladraban y el aire adquiría un tinte de desasosiego. Para Cósima representaba un personaje casi mitológico, portador del bien y del mal, y cuando desde lejos oía su voz, temblaba como si el destino se hubiera puesto en camino hacia ella. Después de todo había sido él quien le había llevado las cartas de gloria y de amor, de esperanza y de humillación, el giro y los periódicos con su nombre escrito como en lápidas que le parecían eternas. Ahora esperaba noticias de un mundo misterioso y lejano, casi de más allá de los confines del mundo real, cartas del explorador que quería poner su nombre a aquel nuevo mundo. Pero el cartero pasaba con su valija que, con la correa de cuero hacía el mismo ruido que el morral de los cazadores y golpeaba con violencia la aldaba de la puerta del tratante de corcho, sacando de la cartera un paquete de cartas y periódicos. Para ella nada: y la áspera voz del hombre de la suerte debilitándose en la lejanía le parecía una burla cruel.

Así pasó la hermosa estación, ya ni siquiera se preocupaba por Antonino. No se preocupaba por nadie, solo por lo que escribía, iluminada por la luz de ese sueño, que era la más bella de las novelas que jamás hubiera podido escribir.

En octubre, como de costumbre, llegó la vendimia. No, no como de

costumbre ya que la madre, de acuerdo con Andrea, había mandado construir una casita de piedra en la viña, bajo un pino que vigilaba solitario la enorme extensión, salvaje casi toda, como una llanura, y declaró que quería ir a vivir allí durante algunas semanas.[29]

Solo su viña alegraba con sus cuadros verdes y amarillos, y algunas hileras de grandes higueras bajas, la dulce y triste soledad del lugar, los montes lejanos alzaban una muralla azul en torno al horizonte. Un colono del Continente, un antiguo deportado que se había quedado en su lugar de exilio, cultivaba, desde la época en que todavía vivía el padre de Cósima, la viña que él mismo había plantado y el amplio huerto que aprovechaba el agua de un arroyuelo recogida en una amplia cuenca, como un estanque, rodeada de juncos, cañas y sauces silvestres. El lugar era hermoso, una especie de oasis en la desolación de la llanura sin cultivar, pedregosa y asaeteada en verano por un sol implacable. Y ahora la casita de piedra lo convertía en más pintoresco y acogedor; eran apenas dos habitaciones adosadas a otra más pequeña que, hasta entonces, había sido la vivienda del solitario colono que nunca se movía de su puesto, ya que Andrea le suministraba, de vez en cuando, pan y otros víveres y, de vuelta, llevaba a casa los productos del huerto. Casi siempre eran patatas, legumbres, berzas, calabazas, lechugas y, a veces, también melones y sandías. Y en su época, uvas, casi todas para vino, el vino ligero pero sabroso que había ayudado a Cósima a comprar sellos y a mandar sus manuscritos.

Se envió, pues, un carro de muebles, como se acostumbraba a hacer cuando se iba al Monte y Cósima se ofreció a acompañar a su madre, mientras las hermanas, que no querían ni siquiera oír hablar de un sitio perdido como era aquel, se quedaban en casa bajo la vigilancia de la fiel criada.

El criado que llevaba el carro se quedaría en la viña y también Andrea pasaría allí la noche para mayor seguridad de las mujeres. Pero el lugar era tranquilo, no se había oído nunca hablar de sucesos desagradables; la llanura abierta y desnuda no permitía ni tan siquiera el paso de malhechores, de manera que el colono no tenía ni armas ni perro. De todas formas, una patrulla de carabineros a caballo, que se ocupaba de la seguridad de los caminos, recorría todos los días el camino vecinal que atravesaba aquella especie de llanura salvaje.

Cósima y su madre siguieron a pie, a lo largo del camino, después de haber dejado atrás las últimas casas del pueblo. El día era límpido, tibio, un chaparrón había refrescado los campos y las mismas zarzas y los matorrales resecos de la llanura, en los alrededores de la viña, habían adquirido de nuevo su verdor, la retama seguía floreciendo, donde el terreno estaba húmedo, algún saúco enano abría aún sus sombrillas de filigranas plateadas. Y el pino, sobre la casita que seguía oliendo a cal, vibraba con el canto de los pájaros. Los había de todas las especies, sobre todo gorriones, ya que era el único refugio del lugar, y su ruidoso concierto producía también un clamor de batalla; todos se ponían de acuerdo, sin embargo, para picotear los higos de la viña y los granos de uva, a pesar de los espantapájaros que, aquí y allá, había esparcido el ingenioso colono. Además, también él tenía aspecto de espantapájaros, alto, flaco, desmadejado, con enormes pies nudosos, descalzos, los deteriorados pantalones de fustán remangados por encima de los tobillos enrojecidos igual que las mangas sobre los brazos que, cuando apretaba los puños, parecían mazas. Más que de campesino,[30] todo su aspecto era el de un viejo marinero, de un «lobo de mar», por el rostro quemado, terroso, el pelo hirsuto del color de la sal alborotado al viento, pero, especialmente por los ojillos pequeños y apretados de los que tan solo se veía la verdosa pupila.

Cuando llegaron las amas, estaba ayudando al criado a descargar las cosas del carro y no contestaba a las preguntas y a las bromas del otro; parecía sordo, mejor dicho también mudo, porque saludó solamente con un gesto de cabeza y no abrió la enorme boca hundida, casi invisible.

En cambio, el criado hablaba mucho. Era un mozuelo moreno todo ojos y dientes que, de vez en cuando, se ajustaba el cinturón y se reía por nada. Su presencia resultaba alegre y a la señorita le gustaba, porque, por lo menos, lo encontraba de su misma raza, un sencillo labriego hijo de la misma tierra, mientras que el colono —ya incluso por el mismo nombre con el que lo había consagrado el viejo amo— parecía un extranjero, un trabajador de tierras lejanas, de origen desconocido, casi misterioro. En realidad nadie había sabido jamás cuál era su procedencia, también porque nadie, una vez finalizada la vigilancia de la policía, después de que el señor Antonino lo hubiera tomado a su servicio y

lo hubiera confinado allí en la solitaria viña, se había preocupado por él, ni siquiera Andrea que le llevaba el pan como el cuervo a Elías. El hombre, además, se llamaba Elías.

Después de haber colocado en las dos habitaciones los camastros, dos mesitas, algunas sillas, un perchero y varios utensilios de cocina, los dos hombres se fueron a trabajar. Quitaban los pámpanos superfluos de las vides para que la uva acabara de madurar; el criado joven se puso a cantar y su voz sonora pero monocorde, se perdía como en la inmensidad de una iglesia desierta.

Entonces, Cósima, igual que lo había hecho en el Monte, empezó a arreglar y a embellecer la que, para hacer sonreír a la madre, llamaba la mansión. La madre no sonreía; como siempre estaba taciturna y encerrada en su secreta preocupación, pero los ojos se le habían iluminado un poco y el quehacer de preparar algo de comida en la chimenea de la primera habitación, destinada a cocina, comedor y sala de recibir, la distrajo. Para las cosas corrientes habían podido utilizar el cuartito del colono, donde existía una chimenea grande y antigua que tiraba muy bien, pero el ama estaba dispuesta a respetar sus antiguos privilegios, ya que este se había construido el refugio con sus propias manos cuando había empezado a trabajar en la viña y allí tenía sus enseres y su camastro.

Por otra parte, Cósima percibía allí como un olor salvaje y ni siquiera le hubiera gustado mirar dentro, si no hubiera sido porque el viejo había atraído su curiosa atención, un tanto interesada, de observadora de tipos poco corrientes, con la nebulosa de su pasado y la forma de su silueta. Tal vez sondeándolo y consiguiendo que se volviera dócil y confianzudo, hubiera podido contarle algo interesante, teñido de un color distinto del color local, algo para trasladar al papel y transformarlo en materia artística.

En cuanto la habitación quedó ordenada, se fue a la viña en la que trabajaban los dos hombres y escuchó la conversación del criado del pueblo, ya que el otro conservaba el más absoluto e impasible mutismo.

—Esperemos —decía el mozo— que su tristeza se cambie en buen humor dentro de una semana cuando vengan las mozas para vendimiar. Vendrán dos primas mías, tendrá que contentarse con mirarlas desde lejos, sin tocarlas

siquiera con una caña; las demás, las que el ama elija a su gusto, se las dejo libremente, viejo jabalí.

El viejo jabalí parecía no oírlo, solo cuando aludió a una mujer, a una viuda ya vieja de la que se decía que en otra época había tenido relaciones con el desterrado, sus ojos se dilataron y sacudió el manojo de pámpanos que llevaba en la mano, pero no abrió la boca, ni se volvió a mirar a Cósima que se había colocado entre dos hileras de viñas y lo observaba silenciosa. No fueron más fructíferos el resto de los intentos hechos durante aquella primera jornada, si bien a los dos hombres les fue servida una comida insólita para ellos, preparada por el ama que trató incluso de trabar conversación con el viejo taciturno. Respondía *sí* y *no* a sus preguntas referentes al huerto y a la viña, pero, al verla, se levantaba y se inclinaba con muestras de un respeto casi exagerado y nada más.

—Es un idiota —dijo el criado cuando el otro no podía oírlo—. Pero también es malicioso y tiene mucha experiencia.

Y habló de la viuda que en otras épocas iba a verlo a la viña y aludió a su lejano pasado. Se decía que había tratado de robar a un pariente suyo, riquísimo, en cuyas tierras trabajaba y aunque el pariente había retirado la querella, Elías había sido condenado a cinco años de confinamiento. Luego, la historia cambiaba, el pariente se convertía en un banquero e incluso, en una banca desvalijada por un grupo de ladrones, después de haber narcotizado al vigilante y entre los bandidos se hallaba Elías. El ama dijo:

—Si hubiera sido así, mi pobre marido no lo hubiera admitido a su servicio.

—¡Oh!, el señor Antonio era bueno: era un santo de los que ya no quedan —dijo el criado.

Por la tarde llegó Andrea a caballo. Entre otras cosas llevaba un periódico y una carta para Cósima. ¡Una carta! La cogió temblando como siempre, cada vez que cogía un pájaro al vuelo, le parecía el pájaro fabuloso de la fortuna y de la felicidad. Pero esta era una sencilla carta invitándola a que mandara sus libros a un pequeño periódico que prometía hablar de ellos a sus lectores. Y dejó que volara, igual que se suelta al pajarillo que no sirve para nada.

De todas formas el día terminó bien, el ocaso encendía el viñedo, el estanque

y los sauces resplandecían, la llanura en toda su extensión tenía la calma y la melancólica poesía de la estepa, tal y como Cósima la había vislumbrado en algún cuento ruso, pero el punto central del paisaje, el más bonito, era el pino solitario dentro del cual vibraban las llamas del sol que parecía anidar allí como un enorme pájaro de púrpura. Cósima se dirigió hacia el sendero del páramo, por el que podía andar hasta donde quisiera, puesto que no había peligro de que se perdiera y con una sola mirada podían vigilarla desde la viña. Las hierbas semejaban de color rosado, las semillas, las flores, las bayas resplandecían como un ojo dorado que respondía a su mirada y los montes lejanos, color aguamarina, se evaporaban en el cielo anaranjado, verde y rojo que, poco a poco, cambiaba de color y de tonalidades. Una mariquita saltó desde un zarzal hasta el traje de Cósima igual que sobre una mata más alta, siguió subiendo tranquila hasta su brazo, hasta su mano. Era un ser maravilloso y casi terrible, sobre el lomo pequeño y plano, de un rojo oscuro de laca, había, dibujado en negro, un rostro humano perfecto con los ojos, la nariz y la boca, todo un poco oblicuo como en las máscaras japonesas: a Cósima le pareció que aquellos ojos la estaban mirando con la misma misteriosa admiración con la que ella los miraba. Al llegar a la extremidad del dedo corazón, sobre la uña sonrosada por el ocaso, la mariquita abrió las dos alitas irisadas y se fue volando. Cósima hubiera querido imitarla, pero sus pies estaban atados a la tierra, y hubiera tenido que andar hasta el confín del mundo para, así, poder alzar el vuelo. Cuando se puso el sol, un estupor casi infantil pareció hechizarlo todo: el cielo se volvió transparente como el agua y la estrella que apareció en el horizonte tembló, como rielando en el mar.

Pero Cósima nunca había experimentado un hechizo semejante al que la envolvía en medio de la tierra sin cultivar, solo contemplada por Dios, ni siquiera en la linde de los bosques y de las peñas del monte, ante los suntuosos ocasos vistos desde lo alto. En lugar de sentirse pequeña, puesto que era impotente para volar, creía ser tan alta como para tocar con la frente la estrella del anochecer; e, incluso, en aquel momento se olvidaba de todas sus ambiciones, de sus vanos sueños, de su esperanza en acontecimientos extraordinarios. La vida era hermosa así, también entre los humildes tallos nacidos de sí mismos, entre las cosas creadas por Dios para alegría del corazón

que está junto a Él como el del niño junto al de la madre y tuvo allí la primera revelación y se sintió un escalón más arriba en la escala de Jacob que debiera ser su vida. Así, sin nada más, solo porque veía brillar la estrella del anochecer sobre los montes, ni más ni menos maravillosa que la mariquita y las hierbas silvestres que exhalaban su perfume a su paso. Decidió no esperar nada que viniera de fuera, del agitado mundo de los hombres, sino todo de sí misma, del misterio de su vida interior.

De esta forma, dejó de esperar noticias del explorador: de hecho, él tampoco volvió a escribir.

Sin embargo, le ocurrió un acontecimiento que tenía algo de inverosímil, un hecho que superó a todas las vicisitudes acaecidas hasta aquella época que, aunque no lo fueran, a ella le habían parecido extraordinarias. Habían transcurrido tres días desde la llegada a la viña, los tres igualmente claros y serenos. Había vuelto a escribir sobre la mesita de la alcoba, delante de la ventanita en cuyo vano, sin meterse dentro, zumbaban las avispas. Inútil hasta aquel momento la entrevista con Elías, parecía un hombre mecánico, se encorvaba, se enderezaba, trabajando sin mover un solo músculo de la cara. Y punto en boca, como decía el criado, que charlaba por los dos, no diciendo más que frases, proverbios, cancioncillas y tonterías que a Cósima no le interesaban.

Solo las manos de Elías, observándolas cuando él no se daba cuenta, tenían una rara sensibilidad, manos oscuras y nudosas, con las falanges cubiertas de vello, pero pequeñas para un hombre tan alto y trabajador, a veces ganchudas como garras, a veces abiertas y blandas, como desarticuladas. Con aquellas manos era todavía capaz de realizar cualquier trabajo que se le pidiera o fuera necesario. De hecho, él mismo se cosía la ropa, lavaba, se hacía los zapatos, las gafas, los útiles de trabajo, preparaba la conserva de tomates y secaba los higos, con cierto barro descubierto por él entre los juncos fabricaba vasijas y pucheros y trabajaba también como hojalatero y carpintero. Su cuarto parecía un museo arqueológico, hasta con una colección de piedras recogidas en el páramo, que parecían tortugas, conchas y huesos fosilizados. Y estaba callado, contestando solo sí o no a las preguntas del ama que, por su parte, también pronunciaba las palabras con sospechosa desconfianza, como si se tratara de joyas sacadas de un

joyero.

Ahora bien, cuál no sería la sorpresa de Cósima, cuando por la tarde del tercer día, al volver del acostumbrado paseo, oyó que los dos taciturnos hablaban entre sí. Estaban en la primera de las habitaciones y la madre cocinaba algo en la chimenea. La puerta estaba abierta y no se dieron cuenta de la presencia de Cósima que, parada fuera, escuchaba. Por lo demás, era una simple conversación, pero el tono amistoso de la voz de ambos, un poco lastimero en la del ama, confortante en la del criado, sorprendió a la muchacha. La madre jamás le había hablado de aquel modo y, por otro lado, era justo de ella de quien se quejaba. Decía:

—Andrea se retrasa esta tarde, espero que no haya ocurrido nada allá abajo, siempre tengo miedo. También me da miedo esa aturdida que se va a dar vueltas por ahí como una cabra.

—No tema —respondió el hombre con una voz entre ronca y suave, pero también cantarina que la joven ama no conocía—, está Hipólito que ha ido a recoger tallos secos para la lumbre y la vigila. Además, nunca se ha oído nada por estos lugares. ¿A quién quiere que vea la señorita? Y, además, es tan juiciosa, no hay peligro de que tenga una cita con su amado.

—Nunca se sabe —insistía la madre y Cósima pensó en conciencia que, realmente, sobre ese punto se podían tener algunas dudas—. Las muchachas son todas unas aturdidas, ¡esa tiene además cada idea en la cabeza! Todo eso que escribe, esos libros perversos, las cartas que recibe. ¿Y no ha venido incluso a verla un hombretón pelirrojo como un zorro? ¿No ha venido desde lejos y luego ha escrito sobre ella en los periódicos? La gente murmura. Cósima no encontrará jamás con quien casarse cristianamente y también las hermanas se resentirán, porque en las familias todo se reduce a casar bien a la primogénita. Verdad es que —añadió con voz aún más lastimera— ahí están los hermanos que no son un gran apoyo. ¡Oh, bien lo sabes tú, Elías!

Él lo sabía y, sin embargo, sentía una fe ciega, un cariño apasionado por el señorito Andrea y también su voz tembló casi llorosa cuando habló de él.

—No, ama, no se queje demasiado del señorito Andrea. Es bueno, y me atrevo a decir que casi tanto como el señor Antonio, lo que pasa es que es

demasiado generoso y demasiado amigo de malas compañías. Pero, por lo demás, se ocupa de sus asuntos y quiere a sus hermanas de una forma muy especial.

—¿Que se ocupa de los negocios? Sí, pero para quedarse con casi todo el beneficio y juega y alterna con mujeres de mala reputación. ¿A eso le llamas bondad? ¿Lo llamas amor a la familia? Andrea apenas nos deja lo justo para pagar a los criados y los impuestos. Y los impuestos son tantos, son cada vez más y nos corroen como un cáncer incurable, no duermo pensando en los impuestos; un día u otro vendrá el recaudador a casa para embargarnos, lo veo en sueños, y le temo como al demonio. ¡Oh, oh, Elías! ¡Y todo esto porque mis hijos han abandonado los caminos del Señor, oh, oh!

—Exagera usted, mi ama, hay hijos peores; todas las familias tienen su cruz. El señorito Andrea, después de todo, se ocupa de las cosas y las hace rentables. Es, si se puede decir, como un administrador que se lleva la mayor parte. Pero, ya sentará la cabeza.

—No, Elías, ya no lo espero. Además ¿qué podemos hacer? Somos pobres mujeres solas con ese castigo de Santus y es necesario que nos apoyemos en Andrea. A veces pienso en repartir el patrimonio, a cada hijo lo suyo: pero sería peor, porque el desdichado de Santus caería en pocos meses en la miseria, y también tu señorito Andrea se jugaría su parte. No hay salida, hay que sufrir. Quiero mucho a mis hijos, demasiado bien los quiero; cuanto más desgraciados son, más los quiero y los compadezco. ¡Pero esa Cósima! Es la que más me preocupa.

—Por el contrario, será la que más satisfacciones le dé, ya lo verá.

Pero la madre, mientras daba vuelta en la sartén a las patatas que se doraban lentamente difundiendo un agradable olor, continuaba suspirando.

—No es eso, Elías, no tengo necesidad de satisfacciones: mi camino ya está acabado y nada existe para mí que no sea la felicidad de mis hijos. Pero ellos no siguen el camino justo, el que hemos recorrido su padre, que bendito sea, y yo. Quizá la culpa sea mía, soy una mujer sin fuerza y sin voluntad, pero ellos debieran comprenderlo. Y si hablo así contigo esta tarde, Elías, es porque sé que solo tú puedes compadecerme.

—¡Oh, mi ama! —exclamó y una emoción sincera, llena de sorpresa y gratitud le vibraba en la voz, probablemente hacía mucho tiempo que nadie le había hablado así. Y comprendió, quizá, lo que el ama quería decirle, porque también él había pecado y sufrido, pero había vuelto al buen camino, pues añadió: Los caminos del Señor son muchos, mi ama, y Él ayuda siempre a los buenos cristianos.

—¿Tú crees, pues, en Dios? Mira, a veces, yo ya ni creo.

—No sé, tampoco yo voy a misa desde hace veinte años. No sé, no sé, pero sé que siendo buenos y pacientes siempre se sale ganando. Por tanto valor, mi ama.

Callaron un momento, se oía el freír quedo de la sartén sobre las llamas, un olor a gente humilde pero resignada salía de aquella habitación solitaria. El pino vibraba aún con crujidos, vagos lamentos y el piar de los pájaros y desde la lejanía del camino vecinal llegaba el rumor del paso de un caballo: el de Andrea. Cósima tenía ganas de apoyarse en la pared y llorar, en aquel momento hubiera renunciado a todos sus sueños con tal de consolar a su madre: pensó que, por lo menos, tenía que darle el consuelo de la esperanza de una buena boda con algún buen muchacho del lugar y pasó revista a todos los propietarios, a los profesionales, a los funcionarios que conocía. Pero todos estaban imbuidos del prejuicio de que no podría convertirse en una buena esposa por su pasión hacia los libros y tampoco quería ya humillarse ante nadie. Y fue en aquel momento cuando tuvo la idea de ponerse en movimiento, de salir del estrecho ambiente de la pequeña ciudad e irse en busca de fortuna. Para consolar a su madre.

Mientras tanto, continuaba escribiendo delante de la ventana que zumbaba de avispas. Pero estaba un poco desorientada por las palabras de la madre y porque no encontraba un argumento vivo para sus nuevos relatos. La vida no tenía alicientes, era incolora, aunque dentro de sí misma sentía agitarse un drama de incertidumbre, de escrúpulos, de melancolía. Se consideraba ya vieja, llena de experiencia y con la flor de la esperanza marchita entre los dedos. Pensaba que quizá fuera efecto de la soledad, de la pobreza del lugar y de su propia vida, había perdido la esperanza de volver a encontrar una ocasión para contemplar la vida de los demás, rica en dolores, en miserias, en exaltaciones y en humanidad, a la vez humilde y elevada, como el recinto negro de la almazara. No contaba ya

con Elías, ni tampoco con el ajetreo de la próxima vendimia, de la que ya conocía los colores idílicos que había vertido en alguno de sus relatos.

Sucedió, sin embargo, un pequeño accidente mientras las mujeres —llegadas a propósito para la faena— empujadas y pellizcadas por Hipólito, cogían la uva depositándola en capachos de doble asa, que después transportaban de dos en dos, meciéndolos como cunas y luego volcaban los racimos en un carro ya dispuesto, forrado de esteras que, apenas lleno, se llevaba a la ciudad para hacer el vino. Una de esas mujeres había llevado a un niño pequeño que, durante un rato, se había entretenido entre las hileras del viñedo y luego había desaparecido y, de repente, se le había oído llorar y gritar. Todos se lanzaron en su busca, con gritos de llamada y de terror. Elías fue el único que no abrió la boca, pero se fue directo al estanque y se arrojó allí vestido, sacando al niñito, al que sacudió y escurrió como a un trapo mojado.

Fue solo un pequeño susto, pero por la noche el viejo sintió algunos escalofríos febriles, y se volvió más intransigente que de costumbre. Sin embargo, al alba, ya estaba en el trabajo de la viña. Una vez terminada la vendimia, las mujeres se marcharon de allí y el ama declaró también que quería volver a casa para estar presente mientras pisaban la uva, pero Elías se había tumbado, de repente, sobre su camastro y parecía un cadáver. No se le podía abandonar así, mejor dicho se pensó en llamar a un médico y si el criado se agravaba, llevarlo al pueblo. Los cuidados parecieron reanimarlo. Cósima le llevó una taza de café, le arregló el camastro, puso en orden la habitación. De vez en cuando lo miraba con ojos piadosos, sin demostrar repugnancia por aquel largo cuerpo cubierto por guiñapos malolientes como los de un mendigo, con los grandes pies descalzos, terrosos y todos cortados con cicatrices de matorrales y espinos, como si hubiera atravesado llanuras interminables para llegar a aquel refugio acogedor. Estaba con los ojos cerrados, pero, de repente, los abrió, un poco febriles y lúcidos, y la miró como un perro enfermo. Solo una mirada, pero Cósima vio un misterioso fulgor en el fondo de sus pupilas, que no eran las del duro y frío Elías, sino las de un hombre desesperado que tenía miedo a morir solo, abandonado, como un perro viejo. Ella se le acercó y le dijo:

—¿Cómo se encuentra? Haremos que venga el médico o lo llevaremos a casa.

Dio a entender que no, que de ninguna manera, porque aunque solo y

enfermo, no quería al médico y no deseaba moverse de su guarida, pero la mirada se le había iluminado, llena de dulzura, casi con una sonrisa infantil.

—Váyase, váyase —dijo—. Márchense señorita, usted y el ama, hay que pisar la uva y meterla en la cuba.

—¡No la pisamos nosotras con nuestros pies! —dijo Cósima, tratando de bromear —. Además, allí está Andrea que se ocupa de ello, no lo piense más. Y luego, el tiempo va a cambiar, amenaza lluvia. No queremos dejarle así, tío Elías.

Le llamaba de esa forma, como es costumbre con los criados viejos, pero era la primera vez que él se sentía igual que los demás, como si hubiera nacido en la misma tierra y todo su pasado se hundiera casi en una vida anterior. Aun así, no habló ni demostró su gratitud, más bien hizo que la joven se enfadara, contestando siempre con un gesto negativo de la cabeza a todas sus solícitas preguntas.

No, él no quería un médico, ni deseaba moverse, ni mucho menos que nadie se molestara por él. Viejo testarudo. Parecía como si quisiera morirse solo, como solo había vivido. Pero las amas se quedaron hasta que llegó Andrea que trajo la quinina, se discutió, sin embargo, si se le debía de suministrar o no al enfermo, pero la discusión fue vana, porque él declaró que no tomaría ninguna medicina.

Durante la noche se desencadenó una fuerte tempestad, el granizo ametrallaba la casita y el pino aullaba como un monstruo. Detrás de los postigos desencajados, los cristales de la ventana parecían romperse y esparcirse en fragmentos de oro y amatista, con un ruido espantoso. Relámpagos y truenos. No hay que ocultar que Cósima tenía miedo y la madre temblaba como una rama sacudida por el viento. Historias temibles de bandidos y malhechores, que en semejantes noches se presentan como demonios en medio de la tempestad y asaltan las moradas solitarias, daban vueltas en la mente de las mujeres y el hecho de que el criado y Andrea se hubieran quedado en el lugar no las tranquilizaba. El viento gritaba y lloraba en la llanura como en un mar y solamente el pino parecía poder combatir contra el huracán como un héroe enfurecido frente a todo un ejército. En su camastro, Elías, con fiebre alta, recordaba de qué manera lo había acogido, benévolamente, el señor Antonio

cuando se presentó buscando trabajo, mientras que ningún otro de los desconfiados propietarios del lugar había aceptado su oferta y el amo le había confiado la viña nueva, el huerto y la tierra circundante. El viejo amaba ahora esta tierra con una pasión tenaz, se había convertido en su nueva patria, en su familia, y solo el pensar que los amos jóvenes pudieran echarlo como a un viejo animal que ya no puede trabajar, le colmaba de tristeza, no por la probable y próxima pobreza, sino por el amor a la tierra que, ya ahora, formaba parte de su carne y de su sangre.

Veía, sin embargo, que el ama, la señorita y el mismo Andrea se mostraban benévolos, hasta el punto de permanecer junto a él en aquella noche tempestuosa cuando hubieran podido estar tranquilos en su casa.

No lo echarían, no, se daba cuenta, lo había oído en la voz de Cósima y le parecía que esa voz era la única medicina que podía curarlo. Y la seguridad de que un día iba a poder demostrarle su gratitud, le aliviaba la enfermedad.

Al alba el tiempo se calmó, de repente, tras un formidable trueno que parecía una orden militar: la batalla debía cesar. Solo el pino continuó con su leve murmullo, casi pensativo. Cósima lo escuchaba en el suave sueño de la mañana y le parecía que murmuraba: «¿Por qué todo esto? Se lucha, se sufre, se atormenta uno para nada, la fuerza del viento es vana, todo es vano y vacío y, no obstante, hay que combatir porque así lo quiere Dios».

Luego, hasta el árbol guardó silencio, pero cuando Cósima abrió la ventanuca vio un espectáculo inolvidable: cientos de pájaros revoloteaban sobre las ramas soleadas y parecían de oro y plata y cada golpe de sus alas hacía que cayeran gotas semejantes a relucientes chispas y en cada aguja de las hojas se ensartaba una perla con los colores del arco iris. Parecía un árbol mágico, hecho de pájaros, de rubíes, de esmeraldas y diamantes.

Y es verdad que aquel fue un día de milagros. Todo parecía transformado: en el huerto, en la viña, aunque desnuda, en el páramo quemado, todo relucía y sonreía. Dios había pasado con su cortejo de truenos y rayos, pero al encontrar hombres de buena voluntad se aplacaba y se volvía paternal.

Andrea se fue por la mañana temprano, prometiendo regresar por la tarde y pasar la noche en la cabaña, para velar al enfermo, mientras que la madre y

Cósima volverían con el criado a la ciudad. Cósima le llevó el café a Elías, que se sentó sobre el camastro y cogió la taza con manos temblorosas.

—¿Qué, tiene frío? —preguntó la señorita—. Eso es buena señal, quiere decir que la fiebre está bajando; déjeme tocarle.

Y le tocó la enorme oreja derecha, oscura y dura como la entrada de una gruta. Al contacto con la pequeña mano, se estremeció por las cosquillas y sus ojos mostraron, de nuevo, un fulgor igual que el de un perro acariciado.

—Está fresco como una rosa, tío Elías, vivirá todavía cien años, después de que nuestro recuerdo se haya desvanecido.

Sorbió el café, vertió en la tacita el que se le había caído en el platito, y raspó el residuo del azúcar, como hacen los niños, pero también se quedó después con el rostro inclinado, mirando al fondo de la jícara como si estuviera viendo alguna imagen.

—¿Dónde está el ama? —preguntó en voz baja. Y Cósima tuvo la impresión de que quería decirle algo, pero sin correr el riesgo de que lo escucharan.

El ama estaba atareada en las habitaciones contiguas; dijo él:

—Se habrá asustado esta noche, ¡pobre ama! Por mi culpa, y usted también.

—Nada de eso, tío Elías, al contrario, ¡ha sido un placer!, jamás había oído una algarabía semejante y en pleno campo. ¡Oh, no soy miedosa!, si en casa oigo un ruido por la noche, me levanto y bajo incluso al sótano para explorar si los ladrones están allí. Pero ahora túmbese otra vez y estese quieto, le voy a tapar porque hoy hace fresco.

Se volvió a tumbar, pero parecía menos quieto y duro que el día anterior, tal vez porque se encontraba mejor. Hubiera querido levantarse y volver al trabajo, pero Hipólito, que lo quería a su manera, lo amenazó con atarlo si se movía.

Y la joven ama le sirvió un caldo con un huevo batido dentro y también su vasito de vino. Sin embargo, dejó el vaso intacto, con una avispa que le zumbaba encantada alrededor.

El sol calentaba, por la ventana se veía el horizonte, con los montes lejanos de un azul líquido como de aguamarina. Una calma profunda reinaba por todas partes y del páramo llegaba un olor tibio de hierbas como en los mediodías primaverales. El criado trabajaba en el huerto y el ama había ido al estanque a

lavar la ropa. Cósima pensó en unirse a ella y pedirle que dejara aquello y se llevara la ropa sucia al pueblo; al pasar por delante de la ventanuca de Elías miró hacia dentro, y vio que el viejo, sentado en el camastro, le indicaba que entrara. Entró y se dio cuenta de que se había bebido el vino y de que tenía el rostro levemente coloreado y los ojos abiertos de una extraña manera.

—¿Dónde está el ama? —volvió a preguntar.

Al saber que estaba lavando la ropa pareció enfadarse.

—Ha venido a recoger mi camisa y ahora la está lavando, eso no está bien.

—Pues claro que está bien, tío Elías, mamá se entretiene, no puede estar ociosa ni un momento, pobre mamá.

—¡Pobre ama!, ¡con tantas preocupaciones! —dijo, inclinando la cabeza como lo había hecho por la mañana y se quedó pensativo.

—Mamá exagera —dijo Cósima, casi para tranquilizarlo— todo lo ve siempre negro. La providencia nunca falla.

—¿Cree usted en la providencia de Dios?

—Yo sí, ¡y mucho!

Entonces, algo extraño sucedió, se levantó, alto, con los grandes pies desnudos que parecían troncos y fue a cerrar el ventanuco; dijo:

—¡Estas avispas! Fuera, fuera. Oiga, quiero que vea una cosa, pero nunca deberá decir nada a nadie, ¿me lo promete? Nada, nunca y a nadie.

Ella se quedó dudando, luego, más por curiosidad que por otra cosa, le dijo:

—Se lo prometo.

Y eso fue todo.

El viejo se acercó a la chimenea, se inclinó, raspó con la badila acumulando en un rincón las cenizas y el resto de los troncos, y luego, con la misma badila, levantó el ladrillo central. Debajo de este, apareció una plancha de hierro, una especie de portillo cerrado con un candado, y sacando del pecho una llavecita que colgaba de una cadenilla negra, abrió el escondrijo; la plancha se levantó en dos pequeñas hojas, e introduciendo la mano en el agujero, muy adentro, pareció como si desatara un saquito o un envoltorio que estaba en el fondo, y de él sacó un puñado de monedas, las contempló en el hueco de la mano, como se observan

las semillas para cerciorarse de que son buenas y luego se las enseñó a Cósima. Su mano cóncava le recordó a la muchacha el cucharón con el que el diablo saca de la olla de los tesoros malditos las monedas tentadoras de almas, dio un paso atrás, casi con miedo, y miró al viejo a la cara.

Y, en efecto, aquel rostro sombrío, con los ojos que parecían dos fisuras con un fondo de agua verde y opaca, la boca cerrada, hermética, tenía algo de diabólico. Los peores y más temibles pensamientos pasaron por la mente de Cósima, tuvo miedo, miró hacia la puertecita, estaba abierta y por ella hubiera podido escaparse si, de repente, el viejo intentaba hacerle daño. Él debió de comprender todas estas cosas, porque su rostro cambió de expresión y se entristeció. Jamás había visto Cósima un rostro tan noblemente triste, ceñudo y severo.

—Son buenas —dijo, cogiendo las monedas con los dedos de la otra mano y volviéndolas a dejar caer.

Cósima lo veía muy bien, eran monedas que parecían nuevas, algunas con el perfil melancólico y rapaz de Napoleón III, otras con el gallo de la república francesa, monedas de oro puro, de curso legal, para gastárselas, si así se quería, sin dificultad. Pero no las tocó, y, solo en pensar que Elías hubiera podido regalárselas, ya fuera por generosidad o por afecto, la aterrorizaba, puesto que recordaba los rumores misteriosos que corrían sobre él y estaba segura de que el tesoro procedía de un robo, a menos que no lo fuera de un delito.

Pero él cerró de nuevo la mano, volvió a inclinarse sobre el hueco de la chimenea, puso cada cosa en su sitio, abrió otra vez el ventanuco, fue a sentarse sobre su camastro e inclinó la cabeza pensativo. La avispa que había espantado se fue a revolotear y zumbar sobre el fondo aguamarina de los montes lejanos. Todo se había desarrollado en pocos minutos, como en un paisaje de nubes y cuando Cósima se acercaba a la puertecilla, para marcharse, convencida en su corazón de que lo sabía todo y no quería mezclarse en su peligroso caso, el viejo la llamó:

—Señorita, quiero decirle simplemente esto: cuando haya muerto, o antes, si lo necesita, todo esto es suyo.

Hubiera querido protestar, decirle que no deseaba ni una sola moneda, gritarle

que mejor hubiera sido devolvérselas a su legítimo dueño, pero vio a la madre que subía del huerto, con la camisa de Elías retorcida entre las manos, todavía mojadas, y saltó fuera, con la impresión de que despertaba de un sueño. La madre tendió la camisa en una cuerdecita atada entre dos palos, que servía al viejo para secar sus andrajos, entró otra vez en la cabaña y empezó a preparar las cosas para la marcha.

Cósima se fue hacia el pino y apoyó la cabeza en las escamas rojizas del tronco, como para escuchar una voz escondida dentro del árbol amigo que la aconsejara y la salvara. Puesto que creía estar complicada en un drama culpable, ser cómplice de un robo y quizá, también, de un delito. ¿Qué debía hacer? ¿Acusar al viejo? Por otra parte, hacía más de treinta años que estaba en el pueblo, y si hubiera cometido un delito este ya habría prescrito. Y no debía de tratarse de un delito de sangre, pues la condena solo había sido el confinamiento. ¿Y no podía haber hallado el tesoro sin delito alguno? Justamente, por aquellos días, los periódicos hablaban de un tesoro de más de un millón en monedas de oro, encontrado en casa de un anticuario, y de otro, descubierto en la librería de un médico extravagante y solitario que había atraído a gente de todo el mundo con una medicina suya que curaba el reuma. Durante la infancia, y todavía después, a través de los criados, campesinos y pastores, Cósima había asimilado continuamente relatos de tesoros hallados en las ruinas de viejos castillos, dentro de troncos de árboles y bajo tierra. Se decía que uno de ellos había sido encontrado en el viejo cementerio, al descubrir la tumba de una dama que había sido enterrada por el marido con todas sus joyas y un ánfora llena de monedas de oro.

Quizá se podía llegar a saber algo más concreto por el mismo Elías, pero solo el pensar en volver a hablar con él le inspiraba repugnancia y hasta terror. Por otra parte, había prometido no hablar con nadie de dicho secreto, y decidió, firmemente, no volverse a ocupar más de ello. Podían tomarla por una visionaria, como de hecho muchos hacían y ella misma ya no estaba tan segura de no haber visto en todo aquello una de sus novelescas fantasías. De todos modos no tuvo ocasión de encontrarse a solas durante aquel día con el viejo hechicero, que había vuelto a caer en su mutismo.

Aquella noche, en la bien abrigada cama de su habitación de la planta alta, Cósima soñó con la abuelita. La abuelita estaba viva, tal y como la había visto la última vez, con su carita de santa, muy arreglada, menuda como una enana. Como una enana. En su sueño, también Cósima recordaba la ofensa y, a la vez, recordaba nítidamente la aventura de aquel día y sus heroicos propósitos de no aprovecharse jamás del equívoco tesoro de Elías. Ya se vería si era una enana o una gigante. Con respecto a la abuelita, Cósima sentía remordimiento. La última vez que había ido a su casa no le había ofrecido café y, casi, ni siquiera se había despedido; ahora, en sueños, se afanaba por preparar la bebida predilecta de la querida ancianita, pero el agua hirviendo rebosaba de la cafetera y apagaba el fuego. «Deja niña —decía la abuelita, con las manos entrelazadas sobre el regazo, los ojos enormes, color avellana y la boca rodeada de estrellas de arrugas —, ahora ya no necesito nada.»

Y, de repente, al volverse, Cósima vio que iba vestida de novia, con un traje de paño negro y rojo con brocados, el delantal bordado en vivos colores, en las puntas delanteras del corpiño verdeaban dos hojas de palmera, igual que dos sépalos de un capullo de rosa. La cinta que rodeaba la pequeña cabeza, blanca y ligeramente almidonada, parecía de viso antiguo.

«¡Qué guapa estás, abuelita! Ahora sí pareces un hada de verdad.»

Pero ¿por qué la viejecita iba así vestida?

«Me he vuelto a encontrar con el abuelo Andrea, y ahora somos felices en el paraíso, casados para toda la eternidad.»

Cósima no había conocido al abuelo Andrea, pero sabía que también había llegado un día desde lejos, unos decían que de Génova, otros que de España y que se había puesto a trabajar la tierra e incluso después de casado, siempre estaba en el campo, trabajando la tierra, en un árido valle lleno de chaparrales y de animales salvajes. Él también lo era un poco, pero tan bueno que los pájaros se le posaban en el brazo y las serpientes acudían a su silbido, cuando por la noche descansaba delante de su cabaña y contemplaba las estrellas. También los gatos monteses le hacían compañía. La gente decía que estaba loco, pero bajo ese nombre el mundo explica el misterio de los hombres que se salen fuera de lo normal.

¡Quién sabe lo que vería el abuelo Andrea, conocedor de otras tierras y otros mares en los ojos de los gatos monteses, en las irisadas plumas de las cornejas, en la piel plateada de las serpientes que se erguían hechizadas ante su silbido! Tal vez eran los mismos reflejos fantásticos que también ella veía en los ojos de los animales, en las hojas, en las piedras. Ahora, en sueños, se explicaba muchas cosas: la misma sensación de vértigo ante el rapidísimo abrirse de par en par y cerrarse de un mundo anterior, subconsciente, que le despertaba, en vida, la presencia de la abuelita, le parecía ahora más clara: era la aparición del espíritu soñador del abuelo, del que la viejecita, seguía enamorada y conservaba la imagen en su pupila, que era también la suya, la de la soñadora Cósima.

Pero nadie le había contado jamás, con claridad, de dónde había venido; parecía como si, ni siquiera la madre lo supiera con precisión. Y en sueños confundía el pasado del abuelo con el del viejo Elías, experimentando una pavorosa angustia, pero sabía muy bien que el abuelo había muerto más pobre que las ratas, dejando en su cabaña a una familia de liebres domesticadas, y eso la consolaba. Pero todavía quiso pedirle a la abuelita más noticias suyas.

«Todo mentiras —dijo la viejecita, sin inmutarse—, no había venido ni de Génova ni de España, de allí, quizá hubieran llegado sus antepasados, pero no él. Venía de un puerto de mar, sí, donde la gente es buena, y su padre era pescador. Sin embargo, a Andrea no le gustaba el mar, porque con mucha frecuencia se vuelve un monstruo y devora a los hombres vivos y también sentía compasión por los peces que también se venden y se devoran casi vivos. Verdad es que parecía un poco simple, pero era bueno, cristiano y afectuoso. Llegó, pues, aquí en busca de trabajo, porque amaba la tierra que no traiciona y da a los hombres hierbas y frutos inocentes. Sentía compasión incluso por las flores, los pájaros y todos los animalitos del valle, hasta por las serpientes, hasta por los escorpiones que se hacían sus amigos. Esta es su verdadera historia.»

Y esta historia, a pesar de ser tan sencilla y haberle sido contada en sueños, a Cósima le causó una profunda impresión, casi como la que le había producido el paso de la mariquita sobre su persona: mayor que todas las historias de tesoros, delitos, pasiones y guerras entre pueblos.

A menudo se preguntaba si era religiosa o supersticiosa o visionaria y de

ánimo débil, pero en el fondo sentía que su rectitud era algo superior a todas las fuerzas superpuestas por la educación y la crueldad de la vida. Se nace con ese don de Dios, igual que los pájaros nacen con el poder de volar y se alegraba de ello, aunque no leyera los Evangelios ni las alabanzas al Señor.

Aquel invierno, invierno muy riguroso, la suerte pareció sonreír un poco a la familia, tan serena en apariencia, y tan atormentada en realidad. Beppa tenía entonces dieciocho años. Era también muy inteligente, sin prejuicios, alegre y de lengua larga. Encontraba el lado ridículo de todos, empezando por Cósima, y sus juicios sobre el prójimo eran despiadados. La madre le echaba en cara el que le hubieran cortado el frenillo pero era hermosa, de tez blanca, pelo castaño dorado y ojos azules. Daba la impresión de un ramo de flores: rosas y lirios, lises y narcisos. Y tenía más pretendientes que Cósima, todos, sin embargo, desde lejos, por la triste razón de los hermanos que no inspiraban confianza ni honorabilidad.

No obstante, aquel invierno apareció un pretendiente más serio que los demás. Era nada menos que el director de la Escuela Normal, pez gordo para la pequeña ciudad, un hombre guapo, alto, sonrosado, un poco calvo, pero todavía fuerte, con una labia que encantaba incluso a los más impertérritos charlatanes del lugar. Además, organizaba fiestas, bailes, representaciones, conciertos y conferencias para divertir e instruir a sus jóvenes discípulos, que lo adoraban. En una de estas reuniones vio a Beppa, que había ido con la madre de uno de los estudiantes, por pura casualidad, y se quedó impresionado. Era un tipo distinto al de las demás chicas del lugar: casi parecía de su misma raza, y tal vez fuera esa especie de afinidad lo que le atrajo. De repente, con una facilidad que rozaba la ligereza, extraña en un personaje que representa al educador, al guía de los futuros maestros, se declaró a Beppa y le preguntó si quería casarse con él. Ella se quedó aturdida, el hombre no le gustaba, le producía casi repugnancia, tan macizo y fofo como era, con la cara, el pecho y el vientre, un poco prominente, de los que emanaba un calor animal. Pero, por otra parte, la ocasión era excelente; era el gran sueño de poder abandonar un día la pequeña ciudad trasladándose a otra mayor y la vanidad de vengarse de los malévolos vecinos y, sobre todo, el que pudiera significar un consuelo para la madre, siempre melancólica y preocupada. Por su lado, la joven se tomaba también el asunto un poco a la ligera, y sin consultar demasiado con la familia aceptó la propuesta.

El hombre fue de visita, llevó libros, mandó regalos. Lo recibían las chicas y se reían cuando les contaba historietas no muy apropiadas para ellas. Andrea hubiera deseado una petición oficial hecha según los cánones y, ¿por qué no?, a través de un mediador, como era la costumbre del lugar, pero no se atrevía a oponerse a lo proyectado y, en el fondo, esperaba que todo saliera bien. Únicamente amenazaba con pegar a sus hermanas si se atrevían a dejar solos, aunque fuera un instante, a los extraños novios. Tampoco Cósima estaba contenta, pero también experimentaba cierto placer con los acres comentarios de las familias del pueblo, y con la envidia, los chismes y las maledicencias que la suerte de Beppa despertaba en toda la comarca. Las aristocráticas hermanas de Antonino, las primas, las amargadas solteronas de los distintos *clanes* del pueblo se morían de rabia.

Empezaron a decir pestes del señor director; que era un libertino, que tenía en su casa a una guapa joven morena, a la que hacía andar desnuda a gatas por el suelo y a la que azuzaba como a un animal y, al final, que se burlaba de las pobres señoritas que no tenían más defensa que la de un brutal hermano. El hombre, en cambio, parecía seriamente enamorado, le hacía regalos, agasajaba a la futura suegra y despidió a la morena criada para que cesaran las habladurías; él mismo fijó la fecha de la boda: en octubre, a la vuelta de las vacaciones. Y toda la renta del año, desde los pastos del Monte hasta el aceite de la almazara, desde las almendras al corcho, fue destinada, con voluntario sacrificio de Andrea, al ajuar de la novia. Las tres hermanas cosían y volvían a coser, tejiendo candorosos sueños como las flores de los manteles y las sábanas. Pero un día el gordo prometido que pasaba las vacaciones en su lejano pueblo alpino, escribió diciendo que lo habían trasladado, que no volvería en octubre, aunque sí más tarde para la boda. Luego sus cartas se fueron espaciando y, al final, un día se presentó en casa de la señora Francesca un abogado que había tenido alguna relación con él, por ciertos asuntos de la escuela, y le preguntó a cuánto ascendía la dote de Beppa. Fue un verdadero golpe, pero tal era la costumbre del pueblo del novio. Después de todo, la escasa dote que le correspondía por herencia paterna la disfrutaría ella con su futura familia. Contestación: a Beppa se le asignaría la sexta, pongamos, la quinta parte del patrimonio: cerca de veinticinco mil liras en tierras poco rentables. El flemático mensajero vuelve después de

ocho días de languidez y espera; el novio lo siente, dice que la vida está dificil, que no quiere hacer un mal papel ni hacer pasar privaciones a su futura mujercita. La dote debe llegar, por lo menos, a cincuenta mil liras, pero eso no es todo, sino que veinte mil tienen que ser en títulos garantizados.

A Andrea se le subió la sangre a la cabeza. Esa bestia, ese cerdo gordo y vil, no había entrado en casa de las hermanas por amor, sino por interés y ahora trataba de sacar dinero casi con un chantaje, porque sabía que una boda desecha hubiera desacreditado, todavía más, a las pobres chicas. Habló de ir a desenmascararlo, a matarlo con la lezna, como a un verdadero cerdo, pero la madre lloraba y Cósima declaró que le cedería a su hermana la parte de herencia que le correspondía. Se intentó alguna venta, pero las ofertas eran irrisorias, y además, no se podía despojar a toda la familia, tan empobrecida ya y casi necesitada.

Fue entonces cuando Cósima, viendo el desaliento de la madre, la humillación y la desilusión de Beppa que le estaban costando una enfermedad, fue tentada por el demonio. Pensó en el tesoro de Elías, en su ofrecimiento, en la posibilidad de aceptarlo, pero, después, la aterró solo el haberlo pensado. Nunca, nunca. Hubiera querido flagelarse para ahuyentar el simple recuerdo del maldito tesoro. Y, sin embargo, en el fondo, la tentación no la abandonaba; le decía: «Eres una estúpida, alguien que jamás será feliz en la vida ni hará felices a los que quiere. Y, además, ¿quién dice que el dinero del viejo no es suyo? Ve, trata de averiguar algo más, indaga, busca, busca...»

Tenía la impresión de que la azuzaban como a un perro a la caza de animales salvajes, pero no se movía, firme, más que nunca, en su propósito de mantener la promesa hecha al viejo y de no revelar a nadie su secreto. Si él era culpable, lo era también ante Dios y entre ellos tendrían que entendérselas. Para estar más lejos de la tentación aquel año renunció a ir a la vendimia, también la madre, atormentada por la preocupación de tan triste asunto, estuvo apenas tres días en la viña. El prometido ya no escribía, el abogado no se dejaba ver, pronto se guardó el ajuar en una caja, como a un muerto. Andrea se mostraba sombrío y preocupado, más que por el disgusto, por el descrédito de la familia; cuando llegaba a casa, las hermanas se escondían casi con miedo, como si fueran culpables de lo sucedido.

A primeros de noviembre, Cósima volvió a ver en sueños a la abuelita; siempre vestida de novia, con el rosario de madreperla entre sus manos de niña. Y Cósima seguía teniendo remordimiento por no haberle ofrecido café la última vez que había ido y se afanaba por preparárselo; pero la bebida rebosaba de la cafetera y apagaba el fuego. «Déjalo —dijo la abuelita—; nosotros *allá arriba* no necesitamos nada. He venido solo para saludaros y también te traigo recuerdos de Francesco.»

Francesco era el nombre del prometido de Beppa, parecía una broma cruel de la abuelita, pero después se supo que aquella misma noche, un poco antes del sueño de Cósima, el comendador[31] Francesco había muerto de pulmonía al cabo de tres días. Así, de acuerdo con la misericordia divina él también formaba parte de la familia y se allanaban las cosas de este mundo.

Y precisamente por aquellos días pareció como si Dios quisiera recompensar a Cósima de una forma más consoladora. Una gran revista extranjera pedía la traducción de la novela *Ramas caídas* y ofrecía una suma nada despreciable. Además, deseaban noticias biográficas de la escritora, puesto que la traducción iba a ir precedida por una nota crítica. Sin dudarlo, y siempre teniendo la impresión de que se trataba de un sueño, Cósima aceptó. Hasta tenía miedo de su suerte, ¿no le tocaría después expiarla con más problemas? Y la suma llega, y en correos se la pagan en monedas de oro, como las del tesoro de Elías. Las miraba casi temerosa y no se atrevía a tocarlas, hizo que se las cambiaran en billetes y depositó una parte en una cartilla de ahorros, pero cuando la madre vio el dinero, lo miró torvamente, pues le parecía el fruto de un pecado mortal.

—Bien —dijo Cósima—, entonces me lo gastaré, no quiero ahorrar nada más, quiero que mis ganancias vuelen como hojas al viento.

Y he aquí que se le presenta la ocasión: una admiradora que dirigía una pequeña revista literaria en la ciudad de K&&&, junto al mar, la invitó a su casa;[32] y allí se fue, a pesar de los temores de la madre y de las protestas de Andrea que quiso acompañarla, por lo menos, durante un trecho del viaje en tren y que, al dejarla, le pareció que la había embarcado en pleno Atlántico.

También ella se sentía perdida. ¿Adónde iba? ¿Qué quería? Tenía la impresión de que se iba a encontrar con el lobo, como Caperucita Roja, en medio

del bosque, pero, en el fondo, esperaba poder salir adelante, puesto que tenía la conciencia tranquila y la sombra del mal era semejante a las grandes sombras de las nubes ya invernales que subían de los montes oscuros y lamían los solitarios valles, a lo largo de cuyas laderas corría el trenecito que parecía de juguete. El cielo era espacioso, de un azul fuerte, y las nubes que corrían empujadas por un cálido viento de siroco hacía que pareciera más alto y más turquesa. A Cósima, asomada a la familiar plataforma del tren, le parecía un cielo extraño, poco acogedor, mientras que, bajo sus pies, la tierra conservaba todavía el aspecto maternal que tan bien conocía: las mismas pendientes cubiertas de trémula hierba, los matojos, las piedras, las encinas endurecidas por el secular dolor y por su resistencia al tiempo y a los elementos. Los negros pueblecitos, agazapados como cornejas en sus nidos roqueros, aparecían y desaparecían a la luz cambiante de la lejanía, algún pastor con sus rebaños se recortaba sobre el verde borde de un declive, y las ovejas se alejaban como la sombra de las nubes al paso del tren. Cósima tenía la impresión de que todo el paisaje se había puesto en movimiento ante la sorpresa de ver que ella se movía, que iba hacia una nueva vida.

A medida que se iba descendiendo hacia las llanuras marinas el clima cambiaba por completo, allí abajo todavía se estaba como a principios de otoño, el cielo despejado, se aclaraba, verdoso y, de repente, Cósima lo vio reflejado en un espejo de agua que le recordó la alberca de la viña: era un estanque. De él se elevaron pájaros nunca vistos, grandes y con alas irisadas, como si brotaran del agua y dibujaran sobre el cielo una especie de arco iris. Quizá era un espejismo, pero a ella le pareció un gozoso auspicio.

Y a la primera persona que vio, cuando el tren se detuvo en una estación que, con su jardín de palmeras y en el fondo un arco de luminoso cielo color esmeralda parecía un oasis de civilización, fue a un joven vestido de color marrón dorado, con un maravilloso bigote del mismo color y ojos rasgados y orientales.[33] La miró como si la conociera, y a ella también le pareció haberlo visto antes en otro lugar. ¿Dónde? No lo sabía y después de tantos años experimentó la misteriosa sensación de vértigo que en la infancia, y con menor frecuencia en la adolescencia, le inspiraba la presencia de la abuela.

Pero una pequeña muchedumbre invadía el andén, y el hombre desapareció. Una señora vestida de forma un tanto cómica, llena de flecos y volantes con un sombrerito ladeado sobre los ralos cabellos amarillos, se precipitó hacia la joven, la cogió casi en volandas sobre el estribo del vagón, la apretó contra su descarnado pecho y la cubrió de besos. Sus ojos de un azul de porcelana brillaban por las lágrimas que le corrían por la nariz aquilina y se confundían con la saliva que salpicaba de su boca. Con un sollozo convulsivo, llamaba en voz alta a la joven por su nombre y apellido, de tal manera que Cósima se avergonzó; la gente la miraba, y alguien que debía de conocer ya aquel nombre y apellido la saludaba, con respeto hacia ella y burlas hacia su ruidosa anfitriona. Hubiera querido subirse otra vez al tren y volverse a su casa, pero estaba escrito que aquel día empezara a conocer las tribulaciones de la celebridad, puesto que al llegar a casa de la anfitriona —un gracioso edificio con balcones, frente a un jardín y a una iglesia— vio con apacible terror, a lo largo de la escalera de mármol con la barandilla adornada por verdes esquejes, a una fila de niñas y jovencitas, casi todas vestidas de blanco, con ramos de flores en la mano. Parecía la escalera del paraíso, vigilada por ángeles sin alas y mientras el mozo descargaba del cochecillo la modesta y vieja maleta de Cósima, reliquia de familia, y la misma doña María,[34] la palpitante anfitriona, se encargaba de subirla como si fuera un preciado tesoro, las muchachitas entonaron un coro que parecían haber aprendido de una hábil maestra. La maestra había sido doña María y los angelitos eran las niñas y jovencitas que vivían en la casa.

En tal situación no había más remedio que emocionarse y, si se podía, pronunciar unas palabras de agradecimiento desde lo alto de la escalera: Cósima se cubrió el rostro con un pañuelo, pero no pudo ni llorar, ni hablar. Y del coro compuesto en su honor no se le quedó más que el tema, monótono y tristón, que se confundía con un ruido lejano que todavía no comprendía bien y que se parecía al del pino de la viña. Era el murmullo del mar.

El mar estaba allí, al final de la larga calle que bordeaba una hilera de casas nuevas, blancas y deslumbrantes. Cósima experimentaba, cada vez más, la sensación de encontrarse en una ciudad oriental: palmeras, cactus y otros árboles exóticos se balanceaban pesadamente bajo el ardiente cielo, sobre el fondo

turquesa de la playa. En los balcones florecían los claveles; de la pequeña colina cubierta de pinos que cerraba el horizonte, frente a la calle, bajaba un suave olor a hierbas aromáticas. Y toda la gente estaba fuera, como en las noches de verano y fuera, los cantos y sones de la mandolina repetían el coro en honor de Cósima, por lo menos, así se lo parecía, pero en lugar de estar orgullosa, casi tenía miedo.

Después de haberla atiborrado de dulces y bebidas, la anfitriona, que seguía besándola y casi lamiéndola como un perro que ha vuelto a encontrar a su amo, la dejó sola en el piso en el que vivía con el pacífico marido que estaba empleado en una empresa privada. A Cósima le había destinado el cuarto más bonito, que tenía un balcón desde el que se veía el mar, y también le había dejado libre el saloncito, lleno de flores de papel, de jarrones desportillados, de tapetitos y de objetos de muy mal gusto.

—Aquí podrás recibir a tus amigos, a tus admiradores.

Pero Cósima no tenía amigos y le aterraba la idea de tener incluso uno solo. No quería admiradores, le parecía que, por experiencia, ya estaba escarmentada de ellos. De repente oyó que llamaban a la puerta de entrada, y sin pensarlo abrió. Era el mozo de una florería que traía un enorme ramo de rosas rojas, envueltas en papel de seda. ¿Para ella? Sí, precisamente para ella, pero no se sabía de parte de quién. Se quedó mirándolas, casi con la misma temerosa sorpresa con la que había observado las monedas de oro en la mano de Elías y el aroma de las rosas, casi violento, y su color, le parecieron vivos, ardientes, sangrantes. Sintió que la vida le salía al encuentro en aquel aliento casi carnal, mucho más que en el coro de las jóvenes o en el zumbido de la música callejera. Pero cuando se decidió a coger el ramo de manos del muchacho, que la miraba con ojos pícaros, se pinchó con una puntiaguda espina y pensó que también la vida, bajo la ilusión de las más bellas y ricas cosas, esconde inexorablemente sus uñas.

Puso las rosas en uno de los jarrones del saloncito y volvió al balcón; sí, era como en verano: una enorme luna rosada ascendía hacia lo alto, desde los pinos y el cielo y el mar, entre dos palmeras que resplandecían como las palmas doradas de papel de estaño, que se usaban por Pascua en el pueblo de Cósima, se confundían en un color azul esmeralda. Los chiquillos en la calle, aún luminosa,

jugaban al juego del embajador que viene a buscar esposa y ella se sentía transportada al centro del corro, como la pequeña esposa que el embajador solicita para un grande y misterioso personaje.

---

1 Véase en el Apéndice la nota de Baldini a la pág. 56. La casa fue convertida en Museo en 1983. (*N. del T.*)

2 Para los nuoreses el *Monte* es por antonomasia el Monte Orthobene (Ortobene), al que llaman su Monte (Massimo Pittau *L'origine di Nùoro. I toponimi della città e del suo territorio*, Nùoro, Insula, 1996, págs. 108-109). Desde la ventana de su cuarto Grazia veía el Orthobene, punto de referencia del paisaje nuorés, del que decía que no se podía comparar con ninguna montaña: «el Orthobene es único en el mundo; es nuestro corazón y nuestra alma, nuestro carácter, todo lo grande y pequeño, suave y duro, áspero y doloroso que llevamos en nuestro interior» (carta al poeta Salvator Ruju, en Petrignani, oc. cit. pág. 19). (*N. del T.*)

3 En sardo *domos de janas*, personajes mitológicos del folclore sardo, que viven en las tumbas protosardas y cuyo nombre se remonta al de Diana. (*N. del T.*)

4 Término del lenguaje forense: «Hurto de ganado o bestias», DRAE. (*N. del T.*)

5 Fue el invierno de 1880. Véase, en el Apéndice, la nota de A. Baldini correspondiente a la pág. 64. (*N. del T.*)

6 En anteriores versiones la forma *muflone* había sido traducida de forma imprecisa por «corzo», o se ha dejado en cursiva *muflón.* Sin embargo, el término muflón había sido utilizado en español, con toda precisión, por Góngora, refiriéndose, precisamente, al muflón de la isla de Cerdeña: J. Arce, *El muflón sardo en unos versos de Góngora: dificultades de interpretación*, en RFE, XLV, 1962. (*N. del T.*)

7 El adjetivo hace referencia a Giosue Carducci (Valdicastello, Lucca 1835-Bolonia 1907). Poeta, profesor de la Universidad de Bolonia, y profundo conocedor de la literatura europea. Defensor de una poética antirromántica, entre sus obras destacan la colección *Rimas nuevas* (1861-87) y *Odas bárbaras* (1877-

89) en la que intentó reproducir el ritmo de la métrica griega y latina: le fue concedido el Premio Nobel de Literatura en 1906. (*N. del T.*)

8 Niccolò Tommaseo (Sibenik, Croacia 1802-Florencia, Italia 1874). Escritor y lexicógrafo, debido a su actividad política a favor de la Unificación de Italia, durante algunos años vivió exiliado en París. Autor de obras como el *Diccionario de sinónimos* (1830), *Comentario a la Divina Comedia* (1837) y la novela *Fe y belleza* (1840). Estudioso del folclore, recogió y tradujo el material para los *Cantos populares toscanos, corsos, ilirios y griegos* (1840-42). Su obra monumental y fundamental fue el *Diccionario de la lengua italiana* (1858-79) en colaboración con B. Bellini. (*N. del T.*)

9 Se refiere al gran escritor Gabriele d'Annunzio (Pescara 1863-Gardone Riviera, Brescia 1938). Vivió de manera excepcional sin someterse a ningún condicionamiento, practicando la teoría del «superhombre». Como poeta su máxima expresión se encuentra en los tres libros de las *Laudas* (1903-1904). En *Los relatos del río Pescara* reúne una serie de relatos basados en el entorno de su Abruzo natal que la crítica ha comparado con algunas narraciones de ambiente gallego de Valle-Inclán, donde aparecen supersticiones y mitos existentes en el folclore de ambas regiones. Autor de novelas de gran éxito: *El placer* (1889), *El inocente* (1892), *Las vírgenes de las rocas* (1895) etc. También escribió obras de teatro. Véase la nota de la pág. 79 y las notas de A. Baldini correspondientes a las págs. 76 y 78. (*N. del T.*)

10 «¡Cuántas veces, en mañanas / claras y tibias, la espero! / Ella aún sobre su lecho / ríe al matutino sueño. / En la plaza Barberini / se abre el cielo azul muy puro / y el Tritón de Bernini / alza su alto surtidor.» (*N. del T.*)

11 «Hermoso rostro tienes / traidor como el de Judas.» (*N. del T.*)

12 «El soldado en la guerra, / dicen que se torna olvidadizo, / no se acuerda de Dios. / Mi cuerpo vuelve, / después de estar sepultado, / bajo siete onzas de tierra.» (*N. del T.*)

13 Con toda probabilidad el adjetivo *bárbaro* del original hay que ponerlo en relación con *barbaricino,* habitante de la región de Barbagia, antiguamente *barbaria,* en la que suceden los hechos de bandolerismo de los que habla el criado. (*N. del T.*)

14 En el manuscrito original sigue una palabra indescifrable que parece ser *diabólico.* (Nota de la ed. de Vittorio Spinazzola.)

15 Es una tela de tosca lana, teñida de negro, llamada *orbace*, de larga tradición en Cerdeña, ya que no solo aparece citada en los Estatutos de la República de Sassari (s. xiv), sino que todavía se sigue produciendo en la actualidad. (*N. del T.*)

16 La pérdida del padre supuso un golpe tremendamente violento para G. D., no solo por el cariño y la admiración que por él sentía, sino porque su muerte significó la destrucción de la familia, ya que de los hermanos no se podía esperar nada y la madre, cada vez más indefensa, se encerraba en sí misma. Véanse, a propósito, las notas de A. Baldini a la pág. 89. (*N. del T.*)

17 La *ferula* es una especie de caña de azúcar que los niños sardos acostumbraban a chupar. (*Nota del primer editor*.)

18 Se trata de dos míticos romances de amor que terminan en tragedia: el de Isolda casada con el rey Marco, pero amante de Tristán y el de Francesca da Polenta, casada con Gianciotto Malatesta, que se enamora de Paolo, su cuñado. Dante los condena como adúlteros en el canto V del *Infierno*. (*N. del T.*)

19 Tachadas, pero legibles, en el manuscrito seguían las palabras: «Este templo, este Santo Grial con el tabernáculo de oro más reluciente que el Sol era la poesía de Gabriele d'Annunzio». (*Nota del primer editor*.)

20 La lengua materna de G. D. era el sardo, y el italiano, «la lingua», fue para ella otra lengua que tuvo que perfeccionar cuando decidió escoger una forma de expresión que pudiera ser comprendida fuera de los límites de la isla natal. (*N. del T.*)

21 Término sardo utilizado en el original, procede del catalán *tanca:* «estacada con la que se circunda un espacio de terreno», que en Cerdeña suele ser una cerca de piedras. Dicho recinto se destina a pasto para las ovejas. (*N. del T.*)

22 El director era Epaminonda Provaglio. Véanse las notas de A. Baldini a las págs. 89, 101, 113 y 115. (*N. del T.*)

23 Las *tumbas de los gigantes* son monumentos megalíticos de carácter funerario, pertenecientes a la civilización nurágica. Esta debe su nombre al

nuraghe: torre troncocónica parecida a los talayots de las islas Baleares y también en la cultura talayótica encuentran su paralelo las llamadas tumbas de gigantes «que se hallan en las cercanías de los nurgahes y con ellos relacionados por estilo y cronología». (Joaquín Arce, *España en Cerdeña. Aportación cultural y testimonios de influjo*. Madrid C.S.I.C. 1960, págs. 25 y 27). (*N. del T.*)

24 El título definitivo será *Flor de Cerdeña.* Véase la nota de A. Baldini a la pág. 67. (*N. del T.*)

25 A propósito de esta crítica negativa, véase la nota de A. Baldini a la pág. 121. (*N. del T.*)

26 El ambiente de la almazara aparece fielmente reflejado en la novela *Cenere (Ceniza).* Véase la nota de A. Baldini a la pág. 127. (*N. del T.*)

27 La novela se publicó con el título de *Anime oneste (Almas honradas),* con un prólogo del gran escritor Ruggero Bonghi. Véase la nota de A. Baldini a la pág. 131. (*N. del T.*)

28 El periodista era Stanis Manca. Véase, a propósito, la nota de A. Baldini a la pág. 132. (*N. del T.*)

29 Véase la nota de A. Baldini a la pág. 136. (*N. del T.*)

30 El personaje de Elías recuerda al del fiel criado Efix en *Canne al vento (Cañas al viento),* ambos con un pasado turbio, también común al «hombre de la montaña» que se convierte luego en fiel porquerizo del señor Antonio. Véase la nota de A. Baldini a la pág. 136. (*N. del T.*)

31 Título honorífico concedido por el estado italiano. (*N. del T.*)

32 El viaje, que tendrá una importancia decisiva para su vida futura, se realiza el 21 de octubre de 1899. (*N. del T.*)

33 El joven de ojos rasgados y orientales es Palmiro Madesani el futuro marido de la Deledda. Véase la nota de A. Baldini a la pág. 162. (*N. del T.*)

34 Se trata de María Manca, directora de la revista *Donna sarda,* en la que había colaborado G. D. Véase la nota de A. Baldini a la página 163. (*N. del T.*)

MOTIVACIÓN DEL PREMIO NOBEL 1926

Leída en la Academia de Estocolmo por el profesor Schüch[35]

La Academia Sueca ha adjudicado el premio Nobel del año 1926 a la autora italiana Grazia Deledda.

Grazia Deledda nació en Nuoro, pequeña ciudad de Cerdeña, a la cual, que yo sepa, ningún ferrocarril conduce todavía. En esta ciudad pasó la infancia y la juventud, y de la naturaleza y de la vida del pueblo sacó las impresiones que después se convirtieron en germen y alma de sus composiciones literarias.

Desde la ventana de su casa veía muy próximo el monte Orthobene, con bosques tenebrosos y cimas grises, talladas en la piedra viva; más allá, una cadena de montañas calcáreas, ora moradas, ora anaranjadas, ora turquesas, según cambie la luz, y allá en lontananza surgían las nevadas cimas del Gennargentu.

En Nuoro se vivía como aislados del mundo. Los escasos visitantes llegaban a la ciudad montados frecuentemente a caballo, las mujeres a la grupa detrás de los hombres, y la monotonía de la vida habitual se interrumpía solamente por las tradicionales fiestas religiosas o populares, y en los días de carnaval, por los cantos y danzas en las calles.

También la forma de ver la vida fue para Grazia Deledda, crecida en este ambiente, algo primitivo, ingenuo y singular. En Nuoro ser «bandido» no era considerado como una vergüenza. «¿Tú crees —dice una vieja campesina en una de las novelas de la Deledda— que los bandidos son gente mala? Te engañas, son hombres que tienen necesidad de desplegar su habilidad y nada más. Antiguamente los hombres iban a la guerra; ahora no hay guerras, pero los hombres tienen todavía necesidad de combatir y cometen robos, asaltos,

bardanas,[36] no para hacer daño, sino para desplegar de alguna manera su fuerza y su habilidad.» Por eso el bandido goza, más bien, de la simpatía del pueblo, y si lo prenden o lo meten en la cárcel, dice con una frase muy expresiva y lugareña que «ha caído en desgracia». Luego cuando lo ponen en libertad, no lo acompaña ninguna huella de vergüenza, y por ello a su regreso al pueblo lo saludan con las palabras: «¡Otra desgracia parecida, dentro de cien años!». La costumbre de la venganza reina aún en Cerdeña, y el que para vengar la muerte de un pariente mata a quien lo mató, goza de la estima general. El traicionarlo se considera como un delito. «También —dice un escritor—, aunque la recompensa ofrecida por su cabeza fuera tres veces mayor, no se encontraría en toda la comarca de Nuoro un solo hombre dispuesto a traicionarlo. Porque allí reina solamente una ley: el respeto a la fuerza del hombre y el desprecio para la justicia social.»

En este pueblo tan poco influido por la cultura del continente italiano, creció Grazia Deledda, rodeada de una naturaleza salvajemente hermosa y por gente de cierta grandeza primitiva, en una casa que tenía algo de la sencillez bíblica. «A nosotras las muchachas —cuenta Grazia Deledda— nunca nos daban permiso para salir fuera de casa si no era para ir a misa o, algunas veces, para dar un paseo por el campo.» No hubo modo de que profundizara mucho en sus estudios y como las demás muchachas burguesas de su tierra, solo fue a la escuela pública. Más tarde dio algunas lecciones de francés e italiano, porque en su casa se hablaba el sardo. De ahí que su preparación escolar no fuera extraordinariamente grande. Sabía a la perfección y le gustaban mucho las canciones populares de su país, con sus *gozos*, *mutos* y *cerbos*, y conocía bastante bien las leyendas y las tradiciones; además, en su casa, que en relación con las condiciones de Cerdeña era bastante acomodada, tuvo ocasiones de leer algunas obras literarias italianas y alguna novela traducida. Pero esto era todo. No obstante, la jovencita comenzó a amar el estudio y a la edad de dieciséis años escribió una novela trágico-fantástica —*Sangre sarda*— que consiguió publicar en un periódico de Roma. En Nuoro esta audacia desagradó bastante, porque aquella gente no estaba acostumbrada a ver que las mujeres se interesaran por cosas ajenas a los quehaceres domésticos. Pero Grazia Deledda no desistió y se dedicó a escribir novelas; en primer lugar, *Flor de Cerdeña* (1891), luego *El*

camino del mal, *El viejo de la montaña*, *Elías Portolu*, y otras con las que se creó un nombre y fue apreciada como una de las mejores escritoras jóvenes italianas.

Realmente había realizado un gran descubrimiento: el de Cerdeña. Hacia la mitad de 1700 había surgido en el seno de la literatura europea un nuevo movimiento. Sentíanse cansados por aquellos temas perpetuamente extraídos y vueltos a extraer de la historia de Grecia y de Roma y se deseaba algo más nuevo. Este movimiento se unió muy pronto con otro, nacido coetáneamente de la adoración de Rousseau por el hombre en estado natural y fuera de la civilización. Por ello, la nueva escuela, especialmente en los hermosos días del romanticismo, hizo conquista tras conquista. La última y más importante se debe a Grazia Deledda. Verdad es que en sus descripciones de caracteres locales y lugares también había tenido predecesores en su patria. Antes de Grazia Deledda el llamado «regionalismo» ya había tenido notables representantes en la literatura italiana: Verga, con sus descripciones de Sicilia; Fogazzaro, con las de la Lombardía-Véneta. Pero el descubrimiento de Cerdeña pertenece a Grazia Deledda. Había aprendido a conocer su tierra natal completamente a fondo. Había vivido en Nuoro hasta los veintitrés años y solo entonces se animó y se atrevió a trasladarse a Cagliari, cabeza de partido en Cerdeña, donde conoció al hombre, al señor Madesani, con el que se casó en 1900. Celebrada la boda, pasó con el marido a Roma, donde residió permanentemente distribuyendo su tiempo entre los deberes familiares y su obra de escritora. De igual modo en las novelas que compuso después de su traslado a Roma, continuó tratando temas sardos, como la que lleva por título *La yedra*, publicada en 1912. Pero en las que escribió después, los acontecimientos se desarrollan bastante densos en un ambiente de color menos local, como, por ejemplo, en la última, que la Academia tuvo ocasión de examinar y apreciar, *La fuga a Egipto.* Todavía el modo de concebir la naturaleza y el hombre sigue siendo, en el fondo, de carácter sardo y, por tanto, artísticamente más maduro. Continúa siendo la misma escritora seria, grandiosamente sencilla y sincera, que redactó *El camino de mal* y *Elías Portolu.*

Juzgar el valor artístico de su estilo se hace difícil para un extranjero. Citaré a este propósito a uno de los más notables críticos italianos. «Su estilo —escribe—

es el de los grandes maestros del arte de narrar y tiene los rasgos característicos que son comunes a todos los grandes autores de novelas. Nadie escribe hoy novelas en Italia que, por vigor de estilo, poder artístico, estructura e importancia puedan compararse con algunos de los trabajos de Grazia Deledda, incluidos los últimos, como *La madre* y *El secreto del hombre solitario.* Únicamente podría indicarse que la composición no tiene la sólida firmeza que sería de desear: los repentinos pasajes dan a menudo la impresión de un salto brusco. Pero este defecto se halla compensado por la exuberancia de sus muchos méritos. Como pintora de la naturaleza pocos hay en la literatura europea que puedan igualarla. No derrocha colores brillantes, pero la naturaleza que describe tiene las sencillas y grandes líneas del paisaje antiguo, así como su casta pureza y su majestad. Es una naturaleza animada de modo maravilloso, que armoniza perfectamente con la vida psicológica de los personajes que Grazia Deledda pone en cualquier cuadro. Como verdadera y gran artista sabe incorporar a las escenas de la naturaleza las representaciones de los sentimientos y de las costumbres del pueblo. Me basta solo con recordar la descripción clásica que en su *Elías Portolu* hace de la vida en la romería del monte Lula. La salida ocurre en una mañana de mayo. Familia tras familia, todos se dirigen hacia la antigua iglesia votiva, unos a caballo, otros montados sobre viejos carricoches. Llevan consigo viandas para una semana: Las familias más acomodadas se alojan en el gran asilo, el «cumbisio» mayor que se levanta junto a la iglesia. Son los descendientes de los que la construyeron, y cada familia posee allí un clavo hundido en la pared y un hogar que indica el puesto que le espera y en el que nadie más puede poner pie. Allí se reúnen durante la tarde o mientras dura la fiesta, guisan sus comidas en la llama del horno y se narran leyendas, tocan y cantan durante las largas noches del estío. En su novela *El camino del mal*, Grazia Deledda describe de idéntico modo animado las extrañas costumbres sardas con ocasión de bodas y funerales. Cuando ocurre uno de estos, se cierran todas las salidas, se tapan todas las hojas de las ventanas, se apaga todo fuego, no está permitido preparar ningún alimento y las plañideras gimotean sus improvisados cantos fúnebres: todo esto se halla pintado allí a lo vivo y de modo tan sencillo y natural que, trayendo a la imaginación las costumbres primitivas, casi le mueven a uno a decir: es una escena homérica. En las novelas de Grazia Deledda, más que en la mayor parte

de otros autores, los hombres y la naturaleza forman como un todo único. Podría decirse que los hombres son plantas que brotaron del mismo suelo de Cerdeña. La mayor parte son gente del pueblo, sencilla, de un modo de sentir y de pensar primitivo, con algo de la grandiosidad de la naturaleza sarda. Semejante gente tiene casi la impronta de las figuras monumentales del Viejo Testamento, y aun cuando se separan de tantos tipos de hombres que conocemos y nos dan la impresión de ser verdaderos y de estar sacados de la vida real, jamás son fantoches de teatro, y Grazia Deledda sabe muy bien el arte de unir, de manera excelente, realismo e idealismo.

«Grazia Deledda no pertenece a ese tropel de escritores, que —como en un tiempo se decía— trabajaban con tesis y discutían problemas. Ella se ha mantenido apartada siempre de las batallas diarias y cuando Ellen Key trató de que se interesara por tales argumentos, contestó: —Pertenezco al pasado—. Tal vez esta confesión de su alma no es completamente exacta. Cierto que Grazia Deledda se siente ligada con fuertes vínculos al pasado, a la vida de su pueblo y de su raza, en tiempos pasados. Pero también ha sabido vivir y sentir con su tiempo. Tan solo no experimenta ningún interés por las teorías, mas lo siente hacia todo cuanto es vida humana. En una de sus cartas escribe: —Nuestro gran afán es la lenta muerte de la vida. Por eso debemos tratar de retenerla, de intensificarla, dándole el contenido más rico posible. Es menester tratar de vivir sobre la propia vida, como las nubes sobre el mar.— Precisamente porque esta vida se le aparece tan rica y tan admirable, jamás ha tomado partido en las luchas políticas, sociales y literarias del día. Ha amado a la humanidad más que a las teorías y ha vivido su propia vida, tranquila, alejada del estruendo del mundo. —El destino —escribe en otra carta— me ha hecho nacer en el corazón de la solitaria Cerdeña. Pero aunque hubiese nacido en Roma o en Estocolmo, creo que mi naturaleza no habría cambiado y siempre hubiera sido la que soy; un alma que se apasiona por los problemas de la vida y que ve lúcidamente a los hombres tal como son, creyendo que pueden ser mejores, y que nadie, a excepción de ellos mismos, pone obstáculos al advenimiento del Reino de Dios sobre la tierra. Todo, por el contrario, es odio, sangre y dolor. Pero todo ello quizá podrá ser vencido por medio del amor y de la buena voluntad—.»

Estas últimas palabras expresan su modo de concebir la vida. Es un modo

profundo de concebirla, serio, de tonalidad religiosa, triste con mucha frecuencia, pero no pesimista. Cree que en la lucha de la vida el triunfo final corresponderá a las potencias del bien. El pensamiento capital, el que domina toda su obra de escritora, resulta claro y conciso, en el final de su novela *Ceniza,* la madre de Anania, mujer perdida, que para no ser un obstáculo a la felicidad de su hijo se quita la vida, yace muerta ante él. Cuando era muchacho le había dado un amuleto. Ahora lo abre y se encuentra con que contiene ceniza. «Sí, todo era ceniza: la vida, la muerte, el hombre, el destino mismo que la producía. Y, sin embargo, en aquella hora suprema, ante los despojos de la más mísera de las criaturas humanas, que después de haber hecho y sufrido el mal en todas sus manifestaciones había muerto para el bien de los demás, recordó que entre la ceniza se encuentra a veces la chispa, germen de la llama luminosa y purificadora, y todavía esperó y amó la vida.»

Alfredo Nobel quiere que el premio de literatura sea concedido a aquellos que con sus obras literarias han proporcionado a la humanidad el néctar que infunde salud y energía de vida moral. De conformidad con esta voluntad del testador, la Academia Sueca ha adjudicado a Grazia Deledda dicho premio «por su potencia de escritora, sostenida por un alto ideal, que retrata en forma plástica la vida tal cual es en su apartada isla natal y que trata con profundidad y calor los problemas de interés general humano».

Profesor Schüch

---

35 Adjuntamos también la motivación por la que se concedió a Grazia Deledda el Nobel de Literatura en 1926, ya que, a pesar de que han transcurrido ochenta años, el discurso del profesor Schüch, que glosa una Cerdeña entre el mito y la realidad, puede contribuir a perfilar algunos aspectos de la vida de la escritora sarda y de su forma de concebirla. (*N. del T.*)

36 Acto violento que se practicó en la isla hasta finales del siglo xix, en el que un grupo de bandoleros armados bajaban expresamente desde las montañas para invadir, a sangre y fuego, cualquier pueblo, amparándose en la falta de protección gubernamental de la que gozaba entonces la sociedad civil. (*N. del T.*)

Cósima, novela publicada póstumamente, es la obra más personal de Grazia Deledda. Sugestivos paisajes de su Cerdeña natal, escenarios de fábula y leyenda, muestran personajes encerrados en la monótona existencia de una pequeña capital de provincia, en la que todo aparece reglamentado por férreas leyes consuetudinarias. Contra esas leyes no escritas se rebelará, ya casi desde niña la pequeña *Grazia-Cósima*, intuyendo que tales restricciones chocan frontalmente con su ansia de libertad y conocimiento.

A pesar de la proximidad de la muerte o quizá precisamente por ello, *Cósima* es una obra vital, un testamento de supervivencia, en la que recuerdos y experiencias vividos en Nuoro, y tantos usos y costumbres de su isla afloran con la fuerza y la imaginación de una adolescente que sueña con convertirse en escritora de éxito.

Grazia Deledda recibió en 1926 el Premio Nobel de Literatura «por su potencia de escritora, sostenida por un alto ideal, que retrata en forma plástica la vida tal cual es en su apartada isla natal y que trata con profundidad y calor los problemas de interés general humano».

> «[Deledda] no solo reproduce la condición psicológica de su época sino que su obra va más allá de su propio tiempo. Da voz a las gentes y sentimientos de un antiguo pueblo.»
>
> D. H. Lawrence